GOMEZ CARRILLO

ALMAS Y CEREBROS

GARNIER HERMANOS

PARÍS


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



ALMAS Y CEREBROS

ALMAS
Y CEREBROS

HISTORIAS
SENTIMENTALES, INTIMIDADES
PARISIENSES, ETC.

POR

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

PRÓLOGO DE CLARÍN



PARIS
CASA EDITORIAL, GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

— 1900 —


LIBRARY
MAY 30 1967
UNIVERSITY OF TORONTO



DEDICATORIA

AL SEÑOR

DON CRISANTO MEDINA

Querido Amigo :

Usted vive en París desde hace treinta años. Usted conoció á Lamartine, á Flaubert, á Victor Hugo, á Baudelaire, á todos aquellos hombres de la primera mitad del siglo, que para nosotros los jóvenes, son héroes de una leyenda lejana. Usted ha visto la Guerra y el triunfo de la Brutalidad ordenada contra el Heroísmo imprevisor. Usted ha visto, también, la agonía del Imperio y la glorificación de la Burguesía.

Usted es un parisiense en la más alta acepción de la palabra.

Este libro ha sido escrito en París, soñado en París, vivido en París. — Á usted se lo dedico, porque, en el estudio de la existencia parisiense, usted ha sido siempre, para mí, el más bondadoso, el más inteligente y el mejor de los maestros.

E. G. C.

PRÓLOGO

Escribo este prólogo á instancias del autor del libro, y por cumplir una promesa antigua. Me apresuro á decir que ninguna repugnancia sentiría de entrar en semejante tarea, si sólo hubiera que considerar la personalidad del escritor que me pide estos renglones. Enrique Gómez Carrillo es mi buen amigo, aunque jamás nos hemos visto; le debo multitud de atenciones; creo en su talento; el trabajo de propaganda literaria que se ha impuesto, me es, con las salvedades que vienen después, muy simpático; y por todo esto, y si sólo esto hubiera que ver, para mí sería no sólo honra sino gusto llenar estas primeras páginas.

Pero hay que atender á otras cosas. El estado actual de mi ánimo; la tendencia, hoy por hoy, de mis ideas, de mis gustos; mis preferencias pre-

sentes en estudios, meditaciones y lecturas, me hacen el hombre menos á propósito para poner prólogo á un libro de novedades literarias, libro de *cosmopolita*.

Hace algunos años, no pocos, yo seguía con atención é interés la vida inquieta de la literatura de los jóvenes, según era en París y sus muchas *sucursales*. Hoy confieso que he dejado, por hastío, de seguir tales cambios. Me ha aburrido la poca formalidad, y me he cansado de esperar cosas de mucha substancia, que no llegan.

También ahora estudio con atención el *modernismo* y me intereso por los *jóvenes maestros;* pero son otros maestros jóvenes, son otras novedades. Á mi ver, en Francia, como en Alemania, y acaso en otras naciones de las más adelantadas, la juventud que vale más y las novedades verdaderas y de enjundia, no hay que buscarlas en la *amena* literatura, que está pasando un mal rato, sino en la ciencia y en la filosofía.

Hoy, amigo Carrillo, me pasa á mí algo parecido, en cierto modo, á lo que sucedía á los compañeros de Renán en San Sulpicio, los cuales sonreían con un poco de desdén ante la *mera literatura*.

No digo que este actual estado de mi alma sea recomendable, por lo menos no creo esta ocasión para demostrar que lo es; pero, bueno ó malo, es real; y aun suponiendo que sea el mejor, de seguro no sirve para tratar con el entusiasmo que sería del caso los asuntos del libro cuyo prólogo se me pide.

Un ejemplo hará ver con mayor claridad esta incongruencia, de la cual me quejo, porque produce ingrata disonancia entre mi humor y el espíritu de este libro.

Max Nordau es uno de los personajes á quien el Sr. Gómez Carrillo se ha tomado el trabajo de visitar, para estudiarlos de cerca, para oír de sus labios alguna confidencia que revelara, más ó menos, el *estado de alma* del hombre notable á quien se quería observar.

Bueno; pues en mi humilde opinión, Max Nordau no merece que se le busque y sonsaque, ni las demás diligencias que en Gómez Carrillo supone la visita.

Max Nordau no es un sabio, no es un filósofo, no es un artista; es uno de tantos publicistas que entienden un poco de muchas cosas, y de todas ellas hablan y escriben, aprovechando, para ad-

quirir notoriedad, la armonía que existe entre su espíritu vulgar y de ideas superficiales, y el espíritu de la gran masa de lectores adocenados. Max Nordau cultiva la especialidad de la brocha gorda y da escobazos, allí donde harían falta los más sutiles pinceles.

* * *

Yo deseo, y espero, que el simpático Gómez Carrillo, con el tiempo, vaya moderando la generosa tendencia que le hizo admitir como buenas casi todas las *eminencias* que la fama, sobornada de mil maneras, va proclamando á última hora.

Es muy de los jóvenes americanos del día y de algunos españoles ese *engouement* que los lleva á todo lo *modernísimo* y exótico. En muchos de ellos, semejante prurito se muestra del modo más indiscreto; en Gómez Carrillo es menos irreflexivo, más prudente; y esto mismo me hace creer y esperar que llegue á desaparecer por completo. Por eso, en vez de escribirle un prólogo *bailándole el agua*, alabándole el gusto, sin pizca de sinceridad, con cuatro palabras de cumplido, para aca-

bar pronto, prefiero decirle lo que siento, aunque estas pocas páginas resulten algo desabridas.

Gómez Carrillo se dedica particularmente á una tarea nobilísima que viene á ser *cura de almas*, y que consiste en vulgarizar, con entusiasmo y forma artística, el movimiento literario europeo contemporáneo, entre los pueblos que hablan castellano. ¿Cómo no he de alabar yo tan generoso propósito, si he estado predicando siempre la conveniencia de hacer lo mismo, y en modestísimos límites he procurado trabajar algo en tal sentido? —

Sólo conozco una cosa más nociva que el aislamiento del espíritu nacional: la disolución del espíritu nacional.

Conste, antes de seguir, que para mí, radical en esto, España y América española son una sola nación, aunque ellas no quieran y aunque tengan diferentes Estados. Hemos sido *unos* y volveremos á serlo, acaso pronto.

Viendo esto así, ¿cómo no ha de darme pena que en aquella parte del espíritu americano de quien más hay que esperar, la parte de la juventud ilustrada, artística, de altas ideas, de anhelos desinteresados, el afán, noble en sí, de lo moder-

no, tome casi siempre el camino que va al peor abismo, al aniquilamiento de la savia española, de la enjundia castiza? Siempre que he predicado la necesidad de asimilarse lo extranjero he añadido la advertencia de que asimilar significa hacer propio, convertir en propia substancia, agregar algo á nuestro organismo para conservarlo, para que siga siendo lo que es. ¿Cómo no he de censurar á esa literatura americana que no asimila lo extraño, sino que se *disuelve* en lo extraño; que, con una especie de éxtasis, muy mal empleado, se pierde en el *objeto amado*, pasa á él, y viene á convertirse en un triste remedo de los tiquis miquis de las letras francesas, según las cultivan muchachos más ó menos despiertos que á sí propios se llaman genios?

*
* *

Pues, ahora: si la noble tarea de Gómez Carrillo no es conducida con mucha prudencia, huyendo de extremos, con precaución y aun cautela, ¿no estará expuesta á favorecer esa *disolución* de lo español, de lo castizo, de lo *nuestro*? Sí, lo

esté; y como Gómez Carrillo no se ve libre por completo del *vicio* de que hablaba, su propaganda de cosmopolitismo literario, que desde el punto de vista de la noticia, de la información es excelente, necesita correctivo por otro lado.

Las mismas condiciones de la vida actual de *nuestro autor* le inclinan á dejarse llevar por esa tendencia tan perniciosa para el *españolismo*, que hay que conservar, cueste lo que cueste. Vive Gómez Carrillo en París, vive rodeado de lo puramente parisiense, no de lo español que por allí pudiera encontrarse; y lejos de España, y lejos de América, que viene á ser España, cada día lo nacional perderá terreno en ese espíritu. Pero hay más; dentro de lo parisiense hay la especie de lo parisiense que se cree *cosmopolita*, artístico, libre de preocupaciones *burguesas*, sin lazos prosaicos con lo natural ordinario; en fin, una pura abstracción de Bouvard y Pecuchet, que ahora se dedican á creerse Flaubert, su creador. En esa atmósfera respira Gómez Carrillo. En su libro se ve pronto: Sarcey... ¡un pobre burgués!; un señor Lajeneusse, maldiciente de oficio... ¡una gran cosa!; un señor no sé cuántos, amigo de Carrillo, ¡un gran poeta!; Victor Hugo, ¡inferior á Verlai-

ne!; y... fíjese mi amigo en esto: las notabilidades que él va á estudiar fuera de Francia, los *hombres del Norte* y de Italia que él nos quiere presentar... son los que han pasado por la aduana de la crítica francesa, no la de Sarcey y demás burgueses, si no la de la nueva *juventud dorada* que pretende imponer ídolos á toda Europa. ¿Por qué Gómez Carrillo ha ido á fijarse en un dramaturgo de segundo orden, á veces extravagante, de ultra-Rin? Porque en París estuvo de moda una temporada.

Si quiere ver mi buen amigo en un reflejo fiel el peligro de su cosmopolitismo literario para la juventud á quien principalmente se dirige, lea la crítica que de sus obras, las de Gómez Carrillo, ha escrito poco ha un muchacho de Montevideo, me parece, en la excelente *Revista Nacional*. ¡Con qué entusiasmo repite el *crítico* los nombres desconocidos, pero sin duda resplandecientes, de rusos, griegos (¡ah, los griegos!), polacos, japoneses, etc., etc., que usted cita en sus últimos libros!

En el fondo de ese entusiasmo de *snob*, hay algo noble, generoso; pero ¡á qué ridículas profundidades de abdicación espiritual se va por ese despeñadero!

¿No ha visto usted las mil y mil veces que poetas y críticos jóvenes traen y llevan al pobre Moreas (¡otro griego!), como si en todas partes y en todo tiempo no hubiera y hubiese habido docenas de docenas de Moreas? Pero es que éste, el que ellos conocen, es el recomendado por los *cenáculos* de París! ¡Y lo más florido de la juventud de muchas repúblicas americanas se deja encadenar en esta especie de servidumbre ridícula!

¿Lo más florido? Acaso no. Ojalá no. Yo quiero suponer, aunque sea exagerando el valor de ciertos indicios, que gran parte de los jóvenes de talento de América saben ya de otro género de novedades europeas, no casi exclusivamente francesas ó pasadas por tamiz francés; novedades más serias, más profundas y más compatibles con la conservación del carácter nacional, por lo mismo que se refieren esas novedades á la pura indagación de la verdad, ya filosófica, ya de lo que se llama hoy por antonomasia, científico. Ciencia y filosofía tienden, legítimamente, por ley de su esencia, á ser cada día más *cosmopolitas*, tienden á ser universales: lo mismo debe hacer la religión, digna de nuestro estado actual de conciencia. Por eso, en

todas esas esferas, los americanos que escuchan las voces nuevas, sin hacer traición al españolismo, podrán trabajar mucho en pro del más positivo progreso de su patria, de la gran patria hispano-americana.

El noble anhelo de empapar el espíritu en los más recientes caudales de las fuentes riquísimas de la cultura moderna, puede lograrse mejor siguiendo los pasos de la modernísima filosofía y de la ciencia parsimoniosa y concienzuda, que empeñándose en remedar los pruritos de literatura trascendental de tantos y tantos publicistas modernos que, no pudiendo restaurar la frescura de la imaginación con peregrinas pero naturales invenciones, piden de prestado al saber metódico y profundo, teorías, tendencias, criterio, y quieren que para saber algo de la cuestión social vengamos á estudiar novelas y dramas, y para penetrar el alma del misterio religioso nos atengamos á unos cuantos líricos que se meten frailes, hartos de carne.

* * *

Gómez Carrillo empieza ya, en sus trabajos más recientes, á preocuparse con problemas y sentimientos más importantes que los de pura forma, que suelen privar en la vida superficial de la polémica literaria; por eso va á buscar en los dramaturgos, novelistas, líricos y críticos literarios que admira, lo que allí no se le ofrece en la fuente primera, en el manantial de origen. Un poco más y nuestro autor llegará á consultar á quien se debe y como se debe sobre tan graves y arduos asuntos. Y entonces verá, que si, v. gr., Ibsen es y será siempre un gran escritor, un poeta dramático insigne, porque es artista en efecto, no hay que tomarle por oráculo en sus opiniones acerca del fin de la vida, del destino natural de la mujer, de la relación del individuo con la sociedad, etc., etc. Verá también que á muchos á quien hoy él, Gómez Carrillo, admira, hay que declararlos medianías, porque ni son grandes artistas, ni en punto á capitales cuestiones científicas y filosóficas hacen más que dejarse sugestionar, sin saberlo, y tomar

por original y como intuitiva manera de pensar y sentir, lo que es mero *psitacismo*, natural en quien no estudia desde el comienzo, con sistema y constancia, los altísimos principios de que todo depende.

Está sucediendo en literatura lo mismo que en las que solían llamarse ciencias morales y políticas, particularmente en el Derecho. Los tratadistas particulares de estas ciencias necesitan fundarse en algo superior al peculiar asunto, y toman por cierto lo que de segunda mano llega á ellos, sin reflexión propia. Sirva de ejemplo la famosa *evolución* con la que andan á vueltas sociólogos, penalistas y hasta civilistas, muy particularmente en Italia, donde esta pseudociencia está haciendo estragos.

Los literatos, como los fisiólogos metidos á filósofos, como los juristas metidos á metafísicos, toman principios y leyes cardinales donde pueden, y creen obedecer á propia inspiración, cuando no son más que el eco servil de las ideas, vulgares ya, que salieron de este ó el otro sistema que pudo hacerse popular gracias á la claridad de sus enseñanzas superficiales, y á la concordancia de sus conclusiones morales y la pequeñez de las co-

munes aspiraciones de la plebe moral; plebe qu llega á los tronos...

* * *

Pero ¿á dónde voy con todo esto? Perdóneme Gómez Carrillo, en gracia de la buena intención. Ya le decía al principio que era yo el hombre menos á propósito para poner prólogo á un libro en que se estudia el humor y hasta los caprichos de varios literatos y artistas, algunos eminentes de veras; otros medianos, de veras también, y algunos insignificantes.

Voy á ver si puedo resumir, ó por lo menos, concretar mi pensamiento.

El propósito de propagar ideas relativas á la vida espiritual contemporánea de Europa, me parece excelente.

La tendencia de cosmopolitismo que guía á *nuestro autor*, aunque racional en sí, ofrece graves peligros.

Los ofrece en particular para el mismo Gómez Carrillo, que se expone á perder toda la *tierra* española que todavía lleva entre pie y zapato, según

dicen, que hace el rey de Persia, cuando va por el mundo.

Aun sube de punto el peligro, si atendemos á la singular debilidad en que ha caído la juventud americana para la cual Gómez Carrillo principalmente escribe, en cuanto es ella quien más lee sus obras.

Es cosa, en definitiva, vacía, la nueva literatura formal, y si se busca un fondo de interés humano, algo que importe al derecho, á la religión, á la ciencia, etc., etc., en las letras, es falsa dirección la que cree darnos el contenido de la cultura actual, ateniéndose á los poetas, novelistas, críticos y demás artistas que, por lo común, no hacen hoy más que reflejar por medios de representación estética, más ó menos pura, *momentos* ya pasados, que no llevan en sí la flor y nata del pensar y sentir de nuestro tiempo...

*
* *

Yo no puedo, amigo Gómez Carrillo, decir aquí las mil y mil cosas que se me ocurren acerca de tan importante asunto. Si nos viéramos, si nos habláramos, si pudiésemos *leer juntos*, conversar

días y días, casi me atrevo á creer que había de hacerle pensar á usted un poco en esta mi situación de ahora y no encontrarla irracional por completo.

De todas suertes, espero de su claro talento, y aun más de su buen corazón, que no vea en este prólogo, algo extraño sin duda, un sermón impertinente, ni una *pose* pedantesca, ni una salida de mal humor. Acaso, acaso debí pulirlo un poco, para darle más amable apariencia y disimular el mal sabor; pero con usted tales precauciones no son de importancia; porque harto sabe que á las *drogas frías*, como las llamó el segundo Argensola,

> « dióles su lustre el fino oro de Tibar,
> mas no las pudo hacer menos amargas. »

No; no es usted de los que *intentan restaurarse con almíbar*, y como de mi amistad y recta intención está seguro, no hay que poner ni quitar nada.

Otros habrá que tal vez quieran meter cizaña, y le digan que no debió consentir que sirviera de entrada á su libro prólogo concebido con ánimo tan diferente del que al libro mismo da carácter;

pero usted puede contestar á esos maliciosos, que no deja de tener su pizca de gracia, pimienta y novedad, de la que hoy tanto se busca, esto de consentir que un BURGUÉS, como yo lo soy de fijo, escriba las primeras páginas de un volumen en que tan mal parados vemos á los burgueses. Acredita usted, publicando estos renglones míos, que sabe practicar el dogma de la tolerancia, que predicamos todos; que lleva tan lejos su noble sincretismo literario, que hasta sabe guardar consideración y respeto á los caducos defensores de clásicas manías, que ni creen en Max Nordau, ni en toda la lùz que viene del Norte, ni en ninguno de los genios que pululan entre la juventud literaria francesa.

Y en último caso, aun publicando mi prólogo, puede usted hacerse cargo de que ya tengo cuarenta años muy cumplidos, y pensar que, según ciertas palabras del *Fausto*, «nada hay bueno para el hombre ya maduro, pero se puede contar con el aplauso del neófito».

CLARÍN.

EL REGRESO FATAL

ALMAS Y CEREBROS

EL REGRESO FATAL

I

Después de haber vacilado durante toda una semana, Mauricio se decidió, una noche de ocio y de melancolía, á hacer lo que él llamaba « una obra de caridad amorosa ».

— ¡ Pobres muchachos — se dijo á sí mismo, — es necesario ser bueno con ellos !

Y comenzó á buscar, en el fondo de un cofrecillo de marfil, relicario galante y perfumado, las cartas que Luisa le había escrito en otro tiempo, antes de que él conociese á Marcela, antes de que ella hubiera cenado con Raúl, hacía ya muchos meses, muchos meses... casi un año. Todas estaban allí — ¡ las pobres cartas ! — atadas con una cinta verde, exhalando un aroma de rosas marchitas y de besos muertos.

... Verdaderamente no valía la pena de que ese

tonto de Raul se desesperase por diez ó doce pedazos de papel que nunca valdrían nada!

Mauricio cogió el paquete, se lo metió en la faltriquera del gabán, y bajó, sonriente y ligero, á la puerta de su hotel en donde el carruaje le esperaba desde hacía media hora.

II

Al verse, de nuevo, camino dela casa de Luisa, en su mismo *coupé* de siempre, á la misma hora de antaño, Mauricio experimentó una sensación rara, algo que era al mismo tiempo curiosidad maliciosa y tristeza vaga.

¿Quéiba á decir ella al verle llegar?... ¿Lloraría?... ¿Estaría más guapa?... ¿Habría engordado?... ¿Sería desdeñosa, ó indiferente?... No; indiferente no; su amor había sido demasiado intenso, demasiado sincero, para desaparecer por completo y sin dejar, en el fondo de ese corazón todo fuego un año antes, lo que el pueblo suele llamar rescoldo.

Sin embargo él también la había querido mucho durante seis meses y luego la había olvidado casi por completo hasta el punto de no pensar en ella sino cuando verdaderamente no tenía otra cosa en qué pensar ó cuando estaba enfermo y solo. Pero las mu-

jeres olvidan con menos facilidad que los hombres... Y además él tenía mil preocupaciones y mil quehaceres, mientras ella, retraída y enfermiza, apenas salía de su casa...

Él tenía, asimismo, la excusa de Marcela — Marcela, la bella Marcela, la más graciosa actriz de Francia — en tanto que ella estaba reducida á la adoración insípida de Raúl, un pobre muchacho cuya felicidad de pueblo dichoso no podía consistir sino en la carencia de historia galante.

— ¡Vaya un necio!...

Mauricio soñaba en voz alta :

— ... ¡Ese sí que merece su suerte... Porque llamarse Raul de la Siserane, ser sobrino del conde de Labadi, poseer cien mil escudos de renta y querer casarse con una chica que no tiene más gracia que la de estar tísica ó la de haber sido alumna de muchos profesores de amor...! Y lo curioso es que ese necio ni siquiera está loco : habla lo mismo que todo el mundo, y viene al Club, y hace grandes negocios, y gana cuando juega. Anoche mismo, al encontrarnos en la Ópera, yo creí que iba á recordarme impertinentemente mi promesa de devolver las cartas á Luisa; pero, al contrario, vino á sentarse á mi lado y durante media hora de amable charla no me hizo la menor indicación sobre el asunto. Esos niños degenerados que descienden en línea recta de los

caballeros de Malta, no pierden nunca la razón y todo lo hacen metódicamente, burguesamente, por sana y paradógica debilidad mental... Así, puesto que Luisa no quiere casarse con los cien mil francos anuales mientras yo no le haya devuelto sus cartas, lo mejor sería no devolvérselas. Lo mejor para él. Mas yo prefiero serle útil á ella que al fin y al cabo supo quererme tanto, con tanto ardor, y que quizás más adelante, cuando Marcela...

La voz del lacayo que abrió la portezuela diciendo: « el señor ha llegado », interrumpió su monólogo.

III

Antes de llamar á la puerta de bronce que dá acceso al jardín, Mauricio se detuvo para ver si las cartas estaban realmente en su bolsillo. En seguida arreglóse el nudo de la corbata y se sacudió nerviosamente el frac, como un estudiante que va á una cita. Las palmas de las manos se le habían humedecido.

Á lo lejos un reloj dió las nueve.

— ¿Nada más que las nueve?... Demasiado temprano... Luisa podía estar aún en el comedor. Era necesario esperar algunos minutos, un cuarto de hora por lo menos, mientras llegaba el momento de

las visitas, de todas las visitas... Porque ahora él ya no era, en aquella casa que antes había sido suya, sino un amigo vulgar, un amigo como otro cualquiera, sin más derechos que el barón de X... y sin sin más deberes que los marqueses de H...

La idea de que podía ser casi un extraño en aquel sitio, obsedía á Mauricio. Por primera vez en la vida, su imaginación exaltada le hizo ver los mil aspectos tristes de la existencia amorosa : — « Así, pues, dos corazones llegaban á desconocerse después de haber sido un solo corazón? Y eso sin motivo, sin pretexto, casi sin cansancio, porque sí... Y Marcela también le olvidaría, mañana, como las otras?... Y una noche, de repente, cuando su cabeza comenzara á despoblarse ó á cubrirse de hebras blancas, todas las realidades actuales se convertirían en dédalo lamentable de recuerdos... »

Una curiosidad psicológica le hizo sonreir : ¿Cuál iba á ser, más tarde, ¡oh mucho más tarde!, en la vejez, su mejor recuerdo de amor? ¿Julia, la nieta del caballero de Drumond? ¿Ó Ester, la linda Ester, siempre fresca y siempre alegre? ¿Ó la pálida Luisa? No; más bien Marcela, la musa moderna, la esbelta, la pecadora de formas impecables!... Sus labios repetían el nombre de Marcela; pero en el fondo de su alma, una imagen muy menuda y muy blanca, un Tanagrás casi místico, persistía...

IV

Mauricio entró en el salón, y mientras el criado iba á anunciarle, examinó minuciosamente lo que veía en su derredor. Nada había cambiado allí, ni los muebles, ni los tapices, ni los cuadros, ni las grandes lámparas veladas por inmensas pantallas de colores desfallecientes, ni siquiera el perfume, ese perfume indefinible, vaporoso, exótico, penetrante. Hasta las flores que llenaban los búcaros de la chimenea, parecían las mismas que un año antes.

Mauricio sintió, en el fondo de su ser, un soplo muy ardiente y muy triste, algo como una onda de suspiros incompletos, tal vez un germen de nostalgia.

Luisa entró, al fin, envuelta en un peinador de seda blanca.

Ella tampoco había cambiado : el mismo talle frágil, la misma cabellera rubia, amplia, profunda; la misma tez enfermiza y casi transparente de nácar mate; los mismos ojos obscuros, acentuados, casi hundidos por las grandes ojeras azules, y sobre todo las mismas manos adorables de princesa de cuento fantástico, manos diminutas, largas, afiladas, inverosímiles de gracia y de fineza...

— Te esperaba — dijo al entrar.

Y como si apenas hiciese una semana que no veía á su amante de antaño, continuó :

— ¿Qué has hecho? ¿Por qué no has venido?

Mauricio no sabía qué responder. El tono amistoso y la sonrisa familiar de su antigua novia, le desconcertaban de un modo extraño. Él hubiera querido entregarla sus cartas y marcharse sin pronunciar una palabra. Pero imposible. Algo de misterioso, algo de sobrenatural le retenía...

V

¿Era el perfume que todos los muebles exhalaban?... ¿ó la curiosidad malsana de volver á sentir los extremecimientos antiguos? ¿ó la belleza misma de Luisa, esa belleza de flor agonizante, casi macabra en su blancura de sudario, y sin embargo tan dulce?... Mauricio sintió que sus párpados se llenaban de lágrimas. Durante dos minutos — una eternidad en un idilio — sus labios no pudieron moverse.

Luego un miraje apareció ante su visión... Era un miraje singular, iluminado por claridades vacilantes de cirios; embalsamado con un aroma de incienso que le subía hasta el cerebro y que formaba, ante sus ojos, una nubecilla obscura en el fondo de

la cual había una mano que le decía adiós, una mano sin rencor, una mano que se iba después de haberle llamado. que se iba poco á poco, evaporándose lentamente...

No pudo más. Comenzó á hablar. Y comprendiendo apenas el verdadero sentido de lo que decía, obedeciendo á un sentimiento secreto; con un impulso nunca sentido, en voz muy queda, bajando la vista :

— ¡Perdóname! — dijo — ¡perdóname! he sido un necio y he sido un vanidoso : te he hecho sufrir; he desconocido tu belleza... Perdóname porque la culpa inmensa de mi orgullo no es toda mía y aun, en realidad, casi no es mía sino de la vida misma, de la luz de los salones que me impedía ver el fondo de mi alma, del ruido de los bailes que ahogaba la voz de mi corazón; perdóname porque ahora que en el silencio de tu existencia me he oído y que en la penumbra de tu mirada me he visto, comprendo que valgo menos que tú, menos que los demás, menos que todos!...

Mientras Mauricio hablaba, Luisa se había puesto de pie; y con los labios entreabiertos, secos, palpitantes; con las pupilas errantes; en una actitud hierática é inmóvil, parecía escuchar algo de terrible y de lejano.

Mauricio prosiguió :

— En el fondo yo no he sido sino un juguete ele-

gante de la Fatalidad. No he sido cruel puesto que nunca supe lo que era la crueldad; no he sido perjuro porque siempre ignoré la grandeza solemne del juramento... He sido un Fauno de lujo, inconsciente é irresponsable... Pero hoy me siento capaz de recomenzar mi vida, de hacer una gran experiencia, de alejarme del Egoísmo, de consagrarme al verdadero amor, á tu amor, Luisa, mi Luisa; y de adorarte de nuevo... de seguir adorándote, de ser tuyo y de hacerte mía... Dime que sí... dime algo... dime que me perdonas, que me das permiso para ser tu esclavo...

— ¡No! — respondió la sombra pálida.

— ¿No? ¿no me crees?... Entonces déjame probarte que ya no soy el mismo, que he variado, que soy otro y que te comprendo. Déjame serte fiel durante un año, antes de permitirme que me arrodille á tus pies para recibir una caricia; déjame esperar, déjame vivir... un mes... un año... cinco años... toda la existencia...

— ¡No! ¡no!

— Lo comprendo, Luisa: es porque quieres al otro, á Raúl, al buen enamorado que supo conocerte desde luego y que te sirve de enfermero para vendar las heridas de tu alma... ¿No es verdad que es por eso?...

— Vete; no me atormentes; no vuelvas nunca.

— ¿Que me marche? ¿Quiéres que me marche?

— Sí; vete; márchate.

— Porque quieres al otro, porque le adoras... ¿no es cierto?

— Márchate.

— Dime que le quieres.

— Sí, pero márchate; no me hagas sufrir... sí...

Automáticamente, como movido por un resorte de vanidad ultrajada, Mauricio se dirigió hacia la puerta del salón y la abrió con un movimiento brusco. Al volverla á cerrar detrás de sí, oyó el ruido seco, el golpe mortal de un cuerpo que se desplomaba... Y sin darse cuenta de lo que hacía, tembloroso, desencajado, vacilante, con las manos crispadas y la frente cubierta de sudor frío, salió huyendo...

LA CABELLERA DE CLEOPATRA

LA CABALLERA DE CLEOPATRA

A D. J.-M. Herrera Irigoyen.

I

Teodoro, el viejo poeta desconocido, tenía la costumbre de detenerse, cuando iba á la Biblioteca, ante todos los escaparates de la calle de Nuestro Señor.

Primero visitaba las vidrieras del librero: veía los libros nuevos; enterneciase ante las ediciones raras; escogía idealmente el sitio en el cual su gran poema sobre la belleza antigua, su *Cleopatra Victrix*, había de ser expuesto más tarde, cuando estuviese impreso... ¿cuándo estaría impreso su poema?... « Los editores modernos carecen de gusto y de talento »... Hachette no aceptaba versos de nadie, Quintín se había reído de su estilo; los demás no querían ni aun tomarse la molestia de recibirle...

Luego echaba una ojeada á los bronces del anticuario: bronces en general sin ningún mérito; inmenso montón de figulinas de principios de siglo,

con grandes pretensiones de clasicismo, todas envueltas en peplos, todas calzadas con sandalias y todas brutales en la delicadeza falsa de sus proporciones. Sólo diez ó doce canéforas de Tanagras, imitaciones también, pero artísticas, menudas, esbeltas, parecíanle dignas de ser contempladas con agrado. Si hubiese tenido dinero, las habría comprado todas para colocarlas en su mesa de trabajo alineadas en falanje muda y evocadora... Ya las compraría más adelante, cuando un editor imprimiese su poema...

En seguida pasaba en revista los muebles del ebanista, los diamantes del joyero, los retratos del fotógrafo y hasta las pelucas del barbero.

Por fin, al dar las nueve, las nueve en punto, apresuraba el paso; y un cuarto de hora más tarde hacía su entrada en el salón público de lectura, donde reunía los documentos necesarios para terminàr su nuevo libro, *La Evolución Ppsicológica del Beso.*

II

Teodoro Sylarus era lo que en francés se llama *un raté;* pero era un *raté* sin bilis y sin rencores. Cuando por casualidad uno de sus antiguos compañeros de estudios conseguía hacerse célebre en el mundo de las letras, el pobre autor de *Cleopatra Vic-*

trix, lejos de sentir las punzadas de la envidia, alegrábase sinceramente, y desde el fondo de su corazón celebraba el triunfo ajeno con verdadero entusiasmo. Jamás una queja contra los hombres; jamás el menor deseo de obtener el puesto de un camarada. ¿Que los otros lograban fama y dinero? Pues mejor que mejor. Él también lo lograría...

Los únicos seres humanos que le inspiraban alguna antipatía, eran los editores.

—Los editores de nuestra época—solía decir—son peores que los de antaño ó por lo menos son diferentes. En otro tiempo el hombre consagrado á imprimir, por su cuenta, libros ajenos, era un verdadero diletante que leía concienzudamente los manuscritos y que sabía comprender lo que leía. Hoy el editor es un mercader de éxitos que por nada del mundo lee dos versos de un autor desconocido y que reduce su sacerdocio á pedir novelas ó poemas á los que ya han hecho por lo menos un escándalo en la prensa.—Por mi parte yo no haré nunca escándalo ninguno; pero seguiré buscando con paciencia al librero que debe darme á conocer; le encontraré; ¿por qué no he de encontrarle?

Y sin perder nunca las ilusiones, sin acobardarse y sin desesperar, continuaba trabajando.

Su *Cleopatra Victrix*—diez años enteros de labor—era un largo ditirambo en tercetos, en el cuál la

reina de Egipto aparecía, en toda la gloria simbólica de su belleza, como una domadora de voluntades, como una imagen de la seducción suprema é irresistible. El poeta no había querido hablar únicamente de la querida de Antonio y de César, sino de toda la belleza femenina. — Para realizar su ideal alegórico, atribuía á su Cleopatra vencedora las gracias crueles de Salomé y la divina majestad de la Venus griega. Fundidas en un sólo cuerpo de carne rubia, esas tres diosas de la voluptuosidad formaban un monstruo de belleza turbadora, lleno de hipocresía felina, de majestad perezosa y de atractivo sanguinario.

— La Trinidad del Amor — decía el poeta.

III

En la *Evolución Psicológica del Beso*, la nota dominante era la sutileza histórica. Teodoro Silarus había estudiado todas las obras relativas al amor, desde los libros del Antiguo Testamento, hasta las conferencias de Pischaris y las novelas de los hermanos Goncourt.

— En esas obras — decía á los pocos seres caritativos que consentían en oir sus discursos — he encontrado muchas contradicciones y muchos errores.

Pischaris, por ejemplo, asegura, en su estudio leido últimamente ante la corte de Atenas, que el beso en los labios, el beso en la boca, es moderno y que fué usado por la primera vez en la escena de *Paolo y Francesca* de Dante Aligieri, poeta florentino de la Edad Media, cuando en realidad es mucho más anti guo que la Era Cristiana. El libro de Tobías en los capítulos IX y X, y el libro de Ruth en el versículo 14 del capítulo I, nos hablan ya del beso en la boca y en la barba como signo de amistad ó de amor. El origen verdadero del ósculo, se encuentra en las Santas Escrituras. El primer beso es el que, según Job, enviaban los hombres primitivos á los astros, llevándose las manos á los labios y levantándolas en seguida hacia el firmamento: *si vidi solem aut lunam et osculatum sum manum meam ore meo*. En el nuevo Testamento, San Pablo recomienda á los fieles que se saluden por medio de un ósculo: *Salutate invicen osculo sancto;* y luego establece la división cristiana de los besos, en beso del altar, de paz y de las manos ó pies; pero católicamente ya no existen sino dos de esos besos desde que el papa Inocente III se vió precisado á suprimir el segundo á causa de los abusos del clero de su época. En Grecia el beso fué un signo de simpatía corriente. En los países orientales, según lo asegura Niebuhr en la crónica de sus interesantísimos viajes, el beso

más vulgar es el que los hombres dan á las mujeres en las rodillas. En el siglo xv, en Europa, los caballeros saludaban á las damas por medio de un beso en los labios, costumbre licenciosa que hizo decir al gran Montaigne en un precioso capítulo de los *Ensayos*, que sus lindas contemporáneas eran los seres más desgraciadas del planeta cuando el hombre que las saludaba era viejo ó feo. Más tarde, este privilegio de besar bocas femeninas fué especialmente reservado á los cardenales, que tenían derecho á *saludar en los labios á la misma reina nuestra señora.* Juan Segundo, poeta latino moderno que á mediados del siglo xvi escribió en la lengua del Lacio con gracia petroniana y corrección digna de Virgilio, divide la escala del amor humano en diecinueve besos: el primero de los cuales es el de la infancia y el último el que un hombre y una mujer se dan en el lecho, después de haberse poseído. En el siglo xviii, el beso llegó á perder su carácter religioso á causa de la frivolidad libidinosa de las costumbres; y, aunque parezca extraño, el único que entonces vió en él una caricia sagrada fué Voltaire. En nuestro siglo, el ósculo ha recobrado algo de su carácter antiguo; pero mi libro se refiere sobre todo á las épocas que han caído definitivamente bajo el dominio de la ciencia histórica.

IV

Fuera de sus labores poéticas y de sus especulaciones eruditas, Teodoro se ocupaba en dar clases de latín á las alumnas de tres ó cuatro escuelas religiosas; y lo poco que esas clases le producían, proporcionábale lo justo necesario para que su familia no se muriese de hambre.

...Porque el autor de *Cleopatra Victrix* tenía una familia: una mujer y dos hijos. Se había casado, sin saber cómo, entre dos cantos de su poema, con una modista algo marchita cuyo perfil le pareció griego una tarde de primavera. Y durante diez años de vida conyugal, no había sido ni dichoso ni desgraciado.

Lo único que á veces le parecía desagradable, era que su mujer tuviese ideas falsas sobre la educación y que en los momentos de miseria le dijese:

— Cuando los chicos estén grandes, te aseguro que les enseñaré á trabajar seriamente para que puedan entrar en el comercio.

Pero en el fondo Teodoro estaba seguro de que sus herederos se consagrarían al latín y al griego lo mismo que él; y esa seguridad le consolaba de las tonterías de su mitad.

V

Cierta mañana, después de haber visto los eternos incunables del librero y las invariables figulinas del anticuario, una peluca le llamó la atención en el escaparate de la barbería. Era una cabellera de mujer, rubia, muy rubia, rubia obscura, rubia veneciana, con tonos de cobre pulido, sedeña, enorme, espléndida. Durante media hora sus ojos no se cansaron de admirar esa cabellera sin cabeza, que tenía, para él, algo de enigmático y que le hacía pensar vagamente en Cleopatra, en Salomé y en la decapitación de San Juan Bautista.

Al otro día casi no vió las curiosidades de las demás vidrieras, para emplear toda su hora de ocio en la contemplación casi amorosa de la peluca. Y durante varias semanas el escaparate del barbero fué para él un santuario y un lugar de peregrinación.

La gran cabellera inmóvil le atraía, le subyugaba, le obsesionaba.

Una idea quimérica se apoderó de su cerebro: ¿Cómo había podido llegar hasta allí esa divina cabellera, á través de tanto siglo, á pesar de tanto espacio? Porque esa era, no cabía duda de que era esa, la melena de la reina, la melena de Cleopatra,

la dulce melena en la cual se veían aún los reflejos metálicos de las armas, las vibraciones del amor insaciable y orgulloso, las dulzuras de la imperial esclava de Oriente, todas las gracias, en fin, todo el perfume y toda la perversidad de la antigua seductora!... Marco Antonio la había acariciado y sus dedos ardientes de amante y de guerrero habíanse hundido entre esas hebras de luz del desierto, salvajes y refinadas!... ¡Oh la divina cabellera, reliquia de amor eterno, fragmento de vida antigua, trofeo de belleza muerta!...

VI

Con objeto de saber á punto fijo de qué color había sido la cabellera de la reina egipcia, Teodoro emprendió nuevos y profundos estudios históricos. Leyó un gran número de las comedias latinas, francesas é inglesas, citadas por Stafer en su bibliografía dramática de Cleopatra; leyó, con más atención que antes, las obras de Plutarco, las de Marmontel, las de Montreux, las de Teófilo Gautier, las de Enrique Houssaye, etc. En ninguna parte se encontraba un indicio serio que pudiese servir de prueba decisiva. Unos aseguraban que la cabellera había sido morena; otros, los más, que había sido rubia; pero nadie

apoyaba sus aserciones en documentos formales. Entonces el pobre poeta recurrió á la pintura, á los cuadros antiguos sobre todo. *La muerte de Cleopatra*, del Dominiquino; la *Cleopatra*, de Guido; *Cleopatra desembarcando en Tarsa*, de Claudio el Loreno; la *Cleopatra*, de Gerardo de Lairesse; todas las imágenes de la reina que se encuentran en el Louvre ó en los museos de reproducciones, fueron examinadas por Teodoro, que, convencido al fin de que cada artista había atribuído á la real cabellera el color que mejor cuadraba con sus gustos, abandonó sus estudios y siguió creyendo que su intuición de amante ideal no le había engañado y que esa que él veía todas las mañanas en el escaparate de la calle de Nuestro Señor, era la verdadera melena cuyo perfume había deleitado á César y enloquecido á Marco Antonio.

VI

Una tarde, al salir de la biblioteca, se encontró con uno de esos antiguos compañeros suyos que no sabían ni griego, ni hebreo, ni siquiera latín, y que sin embargo había alcanzado cierta notoriedad literaria.

—¿Qué haces?

—Nada; siempre lo mismo: ¿y tú?

— Yo también, siempre lo mismo, siempre remando en la galera de las letras, como decía nuestro profesor de retórica. Ahora justamente acabo de ser nombrado director de *La Estrella del Siglo*, una revista que paga, chico, una *rara avis in terra* como dirías tú... Y á propósito, ¿por qué no me traes un artículo ó un cuento?

El autor de Cleopatra no escribía ni artículos, ni cuentos.

— ¿Quiéres un poema sobre la antigüedad?

— No; nada de versos: los versos no se pagan.

— Entonces un estudio psicológico é histórico sobre el beso, algo que gustará á tus lectoras; y no es largo, cuatro números, cinco á lo más... ¿te parece?

— Á mi ya lo creo que me parece; pero cuatro ó cinco números, casi un folletín... ¿cuánto quieres por tu historia?

— Lo que me des, chico; cualquier cosa; ya tú sabes que no tengo derecho á ser exigente.

— ¿Cuarenta duros?

— Sí, lo que gustes.

— Pues está hecho el trato: cuarenta duros y ven el martes; no el próximo; el otro, dentro de catorce días. Adiós.

— Adiós.

VII

Era la primera vez que una obra suya iba á ser impresa ¡qué triunfo! y sin embargo el poeta no parecía muy satisfecho. Si hubiese sido la otra, la *Cleopatra Victrix*, su gozo no habría cabido en un pozo; pero la *Evolución*, un estudio puramente erudito... en verdad que no valía la pena.

Al volver á su casa examinó su manuscrito. El libro estaba casi concluído; apenas le faltaban los títulos de los capítulos, el índice histórico y la versión de las citas griegas y latinas. Dos semanas de labor y todo estaría listo.

Preparó, pues, sus grandes infolios de consulta; se puso los anteojos; comenzó á trabajar. Y para estar más seguro de no faltar á su palabra, decidióse á no ir á las escuelas en las cuales era profesor, hasta después de haber entregado el manuscrito.

Durante esas dos semanas de huelga, el pan no fué muy abundante en su mesa. Pero catorce días pasan pronto; y en la bohardilla del poeta todos consolaban sus apetitos pensando en que « el otro martes » no tardaría en llegar y que con ese martes llegarían los cuarenta duros y con los cuarenta duros el festín.

El martes llegó al cabo. El autor de la *Evolución*

Psicológica del Beso entregó su original y cobró la suma convenida, en dos billetes azules del Banco de Francia.

VIII

¿Por qué causa al salir de la redacción de la *Estrella del Siglo*, Teodoro parecía descontento? ¿Habíanle recibido mal? ¿Le habían suplicado que cambiase algunas de sus conclusiones filosóficas para no chocar á las lectoras asustadizas? No. El descontento del poeta no tenía ninguna causa definida y más que descontento era una tristeza lejana, un malestar nervioso, una preocupación indefinible, una sed nostálgica de poesía y de pasión.

Para calmarse hubiera querido andar mucho, mucho; ir hasta el Bosque de Bolonia y volver á pie. Pero era imposible porque su mujer y sus hijos esperaban los cuarenta duros para almorzar y ya las tres de la tarde habían sonado en todos los relojes.

Por la primera vez en su vida, comprendió que el fardo de la familia le pesaba demasiado y que la tiranía burguesa de la vida material era la más terrible de las tiranías.

— En la Edad Media — pensó — las condi-

ciones de la existencia fueron menos vulgares!... ¡Quién hubiera podido nacer en la Edad Media, en tiempo de Petrarca!... Ó en la Antigüedad, en Roma, en Bizancio, en Egipto — ... en Egipto sobre todo, en la época divina en que la galera de la reina costeaba las playas, al vuelo de sus inmensas velas de púrpura!... ¡Oh la reina!... Y pensar que ese bárbaro de Pascal pudo hablar de su perfil de diosa sin entusiasmo de artista, sin fervor ninguno, considerándolo únicamente como un instrumento político...

Discurriendo así, llegó á la calle de Nuestro Señor y se fué derecho al escaparate del peluquero. La melena de sus ensueños no había cambiado de sitio : Allí estaba, lo mismo que antes, más bella aún, más rubia, más provocante que nunca, con sus reflejos de bronce obscuro, brillando bajo el sol...

El pobre poeta la contempló amorosamente durante diez minutos. Luego pensó en comprarla para tener derecho á acariciarla á todas horas y no sólo con la vista sino también con las manos, lo mismo que César y Marco Antonio. —¿Cuánto podía valer? ¿Tres, cuatro, cinco duros? Quizás diez... Pero ¿qué significaban diez duros para un hombre que tenía cuarenta?... ¡Y era tan bella, la cabellera de Cleopatra!

Entró en la tienda y preguntó el precio.

— Cuarenta duros, caballero; es una cabellera natural...

¿Cuarenta duros?... ¡Su fortuna!... No, no podía; no debía comprarla, no tenía derecho á disponer de todo su dinero, para pagar una locura, mientras su mujer y sus hijos estaban en ayunas.

El peluquero continuó:

— ... Una peluca natural, garantizada, auténtica; lo más fino que puede encontrarse; tóquela usted, parece de seda...

El poeta la tocó piadosamente. Un escalofrío diabólico sacudió todo su cuerpo. Pero no podía, no podía, no podía... su familia... el almuerzo... la cena... ¡Imposible!

— ... Se la pondré á usted en una caja; aquí la tiene usted — prosiguió el peluquero.

— ¡Imposible! — murmuró el poeta — ¡Imposible, imposible! ¡No; no; no puedo!

Pero al mismo tiempo, sin saber lo que hacía, automáticamente, visionariamente, sacó del bolsillo los dos billetes de cien francos que acababa de recibir, y los puso en el mostrador del peluquero.

PSICOPATÍA

PSICOPATÍA

Esa tarde mis amigos se habían marchado ya, y en el café donde todos teníamos la costumbre de tomar el ajenjo, sólo quedaba el doctor Lariviere, un viejo fastidioso á quien yo no dirigía casi nunca la palabra.

Durante media hora ni el doctor ni yo despegamos los labios. Él leía *El Tiempo* con atención minuciosa; yo recorría rápidamente todos los periódicos del día, buscando algo nuevo, algo que pudiese interesarme, algo firmado por un amigo, algo, en fin, que no fuera el eterno artículo sobre la triple alianza, sobre la alianza franco rusa ó sobre la cuestión de Oriente y el equilibrio europeo. Pero nada: en los diarios no había nada digno de ser leído, ni siquiera la crónica de un escándalo mundano ó el relato de un crimen, ¡nada! Y sin embargo, el doctor seguía

leyendo sin levantar los ojos, sin moverse, como si tuviese entre las manos un libro de Edgardo Poe ó de Balzac.

— ¿Qué aventura extraordinaria lee usted con tanta atención, doctor?

Mi pregunta le pareció, sin duda, muy irónica. Su respuesta fué dura:

— Leo — me dijo — lo que me da la gana.

— Lo comprendo — repuse sin darme por enojado — pero ¿es muy interesante lo que lee usted en *El Tiempo?*

— Todos los periódicos serios — contestóme — son dignos de ser leidos con interés; y si usted no encuentra nada que le guste ni en *La Libertad*, ni en *La Gaceta*, ni en el *Diario de los Debates*, la culpa no es de los directores de esos diarios, sino de usted mismo, ó, mejor dicho, de su enfermedad.

« ¡Mi enfermedad? » La frase me pareció curiosa. ¿De qué enfermedad quería hablarme el doctor? Porque, realmente, yo siempre había sido robusto y á nadie más que á Eliodoro de Cramentino, un escritor italiano discípulo de Lombroso, de Max Nordau y de Pompeyo Gener, habíasele ocurrido llamarme « masoquista degenerado en grado máximo » á causa de mi novela sobre los misterios carnales del ocultismo parisiense.

— ¿Pero en verdad cree usted que estoy enfermo? — le pregunté.

— Sin duda ninguna; y si usted desea saber de qué, le diré que de todo ó de casi todo, del intelecto, de los nervios, de la voluntad, de lo más interesante, en fin, y de lo más grave.

La respuesta del viejo sabio me hizo pensar en mi pobre amigo Marcelo, el poeta místico de las *Rimas Odiosas*, que había escrito un libro entero para tratar de probar que todos los que no pensaban como él, eran locos ó enfermos.

— Lo malo, doctor, es que para esos males que usted descubre en mi organismo, ningún farmacéutico vende remedios y ningún médico dá recetas.

— Se equivoca usted, caballero. Hoy el estudio de tales padecimientos, que hace veinte años eran calificados de « signos característicos del temperamento », está más adelantado que el conocimiento de ciertas enfermedades tan antiguas como la fiebre tifoidea y el cólera morbo asiático. Desde Charcot hasta la fecha, hemos andado mucho, mucho, mucho; y después de trabajar pacientemente, entre la indiferencia del público en general y las burlas malévolas de los profesores rutinarios en particular, hemos conseguido, por fin, fundar sobre bases sólidas, sobre cimientos experimentales, la más interesante de las ciencias modernas: la ciencia de las enfermeda-

des ideológicas y sensitivas... La fiebre es desagradable y peligrosa, ¿quién lo duda?; también la tisis es peligrosa y desagradable, nadie lo niega; pero los tuberculosos y los calenturientos saben, desde luego, á qué atenerse, conocen sus dolencias y pueden tratar de curarse con píldoras antiguas é higienes tradicionales, en tanto que los pobres hombres que, como usted, parecen sanos y que, sin embargo, sufren de males psíquicos, padecen y mueren, por lo general, sin darse cuenta de que llevan en el fondo de sus seres degenerados un verdadero cáncer moral... ¡Y si usted supiese lo numerosos que son, en el mundo del arte y del pensamiento, los que sufren casi sin saberlo!... Durante el mes pasado más de cien colegas de usted vinieron á mi clínica de psicopatía... ¡pobres muchachos!... Venga usted también, venga usted pronto; su mal no debe de estar aún muy arraigado... y además los medicamentos son tan agradables, casi sólo lecturas sanas, reacciones estéticas y morales, aventuras que obran de una manera refleja en el sistema nervioso... venga usted...

Una mañana fuí á la clínica donde el doctor ejercía sus funciones de analista espiritual y de curan-

dero psicológico. Fuí por pura curiosidad, como quien, no siendo supersticioso, va á que le digan la buenaventura.

Lo primero que me llamó la atención, al encontrarme en la « Clínica », fué la modestia casi miserable de la estancia: en el fondo había un sofá; junto al sofá una mesa cubierta de libros; luego unas cuantas sillas, y nada más.

Cuando yo llegué, ya casi todas las sillas estaban ocupadas por personas que esperaban su turno.

— ¡El número cinco! — dijo el doctor en alta voz.

Un caballero que ocupaba el primer asiento, levantóse y fué á sentarse al lado del viejo sabio para explicarle los síntomas de sus males ocultos:

— Yo, señor, — le dijo — soy pintor; tengo treinta años y nunca he pasado un día en cama; pero desde hace algún tiempo...

— Baje usted la voz — ordenó el doctor.

Durante algunos minutos sólo se oyó, en la vasta pieza desmantelada, el murmullo incomprensible del enfermo que hablaba y la tos seca é impaciente de los que esperaban.

Me fijé en el doctor y casi no le reconocí. Parecíame transfigurado como por arte mágica. Ya no era el anciano que solía venir á tomar su aperitivo en el café de Francisco I. Al través de los lentes es-

pesos, sus ojos brillaban de un modo singular; su frente de pergamino era más vasta; sus manos se movían nerviosamente en un ritmo casi febril; su cabellera blanca, echada hacia atrás, tenía reflejos metálicos y ondulaciones juveniles; todo su ser, en fin, vibraba y se estremecía.

Cuando el « número cinco » acabó de hablar, el sabio le dijo:

— Está bien, señor Coriolis; mañana mismo recibirá usted mis primeras instrucciones.

¿Coriolis?... ¿En dónde había yo visto escrito ese nombre?... ¡Ah! sí; en los catálogos de las grandes exposiciones de pintura y en los folletines de crítica de arte... Pero, ¿sería ese mismo el famoso Coriolis, el artista célebre, el colorista cuyos cuadros, llenos de sol y de vida fecunda, cegaban á los miembros del Instituto?

III

— ¡El número doce!

Nadie se dió por entendido.

— ¡El número doce!

Un caballero que se hallaba á mi lado me indicó que « el número doce » era yo.

Al reconocerme, el doctor se puso en pie:

— Venga usted — me dijo; — y me llevó á una pieza vecina, en la cual no había mueble ninguno.

Cuando estuvimos solos, estrechóme la mano con verdadera efusión y me dió las gracias.

— Las gracias... ¿y por qué?

— Por haber venido, señor, nada más que por haber venido. Usted es uno de los casos que más interesantes se me figuran; usted representa, para mí, el más intenso mal interior en la más completa robustez exterior; usted será uno de mis « casos » favoritos. Pero desgraciadamente usted ha venido tarde y ya no tenemos tiempo de hablar seriamente, por lo cual dejaremos la consulta para mañana. ¿Qué piensa usted de mi clínica?

— Me parece muy curiosa, sobre todo por los que la frecuentan; todos son personas de distinción en apariencia y ninguno de ellos tiene cara de enfermo... Á propósito, ¿quién es ese Coriolis del « número cinco? » Supongo que no es el joven pintor rival de Decamps.

— Ese es, ese mismo.

— ¿Y está enfermo?

— Casi tanto como usted; no hay más que ver sus obras para comprenderlo; su titilación cerebral es aguda y profunda, y le obliga á buscar matices que no existen en la naturaleza, á tratar de descubrir

detalles invisibles, á combinar sus colores de manera que produzcan reflejos inverosímiles. ¿No ha visto usted su gran lienzo del 97? Esos prismas de luz filtrada y esas gamas complicadas de tonos fuertes sobre tonos pálidos bastarían para asegurar que el autor está gravemente enfermo de titilación, de « vicio supremo » como diría ese grafomano de Peladán. Y además este mal se complica en él con satiriasis ideológica, como lo indica el cuerpo desnudo, cubierto de pompas de jabón, de su figura principal, al lado del cuerpo de la negra, desnudo también y hecho con amor y con entusiasmo doloroso. Entre mis clientes, sólo Durtal presenta un caso de titilación erótica tan serio como el que en Coriolis supongo.

— Pero, ¿también Durtal está enfermo; Durtal, el historiador artista, el admirable autor de la *Historia de Gil de Rez y del ocultismo en la Edad Media?*

— ¡También!...

IV

Las revelaciones profesionales del doctor, comenzaban á interesarme, á preocuparme, á inquietarme.

Que Coriolis estuviese enfermo y que tratara de cambiar su modo de sentir, podía pasar; pero que

Durtal, el único erudito artista de mi epoca, mi querido y admirable maestro Durtal cuyo estilo y cuya filosofía eran, para mi, sacramentos literarios, no se creyese sano de espíritu y recurriese á Larriviere para curarse, me parecía un sacrilegio, casi un crimen intelectual.

El doctor prosiguió :

— ... Sí; también Durtal... y no así como quiera, sino gravemente. Todas sus obras son verdaderas producciones de maniático y de degenerado. En cada página escrita por él se ve sin dificultad la debilidad vacilante del intelecto, con más el deseo de gustarse á sí mismo con el objeto sin consciencia de saciar una sed insaciable de fantasías diabólicas, orgullosas y obscenas. Fíjese usted en sus cuadros lascivos y lea usted en seguida las más escabrosas historietas del abate de Boissenon... ¡que diferencia tan visible! Lo que dice hoy Durtal, es, sin duda, menos indecente que lo que hace un siglo dijo el buen vicario libertino; y sin embargo ¡cuán grande es la distancia moral que separa al cuentista del siglo XVIII de nuestro contemporáneo! Aquél escribía después de comer, escribía alegremente, como quien cuenta una anécdota verde, sin atormentarse, sin buscar medios complicados para dar perfume y color á la frase : sus cuentos son « sanos » y casi no son inmorales en el verdadero sentido de la palabra

porque hacen reir y presentan al Vicio por su lado cómico. No así las descripciones pretensiosas del cronista de *Gil de Rez*, que busca en la lengua escrita sonoridades bastardas, llenas de languideces agonizantes y de pasiones sobrenaturales...

V

Luego el doctor me habló de Claudio Larcher y de Charles Demailly, dos exquisitos novelistas, amigos míos, que habían escrito algunos libros adorables sobre el amor moderno.

— Los dos están enfermos — decíame Larriviere — los dos sufren de grafomanía aguda. Demailly, sobre todo, me apena seriamente á causa de su carácter sentimental y de su irritación nerviosa. Larcher, al menos, es lo que se llama un « sonriente », un « espiritual », un hombre que se deja llevar por el deseo de asustar y que, en vez de dominar á la frase, se pliega ante las exigencias de la composición y del estilo. Estoy seguro de que entre Larcher y Demailly hay una gran diferencia...

VI

Un caballero abrió la puerta de la estancia y vino á saludarnos.

— Espérame en la clínica — le dijo el doctor.

Luego, mirándome fijamente:

— ¿Ha visto usted á ese joven? — me preguntó.

— ¿Quién es?

— René Vincy.

— ¿El autor del *Sigisbeo*, el poeta que fué casi genial en su primera obra, que trató de suicidarse y que ahora escribe novelas ridículas, dignas de Jorge Honet?

— Ese mismo... sólo que sus novelas son muy estimables... Es el más antiguo de mis parroquianos... es mi orgullo... ¿Se acuerda usted de las circunstancias de su tentativa de suicidio? Pues bien: como entonces era yo el médico de su familia, me llamaron, y le salvé físicamente, y más tarde le salvé también intelectual y moralmente... ¡Pobrecillo! Su amigo Larcher le había llenado de locuras el cerebro. Yo eché al fuego todos sus manuscritos y durante la convalecencia no le permití que leyese sino libros sanos, las obras de Laviche, de Sarcey, de Jorge

Sand; luego le aconsejé que escribiera novelas equilibradas. Y allí le tiene usted, gracias á mi régimen, siendo un literato digno de competir con el autor de *Sergio Panine*... Pero ya hemos hablado demasiado y es necesario que le abandone á usted. Adiós, hasta luego... hasta mañana... mañana comenzaremos.

VI

— Hasta mañana, — le dije.

Pero, naturalmente, no volví nunca. ¿Á qué había de volver? ¿Á que me curase, convirtiendo mi locura en idiotez? Nò; yo he tomado ya mi determinación definitiva; y puesto que en el mundo de las letras es necesario escoger entre la Burguesía y la Enfermedad, me quedo con la Enfermedad.

LA TRAGEDIA DEL CORONEL.

LA TRAGEDIA DEL CORONEL

A Mariano de Cavia.

I

El coronel leía la carta que acababa de recibir; la leía y la releía, casi sin comprenderla.

¿Sería para él?

...« Mi querido Julio: No hay duda de que eres un león y un lince. En el cuartel nada escapa á tu vigilancia, ni un botón de menos en la casaca de un soldado, ni una mancha de más en los pantalones de un sargento, ni siquiera la hebilla mal cosida de unos tirantes; en verdad, eres un gran lince. También eres un león, puesto que en Crimea te afeitaste ante el enemigo... »

— Necesariamente — se dijo — la carta es para mí, puesto que nadie más que yo tuvo la fanfarronada juvenil de hacerse la barba bajo una lluvia de balas rusas... Pero lo demás... » Y siguió leyendo:

« ... Sólo que de Crimea á tu casa hay una gran

distancia. En el seno de tu familia no eres ni león ni lince, mi querido Julio. ¿Sabes por qué? No; no debes de saberlo, no puedes saberlo, no lo sabes. Si lo supieses, ya les habrías hechado á puntapies á los dos, á ella y á él. Porque eso es: un asunto muy vulgar de hembra y de macho; un asunto de amorillos, una de esas intrigas que acontecen en muchas casas honradas sin que nadie las advierta, pero que cuando pasan en el hogar de un jefe de escuadrón, hacen sonreír á los soldados y á los vecinos. Abre, pues, los ojos, mi terrible Julio, y si no quieres que tus tropas sigan burlándose de tu vigilancia, fíjate en tu ayudante, prepara la punta de tu bota para dar un buen puntapié, y sé prudente ».

Ninguna firma.

II

¿Quién podía haber escrito ese fárrago de infamias? Tal vez un oficial descontento, ó un bromista de mala ley, ó un enemigo sin escrúpulos.

Pero, ¿y si fuese cierto?

Comenzó á dar voces llamando á su mujer:

— ¡Julia, Julia, ven en seguida, Julia!

Estaba dispuesto á interrogarla de una manera

minuciosa, á averiguar la verdad á todo trance, á enseñarla la carta si era necesario.

Mientras su mujer llegaba, volvió á leer la carta, por quinta ó sexta vez : « Fíjate en tu ayudante, prepara la punta de tu bota para dar un buen puntapié y sé prudente. »

Tenía razón el delator : sobre todo era necesario ser muy prudente y convertirse en espía antes de ser acusador y verdugo.

— Seamos hábiles — pensó — y en seguida seremos terribles ; ¿una bota? ¡ Pues no faltaba más! Un par de pistolas, dos balas, una para ella y otra para él...

III

Llamó á su ayudante :

— Esta noche — le dijo — tengo necesidad de comer fuera de casa y seguramente no volveré antes de las doce ó la una. Tú puedes hacer lo que quieras, con tal de no faltar mañana á la revista. La noche es tuya, vete.

Luego hizo como que se marchaba y se encerró sigilosamente en su habitación, dispuesto á observar lo que sucediese en su casa durante su fingida ausencia.

IV

... En esas horas de ansiedad y de cólera, toda su vida pasada aparació ante su memoria. Se acordó de su madre, una buena señora del tiempo viejo, devota, ignorante y sencilla — ¡ella sí que habría sido incapaz de mentir, de engañar, de ensuciar el nombre de su marido! el rey mismo la hubiera encontrado inflexible en su traje de candor y de castidad! « ¡pobre madre!... » Se acordó de la escuela en que había aprendido á leer y á rezar... se acordó de sus amigos de la infancia— « ¿qué se habían hecho? » — y de su primera novia — « ¿en dónde estaba? » — Todas sus miserias y todos sus sufrimientos anteriores, le parecían soportables, casi dulces, en comparación de su desgracia actual. Hubiera dado la mitad de la vida por encontrarse de nuevo en el carro de ambulancia que le había recogido agonizante, con el cráneo roto y la pierna quebrada, después de la batalla de Crimea.

Á cada instante una blasfemia se escapaba de sus labios : . . . .

— Es necesario matarlos — se decía — es necesario matarlos... El honor ante todo... ¿Reirse de mí y hacer que la gente me señale con el dedo? ¡Pues

no faltaba más! Á Cristo mismo le partiría en cuatro pedazos para dárselos á los perros... ¡Y dicen que la sangre mancha! ¡No; la sangre no mancha... la sangre limpía... es necesario bañarme en sangre y presentarme así, con las manos encarnadas, y con el traje encarnado, y con los pies encarnados, para que los que ahora se burlan de mí, me reconozcan; y para que el mundo, todo el mundo, el mundo entero, se asuste... y para que sepan que el honor es el honor y nada más que el honor!...

Sus puños crispados se apoyaban, en espasmos de rabia, contra las llaves del escritorio, hasta que el sufrimiento material era insoportable.

V

Luego venían los momentos de tristeza humilde. — Matar en la guerra á un soldado ó matar á un hombre en duelo, perfectamente; ¡pero matar así, en la obscuridad, á una mujer, á la suya, á la compañera de su existencia, á la que había sido pobre con él, á la madre de sus hijos!... ¡Deshonrar á Federico para que sus camaradas de colegio le volviesen la espalda!... ¡Dejar huérfana á Helena que ya tenía quince años, y que era tan linda y tan juiciosa!... ¿Con qué derecho iba él, asesino de la

madre, á besar á los hijos? Ellos le tendrían horror... Pero era necesario, era fatalmente necesario.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y el pobre soldado sin medio y sin creencias, echábase á llorar y trataba de hablar con la Virgen: « Santa María, madre de misericordia, señora nuestra... » — Por un milagro que él no comprendía, las oraciones de su niñez, olvidadas durante treinta años, brotaban de sus labios, completas, sin ningún cambio, con toda la frescura ingenua de sus frases ardientes.

VI

Después de mucho desesperarse y de mucho llorar, el coronel trató de sobreponerse á su propía desesperación y preparó un plan.

En primer lugar era necesario matar á los culpables; en eso no cabía razonamiento ninguno.

En seguida, para no ser testigo y víctima del dolor de sus hijos, era también necesario matarse él mismo.

— Yo después de ellos y así nadie podrá ni reirse en mis barbas ni tampoco tenerme horror. Que mis hijos me maldigan si quieren, pero que no me lo hagan ver, que no se alejen de mí con espanto, que no me tengan miedo.

Comenzó á escribir sus últimas voluntades: « Queridos hijos, hijos del alma, hijitos míos: Perdonad, ante todo, el crímen que cometo y que os priva del apoyo de los dos únicos seres que se interesaron verdaderamente por vosotros. De hoy en adelante tendréis necesidad de andar sólos, sin guía y sin apoyo, por el camino de la vida. La mano de vuestra madre no podrá acariciaros; el brazo de vuestro padre no os podrá defender. No me olvidéis nunca y tratad de obrar, en todas las circunstancias de la existencia, como si estuviese á vuestro lado. No la olvidéis á ella tampoco, ni la maldigáis, pues si fué criminal en un momento de locura, antes había sido la más buena de las madres. Dios mismo la perdonará, porque Dios puede perdonar. ¡Yo no; yo no puedo; como tampoco puedo seguir viviendo al lado vuestro; no puedo! Lo único que os dejo es un nombre teñido de sangre: no lo abandonéis, no lo cambiéis por otro; conservadlo así, pues, aun lleno de oprobio, debe ser sagrado para vosotros. Sed honrados; sed fuertes; sed leales. Es todo lo que os pido y todo lo que os aconsejo. Más tarde no faltarán personas que os aseguren que yo fuí un insensato sanguinario y que vuestro madre fué una infame; no lo creais; vuestra madre fué débil y fué criminal; yo fuí justo. Adiós, adiós. »

El coronel leyó las líneas que acababa de escribir

y echó de ver que no había dicho todo lo que hubiera querido decir. Su testamento moral le pareció demasiado duro y demasiado solemne. Era necesario hacerlo de otro modo, más largo, más tierno, con más consejos y menos orgullo.

Tomó por segunda vez la pluma y comenzó de nuevo : « Hijitos de mi corazón, hijitos míos : Os escribo por última vez, en las circunstancias más terribles de la vida, en uno de esos momentos en que los hombres no mienten ; os escribo con el alma, después de haber derramado muchas lágrimas y de haber besado vuestra imagen adorada ; hijitos mios... »

Un ruido casi imperceptible de voces apagadas y de pasos sigilosos, le hizo ponerse de pie.

VII

Con un revólver en la mano, arrastrándose para no ser visto, conteniendo la respiración para no ser oído, salió de su cuarto.

La puerta de entrada estaba entreabierta. En el fondo del pasillo, junto á la habitación del ama de llaves, una lámpara despedía un resplandor pálido.

« He aquí el instante — pensó el coronel. — Es

indispensable recobrar la sangre fría para no parecer un asesino, sino un justiciero ».

Y como si estuviese en la guerra, ordenó mentalmente :

— ¡Adelante!

Empero, ninguno de sus miembros se movió.

« ¿Tendré miedo? — continuó pensando. — ¿Seré capaz de abandonar mi venganza? No, no. Allí están, él, con su aspecto de mosquetero, vanidoso, guapo, necio; y ella, todavía hermosa, gastando sus últimos besos ardientes lejos de mí... ¡Y en el cuarto de Irene, de la criada!... De manera que la criada lo sabe todo y ha podido contarlo ya á los vecinos y á los porteros... y que siendo cómplice de mi mujer, la amenaza sin duda... Pero y ahora, mientras ellos ocupan su cama, ¿en donde está ella, la criada? ¿Allí mismo?... ¿Viéndolo todo?... Es preciso terminar, acabar de una vez... ¡Perdón, hijos míos... perdón... ¡Adelante! »

VIII

... Ya le tenía cogido por el cuello y ya habia montado el gatillo del revolver, cuando una voz aguda y penetrante grito :

— ¡Asesino, asesino, socorro!

¿Asesino? No; él no era asesino : él no quería que le tomasen por un asesino; él era un juez, un verdugo, una fiera, todo, en fin, pero no un asesino.

Dió un paso hacia atrás.

— Acércate — dijo á su ayudante — y verás si soy un asesino; ven á verme junto á la lámpara.

El oficial no se movió.

— ¿No te acercas? — prosiguió — ¿no te acercas? ¿No quieres defenderte? ¿prefieres que te mate como á un perro? ¡Mejor aún... cobarde!

Entonces ella, la mujer que estaba en el lecho al lado del oficial, fué á arrodillarse ante el coronel :

— ¡Perdón — señor — perdón! ¡No le mate usted, no le mate!

La que hablaba así, implorando piedad, era el ama de llaves. El coronel la reconoció, dejó caer el revolver, se arrodilló al lado de ella para verla de cerca, para tocarla, para convencerse de que no era una ilusión; y con las mejillas cubiertas de lágrimas, sonriendo nerviosamente, como un loco, como un maniático, como un idiota, le decía : ¿Eres tú?... ¿Verdaderamente eres tú? Irene... Pobrecilla... ¿Tú? ¿Tú?... ¡Mi buena Irene?... Acércate... ven... Sí; sí; háblame... Dime que es cierto, que es verdad... ¡Irene!... mi buena Irene... mi pobrecilla...

CUENTOS DEL NORTE

CUENTOS DEL NORTE

A D. Elias Zerolo

Tengo un amigo llamado Yalor de Gontrant, cuentista y poeta, descendiente de los antiguos cantores neerlandeses, que vive en Holanda bajo la sombra fría de los encinos bárbaros y que apenas sale de su patria una vez al año para ir hacia el Sur en busca de sol y de entusiasmo. En ocasiones se detiene algunos días en París para contarnos los cuentos y las leyendas que acaba de recoger con piedad de rapsoda moderno en las aldeas septentrionales.

— « Vosotros — nos dice — vivís aquí entre frases artificiales é ideas refinadas. Es necesario que las aventuras de mis princesitas, de mis aparecidos, de mis guerreros y de mis monjas, os hagan comprender que también hay belleza fuera del artificio elegante. »

... Y así, mientras él está entre nosotros, las veladas literarias del barrio Latino terminan siempre con uno de esos cuentecillos del Norte, que son de-

licados, que son misteriosos y que hacen soñar como el opio.

*
* *

Un día se me ocurrió preguntarle si las leyendas que nos contaba eran nuevas.

— Sí — me respondió — son nuevas en París donde todos sois ignorantes y desdeñosos; pero en Bélgica y en Holanda son ya antiguas. La más joven tiene cien años, como las hijas del Rey Troldo. Mis amigos y yo, las sacamos de libros viejos, las barnizamos y les ponemos nuestra firma para que *La Independencia Belga*, la *Walonia* y el *Eco Septentrional* nos las paguen. En cuanto llegue á mi tierra he de recortar de mis colecciones de periódicos unas cuantas, de Daxhelet, de Buscher, de Severín, de Khan, de Brohan, de Marrés y mías, para mandártelas.

*
* *

He aquí algunas de esas leyendas :

I

EL PALACIO DE MÁRMOL ROSADO

« Tilia y el Trovador salieron de la mansión que había sido asolada por el alma roja del Caballero, y caminaron, cogidos de las manos, con los pies descalzos, sin hablar, como dos niños pobres que tuviesen mucho miedo.

« Caminaron por la llanura, durante semanas enteras; caminaron durante largos meses, caminaron, caminaron. Y la llanura, siempre roja, siempre inmensa, se extendía ante sus ojos tranquilos.

« Al fin, una mañana, detuviéronse en las márgenes de un lago cuyas aguas claras y pálidas hacían pensar en un tegido de rayos de luna. Los cisnes de nieve y de ensueño, movían sus grandes alas con estremecimientos de plata, nadando hacia una barca de oro mate.

« El Trovador y Tilia entraron en la barca que comenzó á resbalar, dulcemente y como por encanto, sobre el agua, sin que remo alguno turbara la serenidad del lago.

* * *

« Por la noche los amantes percibieron un parque maravilloso cuyos árboles, mecidos por el aire indolente, producían notas de ritornelo melancólico y antiguo.

» En la playa había una dama majestuosa, envuelta en un manto de púrpura constelado de estrellas de oro.

» La barca se detuvo junto á la dama.

» Y la dama dijo :

» Niños que así os aventuráis en el mar de la Quimera, decidme quiénes sois y de dónde venís.

« Venimos — repuso Tilia — del país de Campinia en donde el alma roja del Caballero, ha dado muerte á los hombres y ha incendiado las aldeas. Yo soy la reina Tilia y este es mi Trovador.

» La dama siguió hablando :

» Vosotros sois quizás los amantes de que habla la leyenda... Yo también soy reina... Soy la princesa desolada de la isla de Tule. En mi reino todos los caballeros perecieron cuando mi padre arrojó la copa del Amor desde la almena de su castillo... Venid y veréis mi palacio de marmol rosado que tiene cien torreones de oro, y el parque misterioso que sirvió de alcoba al rey de Tule y á la reina de Bohemia... Venid... Bajo ese sauce colosal reposan los restos de mi padre ; bajo ese otro, los de mi madre

que fué más bella que la aurora; los caballeros fuertes bajo ese encino... venid.



» Entraron en el palacio por tres puertas de marfil; subieron por tres escaleras de mármol y llegaron á los torreones de oro.

» La princesa tomó asiento y dijo á los amantes pensativos :

» Cuando yo era joven y bella, tuve la cobarde ocurrencia de salvar la isla de Tule seduciendo á los seis reyes que la sitiaban...

» Luego cantó :

... » Vinieron del país de Oriente para conquistar á Tule de las Brumas, seis reyes muy lindos, muy ricos y muy grandes, cuyos amplios mantos de seda, ondulaban entre la bruma. Ante la ciudadela de cien torreones, plantaron sus grandes espadas, jurando por sus seis dioses que el rey iba á morir y Tule á perder sus torreones, cuando el sol disipara la bruma. Á media noche la princesa de Tulé, envuelta en un velo de luna, fué al campo de los reyes enemigos conducida por el cisne inmaculado, entre la bruma de la noche bruna. La princesa besó seis veces los ojos de los reyes extranjeros y acarició las seis frentes odiosas... Desde entonces, en las islas de las can-

ciones, sólo hay reyes ciegos que caminan por el bosque, llorando sin derramar lágrima alguna... »

« Sí; mi padre me ha condenado á vagar sin descanso, durante cien años, por la isla que carece de amor... Porque en esta isla no hay amor y todas las criaturas que aquí llegan, deben renunciar, para siempre, á las caricias, y á los besos, y á los deseos. Si vuestros labios murmuran : « te amo; » si vuestros suspiros cantan : « te idolatro, » el alma celosa de mi padre despierta bajo el sauce y cabalga rudamente sobre los cien torreones de oro. »

* * *

« Tilia y el Trovador fueron conducidos misteriosamente á la sala de la torre donde el rey se había erguido muchos años antes para matar al Amor arrojando la copa de oro al fondo del lago.

» Ambos estaban tristes.

» Después de contemplarse con ojos de agonía, apoyáronse en la baranda de mármol rosa, y soñaron.

»... No amarse... ¿Entonces por qué la Noche acaricia al lago con ardor?... ¿por qué el silencio canta canciones dulces?... ¿por qué todo el palacio evoca, con las rosas de su mármol, el mármol tibio de las rosas humanas?... Sin duda la princesa augusta es-

taba loca... ¿No es cierto Tilia?... ¿Trovador no es cierto?... »

« Sus labios se juntaron para responderse con un beso ardiente y devoto. »

*
* *

« Al día siguiente, cuando la princesa entró en la gran torre, vió á sus dos huéspedes convertidos en estatuas de mármol rosado. »

II

... Así, pues, los enamorados pensativos que, huyendo del país desolado por el alma roja del Caballero, se refugiaron en el castillo del rey de Tule, pagaron el ardor de sus últimos besos con la inmovilidad eterna. La historia me parece sencilla y agradable. También me parece filosófica.

Al pasar por los cerebros modernista de los jóvenes belgas, las leyendas walonas y neerlandesas pierden mucho del sabor arcáico de los antiguos mitos bárbaros, pero, en cambio, adquieren cierta vaguedad refinada que no tuvieron nunca los cuentos primitivos.

Mi buen compañero de Gontrant, ha marcado, al

margen de cada recorte, la época á que corresponde la leyenda. Según sus notas, *El Palacio de Mármol Rosado* es una historieta medioeval; luego viene un croquis del Renacimiento y en seguida un cuadrito del siglo XVIII. Helos aquí :

***

LAS FLORES SANGRIENTAS DEL APÓSTOL

« Cuando las mujeres dijeron á sus maridos que el hombre de la llanura tenía el dón de augurar, muchos campesinos fueron á preguntarle cómo sería la próxima cosecha.

» Él les respondió señalando la campiña donde se estremecían las amplias olas del trigo :

» El cielo está azul y el viento está calmado; pero no importa; antes de cien horas el cielo se tornará negro y el viento arrancará sin clemencia todas vuestras plantas para arrastrarlas miserablemente entre una tempestad de lodo. Y vosotros lloraréis entonces, porque reisteis cuando yo quise llorar. »

» Algunos días después, en efecto, un huracán helado y sucio, destruyó las grandes sementeras.

» Los hombres sin fe, gritaron, con los puños crispados :

» Esto ha sido hecho por el hombre de la llanura. Nuestras mujeres y nuestros hijos van á morir de hambre...

El hombre volvió á la ciudad, y dijo :

« Venid á mí, yo vengo de la parte de Dios y os traigo la Verdad y la Alegría y la Salud; venid á mí y os diré cómo, después de muertos, vuestras penas serán mayores si no me escucháis; y os daré la bendición y la llave del cielo si creéis en nuestro Señor; venid á mí para aprender, y para consolaros, y para ser buenos...

» La respuesta del pueblo fué una lluvia de piedras y de maldiciones.

» El hombre volvió á la llanura, triste y solo.

*
* *

« El jefe de la ciudad mandó, poco días después, una compañía de lanceros con objeto de preguntar al « loco », qué sucedería aún, si el pueblo persistía en no creer en Dios.

» Si el pueblo no crée — respondió — la mitad del pueblo morirá para que la otra mitad puede salvarse.

» Los soldados incendiaron su cabaña y se marcharon riendo á carcajadas.

» Al día siguiente la peste mató á cien mil personas.

*
* *

» Entonces los mismos arqueros volvieron al campo por orden del jefe, y se apoderaron del profeta para conducirlo al palacio de la ciudad, en donde fué azotado y encadenado.

» Por la noche del propio día, la comarca toda tembló y la mitad de las casas se derrumbaron, mientras siete hombres de buena voluntad iban á pedir que se les encadenase junto con el hombre de la llanura.

» El jefe, no contento con acordarles lo que pedían, les mandó dar mil azotes á cada uno. Todos sufrieron el castigo sin pestañear y luego se arrodillaron para dar gracias á Dios :

» Somos siete — dijeron — y el profeta nos salvará porque creemos en él y en su Dios.

» Veremos — rugió el jefe — y llamando á sus lanceros, mandó que descuartizaran á los ocho prisioneros y que en seguida regaran por el campo sus miembros macerados y palpitantes.

» Así se hizo.

» Y por eso, desde entonces, las flores de la Comarca de los Arqueros son siempre rojas. »

III

UN SUEÑO

» Recostado en su noble lecho, el adolescente trató de reconstituir la visión pálida é intensa de su último ensueño de amor.

» Le parecía estar en una sala extrañamente adornada, entre jóvenes marqueses cubiertos de emble-blemas antiguos y princesas vírgenes coronadas de flores color de rosa. Todos hablaban de los asuntos de la tierra como de asuntos antiguos y lejanos. Una mujer pálida, sobre todo, decía á los demás su historia, de manera tan serena, que nadie paraba mientes en lo que á sus torturas horribles se refería.

» De pronto un marqués se detuvo ante el adolescente y exclamó : « Unos ha nacido para amar; otros para ser amados. » Los hombres sonrieron; las mujeres se pusieron pálidas.

* * *

» ¿Qué más Dios mío?... El adolescente veía las sonrisas, oía los suspiros y se perdía en la vaguedad de su ensueño, cuando una visión precisa apareció

ante su recuerdo en la decoración brumosa de un jardincillo mal alumbrado.

»... Rubia, sí, muy rubia, la virgen iba hacia él; iba despacio por temor de que las dos lágrimas que temblaban en sus párpados resbalaran por sus mejillas. El adolescente tímido salió á su encuentro. Las notas de la orquesta venían de la sala, y en el aire flotaba un aroma penetrante de polvos de arroz y de cabelleras femeninas. »

* * *

» Sentados en un banco de mármol, junto al zócalo frío de un fauno, entre los árboles, el adolescente y la virgen se contemplaban, sin hablarse, sin verse casi, envueltos en el velo de los deseos y de las esperanzas.

» Así pasaron una hora, hasta que detrás de ellos un ruido de besos y de suspiros hizo ruborizarse á la virgen ¡ah, tan rubia! y al adolescente ¡oh, tan tímido!...

» El marqués empolvado volvió á detenerse ante el adolescente y completó así su frase :

»... otros para ser amados, pero sólo los que tienen el alma virgen. »

» Entonces los enamorados se soltaron las manos y se alejaron, temerosos, del zócalo blanco sobre el cuál sonreía un fauno de mármol. »

MARTA Y HORTENSIA

MARTA Y HORTENSIA

A Manuel Rodriguez Mendoza

Al fin de la cena, el hombre de los ojos verdes me llamó aparte y me dijo:

— « Todos esos caballeros que acaban de hablar con entusiasmo de la fidelidad de sus mujeres y del amor de sus queridas, son unos mentecatos, á menos que no sean unos hipócritas. En París y aun en todas las grandes ciudades del mundo, el amor antiguo, el verdadero amor, lo que mi pobre amigo Larcher llamaba amor-pasión, no existe ya sino como caso raro, como asunto de novela ó como signo de debilidad psicológica.

» Por mi parte, yo soy un débil, un atrasado, un superviviente de generaciones antiguas. Yo he creído en el amor como en una religión. Yo he estado loco, sí, loco materialmente, por una mujer que no valía ni más ni menos que las mujeres en general... Usted debe haberla conocido: se llamaba Marta de San Lys, y en el fondo era un monstruo; pero como te-

nía los ojos muy azules, muy tiernos y muy grandes; la cabellera muy rubia, las manos muy aristocráticas y los labios muy inocentes, todo el mundo la tomaba por un ángel. Marcelo Verdi, el poeta de las *Violetas Envenenadas*, solía llamarla Nuestra Señora de la Sonrisa, y el viejo pintor La Plane le aconsejaba siempre que se vistiese de blanco, toda de blanco, para semejar á las madonas frágiles y enfermizas de los cuadros religiosos de la Edad Media.

» ¡ Dios mío !... ¡ Cuán fácil es blasfemar inconscientemente !...Yo mismo, que hubiera debido conocerla, arrodillábame todas las noches ante ella para recitarle las letanías de mi pasión. « Rosa — le decía, — rosa virginal, lirio de carne, azucena de amor, puerta de la bondad y de la dicha, ara santa, copa sellada, copa inagotable de placer, ave piadosa, ave blonda, paloma incomparable, sé mía, sé mía siempre ! »

» Y en efecto, durante dos años fué mía en apariencia, siempre mía.

» Viviendo á mi lado, dejándose adorar, obedeciendo indolentemente á mis caprichos, dominándome de un modo hábil, adormeciéndose por pereza entre mis brazos, vejetando, en fin, como una planta clorótica en un invernadero de lujo, hacíame creer que Dios había oido mis votos delirantes y que su amor era igual al mio.

» En ciertas ocasiones, sin embargo, viendo el pliegue de cansancio que daba á sus labios una expresión de beatitud infinita, afligíame pensando que mis caricias podían ser demasiado violentas para su piel de seda, y que mi aliento de fuego podía lastimar su boca en flor. Así, más de una vez me propuse no emplear en nuestros juegos amorosos sino procedimientos refinados, procedimientos á la Luis XV, algo que fuese al mismo tiempo pasión y cortesía, esencia de rosas y pimienta, humildad y frenesí...

» ¡ Locura ! »

***

El hombre de los ojos verdes apoyó las manos sobre el mármol de la chimenea, como para refrescárselas, y en seguida se las llevó á la frente.

Luego prosiguió :

— « ¿ Ha leído usted las crónicas secretas de la corte de Francia ? En una de ellas hay un cuento curiosísimo, una anécdota digna de Brantome. Es la historia de un caballero que dormía con la infanta y que iba á las citas amorosas llevando un látigo para proporcionar á su dulce y real querida el placer de la brutalidad, que, según parece, es uno de los placeres que mejor saben saborear las damas. Á ve-

ces se me figura que si en vez de comprarla ramos de violetas hubiese comprado un azote...

» Pero no... Eso también hubiera sido inútil. Marta tenía, en la sangre y en los nervios — en los nervios especialmente — la misma enfermedad de casi todas las parisienses de su época. Marta no había nacido para el hombre. Don Juan la hubiera hecho reír con sus besos pasados de moda, y el duque de Richelieu sólo habría conseguido llamar su atención gracias á sus diamantes.

» ¡ Creo que nunca, ni en los paseos, ni en los bailes, volvió la cabeza para fijarse en un hombre; no, nunca ! Las mujeres, en cambio, la atraían, la seducían, la enloquecían.

» Al principio tomábase el trabajo de buscar mil pretextos para admirar á las que pasaban á nuestro lado ó para entablar relaciones con las que comían en nuestra misma mesa de restaurant. « Fíjate en ese traje — me decía, — fíjate bien. » Y mientras yo veía una *toilette* cualquiera, ella devoraba con sus ojos de virgen primitiva, con sus ojos divinamente azules, á la que iba dentro del traje.

» Más tarde, su admiración llegó á ser franca, casi descarada. Sus amigas eran todo para ella.

» ¿ Sus amigas, he dicho ? No, su amiga ; porque Marta no tenía nunca sino una amiga, una sola, que duraba un mes, ó una semana, ó una hora, y que

luego desaparecía de nuestra vida para dejar el puesto á otra. Así, durante los dos años de nuestra existencia común, pasaron por casa más de treinta, más de cuarenta mujeres, todas jóvenes, todas bonitas, que parecían siempre las hermanas de Marta.

» Y yo vivía intranquilo en ese movimiento perpetuo de trajes claros, de cuerpos delicados y de grandes cabelleras, figurándome que mi querida buscaba una hermana del alma á través del mundo, y que su inconstancia femenina no era sino el resultado natural de la selección que todos hacemos al tratar de encontrar un amigo verdadero.

» Tanto llegó á apenarme el espectáculo de esa instabilidad, que un día, uno de esos días en que un hombre es capaz de todo por complacer á la mujer amada, me propuse ensayar un medio supremo: « Marta — me dije á mí mismo — es mi esposa ante Dios, y si no lo es ante los hombres es porque ella no quiere; Marta forma parte de mi familia; Marta es la mitad de mí mismo; mi hermana es su hermana ».

» Cuando en el fondo de mi cerebro hube pronunciado esta última frase, toda la tranquilidad de mi vida desapareció para siempre. Yo hubiera querido que Marta conociese á mi hermana Hortensia y que fuese amiga suya. Más de una vez estuve á punto de hacer lo que se llama las presentaciones; pero en

el interior de mi ser había algo que se oponía á semejante amistad. ¿Preocupaciones tradicionales, respeto de familia, desprecio vulgar por la mujer que no es nuestra esposa legítima?... Tal vez.

» Los trajes claros seguían yendo y viniendo, ante mis ojos, sin dejar nunca en nuestro nido una impresión de intimidad durable. Y cada día deseaba yo con más ardor ver un solo traje, saber que Marta no hablaba sino con una mujer, encontrarla siempre á su lado, ver siempre el mismo sombrero y el mismo rostro, acabar, en fin, con ese torbellino de caras bonitas que venían, que pasaban, que sonreían y que se desvanecían en menos de un instante.

» Empero, no me atrevía á llamar á mi hermana.

» ¡Ojalá no me hubiese atrevido nunca! Mas una tarde, cuando una cabellera rubia acababa de desvanecerse ante nuestro umbral, Marta me dijo, ó más bien, se dijo á sí misma: « ¡Todas son iguales; todas son falsas! » No pude más: tomé un carruaje y media hora más tarde mi hermana Hortensia entraba en mi casa de soltero, seis meses después de haber salido del convento.

» Desde entonces ninguna mujer volvió á visitarnos. Marta parecía encantada. Hortensia también.

» Durante algunos meses mi dicha habría sido completa á no ser porque en el club los amigos que conocían la amistad que unía á Marta y á Hortensia

me preguntaban irónicamente por « las dos hermanas ». Pero yo no ponía gran cuidado en esas indiscreciones maliciosas, y con los ojos dulcemente entornados, adormecíame en una penumbra de amor y de cariño.

» No obstante, el día del supremo desengaño llegó al fin... ¿No adivina usted cuál fué mi supremo desengaño?... »

* * *

El hombre de los ojos verdes se echó á reír á carcajadas, moviendo los labios febrilmente.

— « ¿No adivina usted...? »

Yo creí que su historia iba á terminar de un modo grotesco, y que el epílogo iba á ser una de esas escenas cómicas que representan á dos camaradas íntimas sacándose los ojos por un adorno de sombrero ó por una rivalidad de elegancias.

— « Verá usted — terminó mi interlocutor — verá usted... Una noche, al volver á casa más temprano que de costumbre y creyendo que Hortensia se había marchado ya, atravesé á obscuras el comedor, llegué al salón, y ya me disponía á abrir la puerta que daba acceso á nuestra alcoba, cuando un murmullo de voces apagadas me heló la sangre entre las venas. La voz de mi querida decía mil palabras dulces, mil

frases apasionadas... y yo las oía, sin poderme mover... ¿Con quién hablaba? ¿á qué hombre criminal y misterioso le pedía que jurase fidelidad eterna y eterno amor?... «¡Dime que no me olvidarás nunca, dime que jamás... jamás... júramelo!...» Sí; era Marta la que solicitaba promesas eternas... «¡Te lo juro!» respondió otra voz para mí más conocida aún más familiar que la primera... Mi emoción fué neat brande, fué tan intensa mi cólera, que ni siquiera pudy garir la puerta de la alcoba... Después de todo, ¿para qué abrirla puesto que yo no he sido nunca capaz de matar á dos mujeres?...»

AMOR IDEAL

AMOR IDEAL

I

12 de julio.

Gabriel acaba de marcharse. Es un buen muchacho Gabriel...

Hace tres años, cuando nos veíamos por las primeras veces, lo único que en él me gustaba era el modo de burlarse seriamente, austeramente, casi sacerdotalmente de los demás.

— « Esa dama — solía decirme — es como la luna. »

Ó bien :

— « Ese caballero parece un conde brasileño. »

Sus bromas, lapidarias y crueles, no me hacían reír en el acto, pero se grababan en mi memoria y me obsedían hasta el punto de que tres ó cuatro días más tarde, al encontrarme de nuevo ante la

dama *lunaria* ó ante el caballero *rastacuero*, casi me era imposible no echarme á reír.

Sin embargo, otros decían á cada momento una multitud de menudas maldades, más chistosas sin duda, pero que no dejaban en mi alma impresión ninguna.

¿Sería porque la voz de Gabriel era más aguda, más estridente, más macabra? ¿Sería á causa de su actitud de dandy frío é impecable? ¿Sería...?

No; no... en aquel entonces yo no le veía con ojos tiernos, ni siquiera ponía más atención en su figura que en la de los demás *sportmens* que trataban de serme agradables.

Gabriel no me era agradable; pero en cambio me parecía « inquietante ».

¿Por qué?...

II

13 de julio.

Hoy, después de haber pasado la mañana en compañía de Gabriel, me pregunto de nuevo por qué su persona me interesa más que la de los demás.

Gabriel no es guapo ni mucho menos. Su nariz es demasiado larga; su cráneo comienza á ser menos poblado que el de Apolo; su barba no es ni rubia, ni negra, ni rizada, es una pobre barba de hombre

estudioso, una de esas barbas sin color y sin elegancia, como la de Jules Lemaitre y la de Brunetière; su cuerpo es menos ágil y menos flexible que el de cualquier biciclista.

En el fondo nada tan vulgar como su aspecto exterior.

Lo único que en él me parece bello, verdadera, completa, delicada y exquisitamente bello, son sus manos — esas manos aristocráticas y nerviosas, blancas como las de una princesa de Wislers, y tan largas, tan afiladas, tan harmoniosas, que habrían podido servir de modelo al escultor Rodín para completar la belleza incórporea de su Bautista de bronce!

Más de una vez, sintiendo mi mano entre sus manos ideales, á la hora de la despedida, he llegado á perder mi indiferencia habitual para indicarle de una manera imperiosa que deseaba quedarme así algunos intantes más; que mis manos deseaban ser acariciadas largamente por sus manos; que había algo, en el fondo de mi corazón ó en el fondo de mi cerebro, que se sentía mecido, enervado, domado, durante los diez segundos que duran nuestras despedidas. Pero él no ha querido ó no ha sabido entenderme. Sus « buenas tardes » y sus « adioses » son siempre de una brevedad matemática.

III

17 de julio.

Hace cuatro días que no pienso sino en las manos de Gabriel.

Si mamá supiera las horas de preocupación que he pasado tratando de combinar un medio discreto para estrechar estas manos, estoy segura de que se burlaría de mí.

Porque aunque Gabriel sea mi novio, y aunque todo el mundo nos deje hablar á solas en los rincones perfumados del salón, hasta hoy no me ha dicho ni aun que tengo los ojos negros.

¿Cómo — entonces — sé que me quiere?

Porque las mujeres sabemos siempre esas cosas antes de que nadie nos las diga.

Y además, porque mi pobre mamá me lo ha dicho.

Según parece, Gabriel vino á casa un domingo del mes pasado, cuando yo había ido á comer en compañía de las marquesas de Loriense y pidió permiso á mi familia para hacerme la corte. Mi familia, como es natural, concedió el permiso y mamá me lo participó en el acto. Yo creí que al día siguiente Gabriel me diría algo; pero nada, ni una palabra, ni un cumplido; ni siquiera una de esas sonrisas que

todos los hombres tienen á su disposición cuando se encuentran en frente de una mujer bonita

Empero, estoy segura de que me quiere... de que me quiere mucho... de que me adora.

Hoy mismo, al poner en obra la estratagema que inventé para estrecharle la mano, me convencí de que su amor es tan grande como el mayor y tan ardiente como el más grande.

Lo malo es que esas cosas que se sienten así, no pueden explicarse de ningún modo.

Si alguien me *oyese pensar* y me preguntara cuáles son los signos que me han indicado la pasión de mi novio, me pondría en un gran compromiso. Bourget mismo, en colaboración con Marcel Prévost, emplearían cien páginas sin conseguir explicar las mil menudencias que denotan en una alma tímida, fría y orgullosa, como el alma de Gabriel, la verdadera pasión.

La generalidad crée que los hombres declaran el amor que sienten por medio de la mirada. Yo, por mi parte, creo lo contrario. El hombre que puede mirar de frente á una mujer, es porque no la quiere de veras. El enamorado, el enamorado que hace del amor una religión, baja los ojos ante los ojos de su ídolo; y cuando se fija en ella, cuando sus pupilas se clavan, de lejos, á través del espacio, en el rostro ideal, siempre es febrilmente, pavorosamente, como

si cometiesen un crimen. El enamorado que se siente sorprendido, en el acto de la adoración muda, por el objeto mismo de esa adoración, se estremece y baja los ojos.

Gabriel baja los ojos cuando los míos se clavan en él.

... ¡Si Luisa, mi compañera de colegio, me hubiese visto esta mañana!...

Porque las « estratagemas » son siempre malas. Nuestro profesor de historia nos decía á menudo que « Bismarck era el monstruo rubio que había recibido del infierno el don de la estratagema sanguinaria ».

Gracias á Dios la mía no tiene nada de sanguinaria. Hela aquí: mi abuelita, la buena, la mamá de papá, me regaló hace tiempo, un día de mi santo, un anillo; un anillo muy feo, con una esmeralda, un rubí y un zafiro; algo como un arco iris de portera, una especie de salsa de piedras falsas. Yo hubiera querido echarlo por la ventana, pero papá me ordenó que me lo pusiese en el dedo para no disgustar « á la vieja ». Papá es un antiguo militar: todas las mujeres que no tienen veinte años son para él viejas. Me puse, pues, el anillo, decidida á perderlo lo más pronto que me fuese posible; pero la desgracia quiso que nadie lograra sacármelo del índice.

Todas mis amigas han tratado de quitármelo... Imposible, imposible...

El anillo sigue aquí, en mi pobre dedo, sin querer

pasar de la articulación. Ayer, cuando Gabriel me contaba su último viaje á Suiza, yo le supliqué que me ayudase á separarme de tan odiosa joya.

— ¡Odiosa! — respondióme — Para mi gusto más bien es muy bonita.

— Tal vez; mas á mí me repugna.

— En ese caso es necesario sacarla.

— Yo sola no puedo; ¿quiere usted ayudarme?

— ¿Yo?

— Sí, Gabriel, usted debe de ser más hábil que mis amigas.

Y poniéndose colorado como una amapola, con los ojos bajos y los labios secos, sin decir una palabra, casi temblando, Gabriel, mi pobre Gabriel que siempre es serio, aun cuando se burla de los demás, comenzó á tratar de sacarme el anillo. Naturalmente no lo consiguió. Pero eso no importa. Lo que yo deseaba era tener mi mano entre las suyas durante algunos minutos.

IV

21 de julio.

Verdaderamente estoy enamorada de las manos de Gabriel. Cada día las encuentro un nuevo encanto, una nueva belleza, una gracia nueva.

Á veces me parecen las manos de una estatua de cera, pálidas y casi sobrenaturales. En otras ocasiones, al contrario, creo ver en sus movimientos algo de terrible, algo que hace pensar en las garras de los grandes felinos y de las aves de presa. Son crueles y dulces, suaves y hieráticas, despóticas y suplicantes.

Son fantásticas... Cuando se juntan ante el altar de la Virgen para suplicar, deben de traer á la memoria las manos de los mártires cristianos hechas de « carne de hostia » según dice sor María de Agreda.

Cuando se agitan coléricas, no pueden menos de parecer las evocaciones vivientes de esas extremidades que, en los cuentos de Edgardo Poe y de Hoffman, fabrican las cuerdas de los ahorcados del ensueño...

V

22 de julio.

Es necesario que yo le cuente á alguien la impresión « turbadora » que las manos de mi novio me producen. Es necesario encontrar un confidente para mis secretos apasionados. Es necesario que una persona cualquiera me explique el misterio de mi amor.,.

Pero ¿quién?... ¿Luisa? No; Luisa no conoce á Gabriel. Ni las marquesas de Loriense... Entonces?... mamá?.. sí, mamá es la única que me puede decir la verdad verdadera, la única que puede darme el buen consejo... ¡Es tan buena, mamá

VI

24 de julio.

.Al fin me he decidido. Hoy le dije á mamá las sensaciones extraordinarias que las manos de Gabriel producían en mi ánimo.

Ella escuchó bondadosamente, y luego me dijo:

La razón es muy sencilla: « Las manos de Gabriel te gustan, porque la mano es el simbolo del amor puro. Dar la mano es dar de alma. »

— ¡Inocente mamá!...

LA NOSTALGIA DEL DOLOR

LA NOSTALGIA DEL DOLOR

I

Al verse huérfano, rico y libre, el vizconde pensó en lo que todos los hombres piensan á los veinticinco años.

Pensó en el amor. Pensó en formar una familia de elección, una familia que fuese enteramente suya una de esas familias que sólo se componen de un hombre y de una mujer y que, sin embargo, son todo un universo... ¡Una mujer!... ¡Una mujer!...

El vizconde no concebía la vida sin una mujer. — Y durante los tres primeros meses de su horfandad, todas sus pensamientos y todos sus cálculos fueron ensueños de amor.

II

La más urgente era fabricarse un nido misterioso y coqueto, un palacio que hiciese pensar en los trianones diminutos de las damas del siglo XVIII, algo que fuese al mismo tiempo campestre y refinado, con mucha seda y muchas alfombras en el interior, con muchos árboles fuera, y entre los árboles muchas estatuas blancas, y luego una infinidad de senderos discretos, y algunas grutas floridas, y también un estanque cubierto de cisnes del Norte y de barquichuelos venecianos...

III

El vizconde era uno de esos seres tímidos y violentos, que se refugian en el sentimentalismo por odio de la existencia vulgar de nuestro Siglo, y que van, de esperanza en esperanza, llevados por la Quimera, preparando minuciosa y matemáticamente la realización de sus deseos singulares, sin atreverse nunca á pasar de los preparativos. La Realidad le daba miedo. La lucha hipócrita y hábil de la vida social, encontrábale siempre dispuesto á dejarse ven-

cer sin resistencia. Él no comprendia sino las antiguas, las francas, las nobles y épicas luchas de que le habían hablado las poemos románticos de Víctor Hugo y las novelas caballerescas de Alejandro Dumas.

Su verdadera vocación era la guerra, pero no la guerra moderna hecha por codicia, ordenada como un juego de ajedrez y compuesta de problemas algebráicos, sino la guerra á la Luis XIV, valiente y cortesana, heróica y galante, llena de aventuras pintorescas y cruel sin brutalidad.

¡Cuantas veces en sus horas de fiebre vanidosa no se había visto él mismo, vestido de seda y de encajes, al frente de una columna de soldados gentileshombres, con el tricornio en la diestra, diciendo á sus tropas un momento antes de emprender la lucha : « Señores, vamos á tener el honor de batirnos! »... ¡Cuántas veces sus soñaciones delirantes no le habían hecho entrar victorioso, después de una ruda pelea, en una ciudad enemiga, bajo una lluvia de rosas y de laureles!... Él hubiera incendiado, hubiera matado, hubiera sido heróico, sanguinario y magnánimo, con tal de merecer una sonrísa, una guirnalda, un aplauso!

Pero había nacido muy tarde, y sólo creía ver un refugio para escapar á la vida democrática y odiosa de su siglo. — Ese refugio era el Sentimiento.

IV

¿Por qué después de haber deseado con tanto ardor una compañera dulce y sensitiva para completar la dicha de su libertad y de su riqueza, habíase unido con esa endiablada Loulou de los Bufos-Parisienses, cuyos grandes ojos azules, claros, casi blancos, parecían dos lagos en los cuales se habían ahogado las almas de muchos poetas?

Ni él mismo lo sabía á punto fijo. — Tal vez por culpa de la Fatalidad...

Una noche, al salir del teatro, el vizconde los condujo á todos á su Trianón para inaugurar la sala de las fiestas.

Durante la cena, el servicio fué hecho por Mauricio Noél, un periodista que tenía la especialidad de mezclar sabiamente cinco vinos distintos en cada copa « con objeto — dicia él — de no ser menos que Des Esseintes. »

Al fin de la cena, todos se pusieron de pie. Eran las cuatro de la madrugada. Las mujeres buscaron el brazo de los hombres, con movimientos felinos y automáticos, sacudiendo la cabeza como para acordarse de algo.. Luego las parejas se pusieron en marcha, andando con lentitud, pálidas, casi mudas, no

dejando detrás de ellas sino un eco de besos fatigados y de risas nerviosas...

Sólo Loulou se quedó sentada en su sitio.

— Esta mañana — dijo — ¡no me marcho!

Y en efecto, no se marchó esa mañana... Y al día siguiente tampoco se marchó. Y un mes más tarde, ni ella ni el vizconde habían aún salido del refugio perfumado en cuyo estanque había cisnes del Norte y barquichuelos venecianos.

V

Los tormentos del vizconde aumentaban á cada instante. Eran tormentos monótonos, ridículos, llenos de humillaciones; tormentos nerviosos que iban relajando todas las fibras enérgicas de su temperamento; tormentos de celos, tormentos que hacen reír á muchos y que á veces matan á uno.

Loulou no era dura, ni grosera, ni áspera. Era cruel. Cuando se acercaba al lecho de su amante, siempre llavaba en los labios una sonrisa llena de promesas. Cuando salían juntos, todas las miradas cariñosas eran para su dueño. Hacerla un reproche, habría sido exponerse á representar una de esas comedias en las cuales el juez tiene que pedir perdón al acusado. — Así, el vizconde huía, por sistema,

de todas las oportunidades propicias á las explicaciones, y seguía sufriendo, en silencio, las penas miserables de su amor y de sus celos.

¡Si él hubiese podido encontrarse frente á un rival! ¡Si uno de esos amigos que nunca faltan, le hubiera dado una prueba de la verdad!... Pero no; prueba material no había ninguna. Todo era suposiciones, miradas sorprendidas en el teatro, gestos rápidos entrevistos en el jardín, nada de serio, en fin. Y sin embargo él estaba seguro de que era verdad, de que todo el mundo se burlaba de él, de que su querida...

Mas ¿cómo hacer para echarla á la calle honracamente? Porque para el vizconde, que tenía aún en las venas algunas gotas de sangre feudal, el Perdón no existía. Los que una noche de borrachera le juraban amistad y luego le llamaban « señor », parecíanle indignos de estrechar su mano. Las que en una hora de locura le ofrecían amor eterno y en seguida sonreían al saludar á otro, eran, para él, « monstruos perjuros ». — Su Vocabulario tenía la misma edad que su alma : mil años.

VI

Lo único que de vez en cuando venía á traer una nota color de rosa á su pobre vida gris, eran las cartas de su tío, el mariscal, el padre de Laura.

¡Laura de Montigny! — Este nombre evocaba en el cerebro del vizconde todo un universo de amistad dulce, de cariño tranquilo, de amor casto. ¡Si se hubiese casado con ella!... ¡Si hubiese sabido!... ¡Si pudiera!

Y cada mes, cuando la carta llegaba, el amante de Loulou no conseguía dormir sin soñar en la dicha de tener una verdadera familia y en la alegría de no sufrir, de no dudar, de no despreciar á la que vive á vuestro lado...

Pero el problema de abandonar á su querida, no tenía, para él, solución ninguna.

Al fin Loulou misma lo resolvió sin que nadie se lo aconsejase, marchándose en compañía de un comediante de la legua que iba á buscar fortuna en América.

VII

Un mes después, el vizconde y su prima se casaron... Y el mismo día de las bodas, al volver de la iglesia, mientras la novia, vestida de blanco, sonriente y sencilla, miraba con admiración su nido agreste y refinado, el vizconde, cuya alma había sido hecha para sufrir, comprendió que acababa de perder la única fuente de actividad de que podía disponer, la actividad de la inquietud sentimental, y que á partir de ese momento la existencia tranquila de la verdadera familia, sería para él tan vacía, tan solitaria, tan helada, como el lecho en que Loulou había dormido por la última vez...

ALMA INQUIETA

ALMA INQUIETA

A Clarín.

I

Yo no creo haber sido nunca niño; yo no viví nunca en el campo; y sin embargo, esta mañana, al despertarme en mi lecho de monje frente á la ventana llena de flores de mi celda, creí experimentar de nuevo una sensación infantil. ¿En dónde había yo visto, al amanecer, un balcón estrecho y florido como mi balcón religioso? En ninguna parte. ¿Cuándo he pasado una noche en el campo? Nunca.

No; nunca.—Lo mismo que casi todos los parisienses, mis compatriotas, nací envejecido en un cuarto diminuto de una casa obscura; y pasé mis primeros años entre los muros de un liceo, y no vi jamás sino los árboles casi artificiales del Bosque de Bolonia, y nunca me encontré fuera de las fortificaciones después de las doce de la noche.

Las únicas madrugadas campestres de que puedo

acordarme, son las que *he leído*, las que los libros han hecho aparecer ante mi visión, las madrugadas vistas por los demás, en fin. Y no obstante, mis impresiones artificiales han llegado a confundirse de tal modo con mis impresiones reales, que mi primera idea, al abrir hoy los ojos, fué una idea de recuerdo. Yo creía, en efecto, haber contemplado esas flores y ese gran espacio claro, en otro tiempo, en mi niñez, en la verdadera primavera de la vida...

Ahora me río de mí mismo y de mi falta de sinceridad para con mi propia alma; pero a la verdad la culpa no es mía, sino de los novelistas que continúan haciéndonos ver el eterno panorama de la infancia en un paisaje de flores y de aire puro. Si alguien nos habla de un niño muy dichoso, nosotros nos le figuramos desde luego en el patio de una granja... No hay nada que falsée tanto nuestras impresiones, como la literatura.

Á las nueve de la mañana el capellán vino á visitarme con objeto de conocer á punto fijo el estado de mi ánimo. Según parece el superior le había recomendado que me tratase con muchos miramientos. Su primera pregunta fué tan humilde y tan sencilla, que casi me pareció ridícula:

— ¿Es usted filósofo?

— No, padre, no lo soy; si lo fuese no estaría aquí, en busca de Consuelo y de Olvido. Yo no ten-

go que arrepentirme de ningún inmenso pecado: mi vida no ha sido ni peor ni mejor que la de casi todo el mundo; pero he amado mucho y he sufrido mucho; y como en París es ridículo llorar, y como llorar á solas es horrible; y como no espero nada, ni deseo nada; y como ella me engañó, he creído que el mejor de los refugios era éste... Más que para convertirme, he venido para llorar, para esconderme, para no ver reír.

Su consejo definitivo me ha hecho perder una gran parte de la fé que siempre he tenido en el talento de los confesores de los conventos.

« Depositar nuestra alma entre las manos de una mujer — me dijo — es como embarcarse en un esquife roto; la única que puede darnos la dicha es Nuestra Señora ».

...Creo que si mi portera fuese católica, me habría dicho lo mismo.

II.

¿Será por obra del poder divino? ¿Será á causa de lo raro que es aquí todo para mí? ¿Será un efecto de la fatiga? Lo cierto es que durante los tres días que llevo en el convento, casi no he sufrido.

« ¡ Casi no he sufrido ! » He aquí una frase que no me figuré poder escribir nunca de nuevo.

Creo que comienzo á curarme. Hoy he realizado una experiencia verdaderamente cruel : me he quedado á solas con mis recuerdos y he hecho que mi Alma contemple todas las circunstancias de su Dolor... Mi vida dichosa, mi amor fanático por Luisa, los primeros dos años de nuestra unión, sus caricias, mi confianza ciega en ella y en su cariño, todo lo que podía preparar á mi Alma para que la desgracia le pareciese espantosa, en fin, se lo he repetido lentamente, friamente, cruelmente. Luego la he hablado de la traición, le he dicho el nombre del otro, le he repetido las circuntancias minuciosas y ridículas del abandono, le he asegurado que muchos, en mi caso, tienen derecho á matar ó á morir ; le he recordado la expresión de mil sonrisas inolvidables, de mil miradas misteriosas... Y sin embargo, mi pobre Alma marchita y enferma, ha sufrido ante el horror completo del cuadro, menos de lo que sufría hace una semana ante la sombra de un detalle cualquiera.

¡ Alabado sea Dios que comienza á tener piedad de mí !

III.

Mi buen capellán me ha obsequiado con un ejemplar de la *Imitación de Nuestro Señor.*

Yo nunca he tenido una gran simpatía por ese libro autoritario, seco y paradójico, y ahora que lo he leído por tercera ó cuarta vez, en el momento en que más necesidad de alivio moral tengo, mi poca simpatía se ha convertido en verdadero rencor contra el fraile que lo escribió. Sin duda el pobre Kempis no tiene la culpa de que la crítica haya considerado sus meditaciones como una fuente inagotable de consuelos morales; pero, en realidad, creo que dar la *Imitación* á un hombre que sufre, es engañarle y burlarse de él. Que Dios me perdone si blasfemo. Entre todas las máximas lapidarias y algo pretensiosas del famoso libro, no hay una sola que sea verdaderamente humana. «Aléjate del mundo, porque mientras más lejos estés del mundo, más cerca estarás del cielo». «Desprecia las tentaciones, que sólo son imágenes del pecado ... » Sí; todo eso es excelente ; pero todo eso no nos da la menor indicación sobre los medios que debemos emplear para alejarnos del mundo ó para escapar á la tentación. Y luego, ¡cuán poco ardor en las frases! ¡qué falta de exalta-

ción, de lirismo, de poesía! Para mí los únicos libros que tienen una verdadera influencia religiosa en las almas atormentadas, son esos ardientes y locos tratados místicos de Santa Teresa y de la hermana Emmerich, en los cuales no hay retórica de ninguna clase, y que son sencillos, y que son sobrenaturales, y que están llenos de lágrimas... Después de todo, para consolar á los hombres no hay nada mejor que las mujeres. No sé si pienso una tontería ó si escribo una frase pecaminosa, pero creo que un elemento de consuelo que faltará siempre á los escritores religiosos y que existe en las santas citadas, es la voluptuosidad del sentimiento místico.

IV.

Las obras de la hermana Emmerich han influído en mi alma de una manera contraria á lo que yo esperaba. En vez de calmar mis penas pasionales, las han avivado hasta el punto de que mis sufrimientos son ahora tan intensos como la víspera de mi entrada en el convento.

Tanto he padecido y tanto he llorado, en efecto, durante estos últimos tres días, que más de una vez he estado á punto de marcharme, de volver á París, de renunciar á mis ideas de retiro y de olvido, de

volar hacia donde Luisa está, y de perdonarla, de perdonarla sinceramente, de ofrecerla toda mi vida por un nuevo beso, por una caricia como las caricias de antaño, de permitirla que me deshonre, que me convierta en instrumento de risa y de oprobio, con la condición de dejarse abrazar, de dejarse idolatrar...

Y lo mas curioso, lo que mejor demuestra que el ser humano no escucha sino los consejos que se amoldan á sus propios deseos, es que mi orgullo ha desaparecido casi por completo gracias á los consejos de la santa escritora... ¿Que los hombres se burlan de mí? ¡Y qué! Más me burlo yo de los hombres. El mundo es despreciable y la opinión humana vale menos que lo que no vale nada. El amor propio es odioso y vano. Lo único que debe ocupar nuestro corazón, es el amor de los otros, el amor de Dios, el amor de los que sufren, el amor de una mujer... ¡oh Luisa, Luisa, aún te adoro!

V.

Hoy he hablado francamente con mi buen capellán: le he explicado la impresión que las obras de la hermana Emmerich han producido en mi alma y le he dicho que, en ciertos instantes de soledad, tengo miedo de mí mismo.

Á pesar de su aparente sencillez, el buen sacerdote me había adivinado.

— « Todo eso — díjome — no tiene importancia ninguna. Los santos mismos han pasado por crisis de pecado y de cobardía mucho más grandes y mucho más peligrosas que tu crisis actual. Lo indispensable es no dejarse acobardar. Abandona la lectura, huye de la soledad, y reza. Si dentro de nueve días, al terminar la novena que debes ofrecer á Nuestra Señora de las Victorias, tus tentaciones persisten, volverás á París. Por lo pronto un poco de valor y adelante ».

No sé si es porque en el instante actual cualquiera palabra firme me parece admirable, ó si es porque realmente mi director espiritual tiene un gran talento como conductor de hombres, pero lo cierto es que sus consejos han cambiado por completo mis sentimientos.

Veinticuatro horas apenas después de haber deseado, con todo el ardor de que soy capaz, un beso criminal, me siento ya tranquilo y dispuesto á renunciar por completo á todo lo que se relaciona con mi pasado.

Mañana principiaré la novena y antes de ocho días estaré curado por completo. ¡ Valor ante todo !

VI

La tranquilidad... una tranquilidad relativa y melancólica... reina de nuevo en mi alma.

He comenzado la novena, y sin ser profundamente religioso en el sentido fetichista que mi confesor dá á esta palabra, encuentro todos los días, al ir pasando casi maquinalmente las cuentas de mi rosario y al ir repitiendo mis oraciones demasiado cortas, demasiado sencillas y aun algo monótonas, un placer de humildad y de obediencia que me consuela. Además, las horas que paso de hinojos en la capilla, me fatigan materialmente, y la fatiga material contribuye siempre á calmar los nervios.

Mi confesor viene á verme todas las mañanas, pero nunca me habla de mis penas. Hoy justamente, cuando yo quise darle algunos detalles sobre el estado actual de mi ánimo, me rogó que dejásemos ese asunto para más tarde.

« — Estoy seguro — me dijo — de que cuando Nuestra Señora de las Victorias te haya oído rezar durante nueve días, la curación será más completa. Nuestra Señora de las Victorias hace todos los milagros que se le piden. »

La fe inquebrantable de este sacerdote, ejerce en mi

ánimo una verdadera dominación. Me parece tan fuerte moralmente, tan franco, tan sencillo y tan bueno, que cuando él está á mi lado no tengo ni aun el valor de sufrir, por temor de contrariarle.

Lo malo es que sólo viene á verme por las mañanas... Y mis horas fatales son las de la noche...

VII

¡Cuán largas son las noches, lejos de París! Me acuerdo que allá, cerca del boulevard, en mi casita perfumada y tibia, cuando no podía dormir poníame á leer ó á meditar. Y las horas pasaban rápidamente; y á veces la madrugada me sorprendía con un cigarro entre los labios y una imagen en el cerebro. Aquí cada noche de insomnio dura una eternidad. Cuando paso cuatro ó cinco horas sin dormir, me siento envejecer. Lo único que me ocupa es la oración, y la oración misma, en ciertas circunstancias, sólo me ocupa los labios. Más de una vez me he sorprendido pensando en ella, en Luisa, con cariño, casi con deseo, y ofreciendo, al mismo tiempo, á la Virgen, toda mi alma, y el sacrificio de mi libertad, y todas las lágrimas de mis ojos. En otras ocasiones comienzo recitando una « salve » y al cabo de treinta

ó cuarenta palabras paso, sin echarlo de ver, á una « Ave María ».

En el fondo, mi curación no va tan deprisa como mi confesor se lo figura.

VIII

Mañana es el último día de mi novena. La Virgen me protege. Hoy he sido casi dichoso, y, en dos ó tres instantes diferentes, he reído de buena gana pensando en la inocencia ridícula de algunas de mis ideas fijas. Son las seis de la tarde y aun no he pensado un sólo instante en Luisa.

¡ Pobrecilla ! Para que Nuestra Señora sea buena conmigo, anoche le juré que perdonaba, desde el fondo de mi corazón, á la que tanto me había hecho sufrir. Después de todo, ella también ha sufrido mucho, mucho, quizás tanto como yo. ¿ Por qué guardarla rencor ? No ; no la guardo ya rencor ninguno, y aun siento quererla más que nunca, como á una hermana del alma. La Virgen me aprobará.

Creo que mi vida en este monasterio va á ser muy dulce, muy tranquila, muy dichosa. — Más tarde trabajaré sosegadamente ; escribiré algo serio, una historia de la literatura mística, algo que sea útil á la gloria de Dios y á la ilustración de los hom-

bres. — ¿Cuáles son los escritores religiosos de quienes podré hablar con verdadero entusiasmo? Santa Teresa la primera, naturalmente... luego la hermana Emmerich... y San Juan de la Cruz... y también Kempis; sí, Kempis es un gran consejero á pesar de que, en ciertos instantes de crisis nerviosa, sus frases hacen daño; pero le leeré de nuevo, y como ahora ya estoy curado...

En verdad hoy no tengo sueño. Estoy contento. Hay algo, en el fondo de mi corazón, que parece moverse rítmicamente, que me anima, que me alienta, que me da vida y calor. ¡Con cuánto gusto iría á dar un paseo por el jardín!

IX

Hoy terminé mi novena. Hoy he sido dichoso, completamente dichoso.

Mi confesor ha pasado varias horas á mi lado, me ha hecho mil preguntas y, al marcharse, me ha dicho:

— «Ya seguiremos charlando; tenemos mucho tiempo; estoy seguro de que dentro de diez años, si Dios no nos llama á mejor vida, todavía nos veremos aquí todos los días».

Es un hombre excelente, mi confesor.

X

Estoy curado, enteramente curado. Durante los ocho días que han transcurrido desde que terminé mi novena hasta hoy, ninguna imagen violenta, ninguna tentación fuerte ha turbado la paz de mi alma. Mi pasado aparece ante mi recuerdo como una historia muy antigua y casi como una aventura impersonal. ¿Fuí yo, en efecto, el amante de Luisa, ó fué otro... uno de mis amigos... y yo sólo le serví de confidente?

Duermo bien; tengo buen apetito; mi confesor dice que he engordado; mis ideas son justas.

He leído de nuevo la *Imitación* y la he leído con placer. Kempis fué un religioso triste y desencantado de la vida, que supo compendiar en un espacio muy corto la esencia de todos los buenos consejos y de todos los consuelos divinos. Parece mentira que este mismo libro, que hoy me parece tan admirable, me haya sido antipático en otro tiempo.

Ya he comenzado á trabajar. El Superior me ha permitido hacer traer de París algunos de mis libros preferidos: libros de versos en general. Para no escandalizar á mi buen confesor, no he querido hacer venir sino libros místicos, las poesías de fray Luis

de León, las de San Juan de la Cruz, la *Cristiana*, la *Sagesse* de Verlaine, dos ó tres libros más de literatura y un Diccionario Littré. El nombre de Littré no ha sonado agradablemente en el convento; pero nadie se ha atrevido á decirme una palabra. En el fondo los religiosos no son tan intransigentes como el clero.

Estoy satisfecho de las primeras páginas que he escrito como introducción á mi historia de las letras sagradas. Mi confesor las ha leído y me ha dicho que son admirables. El pobre santo me quiere tan tiernamente que todo lo que es mío le parece excelente.

Ayer me hizo una observación muy curiosa. Cuando, en un momento de abandono, yo le daba las gracias por sus grandes bondades, él se puso triste y me dijo:

« — La amistad que tengo por ti, hijo mío, es uno de mis pecados, porque contiene algo de orgullo. Yo creo (y me arrepiento humildemente) que en mi solicitud por tí entra por mucho el sentimiento vanidoso de haber contribuído á tu salvación ».

XI

Una circunstancia muy insignificante ha venido á echar por tierra muchas de mis ilusiones sobre mi

curación. No; aún no estoy curado; el mundo existe aún para mí; aún sé mentir, y desear, y sufrir.

Entre las páginas de uno de los libros que me vinieron de París, encontré, anteayer, un rizo rubio, un rizo de Luisa. Al principio pensé en entregárselo á mi buen consejero; mas, en verdad, no pude. Ese rizo me enloquece con su color de oro antiguo, con su color triste y delicado de cabellera de princesa, con su perfume, con su suavidad. Y, sin saber lo que hacía, lo he besado y me he quemado los labios en sus hebras. Y ahora, después de haber prometido á la Virgen que no volvería á verlo, que no volvería á tocarlo, que se lo entregaría al capellán, acabo de cubrirlo de besos apasionados y de lágrimas de deseo.

Mi alma, incoherente y débil, se encuentra más atormentada que nunca, sin saber á punto fijo lo que desea y lo que necesita.

... ¿Hacer una segunda novena? No, no puedo; me siento sin fuerzas. Lo mejor es confesarlo todo al confesor... mañana mismo... sí; mañana... después de haber respirado el perfume de su cabellera, durante toda una noche... la última... ¡lo juro!

XII

Aún no he dicho nada á nadie. Pero he sido fuerte: durante dos días no he abierto el libro en que se encuentra encerrado ese rizo... ¡ Si mi celda se incendiase de pronto... ¡ Dios sabe !... quizás así desaparecería la Tentación... ó quizás me echaría yo mismo entre las llamas para salvarla, ó para morir con ella.

La idea de la Muerte se presenta á cada instante ante mi imaginación. Mi alma débil no ve un refugio definitivo sino en el suicidio.

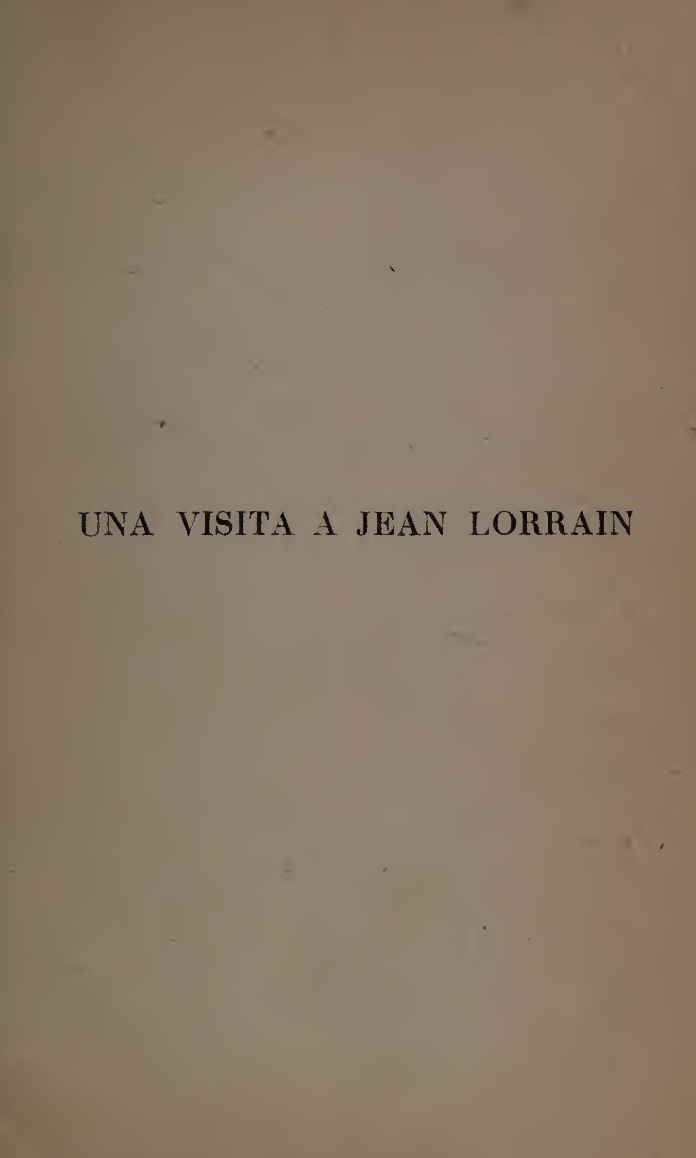
... ¿ Por qué no me suicido?... ¿ Por temor de Dios?... No; si no me suicido es porque no quiero dejarla sola en el mundo; por celos, por celos; porque la posibilidad de que otro, después de mi viaje eterno, pudiese poseerla por completo, me haría sufrir horriblemente aun después de muerto...

Luisa, Luisa, mi pobre, mi querida, mi adorada Luisa ¿ qué haces en este instante? ¿ Por qué no me llamas?... Si me hicieses una seña, pasaría, á pesar mío, por sobre el Honor y te iría á besar los labios, á besar los ojos, á besar los pies, á arrodillarme ante ti... á llorar de nuevo después de haber

llorado tanto... á ser de nuevo tu esclavo... Luisa... maldita seas, porque te adoro...

XIII

He seguido luchando; he tratado de resistir tres días más; no puedo. Mis actos de valor son puras hipocresías. No puedo... ¡Y yo que llegué á figurarme, cegado por la vanidad, que sólo la quería como á una hermana!... ¡Y yo que le rogué á la Virgen por su alma!. ¡Locura!... Lo que me atrae, lo que me hace olvidarlo todo, perdonarlo todo, correr á arrodillarme ante ella, es ella misma, y la blancura de su carne, y su perfume, y sus caricias, y su belleza; ella, en fin, y mi Pasión... ¡Bendita seas, Luisa!



UNA VISITA A JEAN LORRAIN

UNA VISITA A JEAN LORRAIN

Las ranas. — El concepto de lo raro. — Un bebedor de éter. — Los rufianes de París. — Sonyeuse. — Poemas cortos. — Yanthis.

Muy lejos del boulevard, en uno de esos rincones llenos de árboles que más bien parecen suburbios de provincia que barrios parisienses, entre las fortificaciones y el parque de Auteuil, vive Jean Lorrain, el más aristocrático de los poetas, el más raro de los cuentistas, el más delicado de los *croniqueurs*.

Su habitación es un verdadero museo de curiosidades artísticas.

Allí fué donde Oscar Wilde vió, hace cuatro años, la célebre cabeza de Salomé, ensangrentada, marchita, descompuesta, tal, en fin, como la describe el nuevo evangelio de Oriente descubierto y publicado par Jules Boissières.

Allí fué donde yo tuve el gusto de admirar, entre

algunas obras originales de Antonio de la Gándara y dos encantadores bustos de cera de artista desconocido, el mejor y el más elegante retrato de Sarah Bernhardt que existe en el mundo.

Allí fué también donde ví, junto á la estatua de un santo primitivo, una fantástica colección de ranas de loza, de todas tamaños, de todos colores, de todas formas...

— ¡Mis ranas! — dice Lorrain con entusiasmo.

Y si el visitante sonríe maliciosamente, el poeta se enternece, á pesar de su aspecto de ironista demoniaco, y continúa :

— ... ¡Sí; mis ranas; mis pobres ranas; mis querida ranas!... El único que las admira soy yo; yo que las encontré perdidas y aisladas en las vidrieras de los *bric-à-brac*, yo que las he puesto una junto á otra en mi gabinete de trabajo, para figurarme, á veces, que las oigo cantar sus canciones monótonas y tristes... ¡Son tan dóciles!... Y sobre ¡todo... son tan raras!

* * *

« ... ¡Y sobre todo son tan raras! » « Lo bello — dice Edmundo de Goncourt — es lo raro. »

Lorrain debe de decir lo mismo. Pero entre la

concepción do la rareza del novelista de *Charles Demailly* y la concepción de la rareza del poeta de *Yanthis*, hay treinta años de diferencia que, en cuestiones de modas parisienses, es como decir una eternidad.

De 1860 á 1896, en efecto, el gusto ha cambiado casi radicalmente. Cuando los precursores del naturalismo artístico comenzaron á escribir, lo « raro » era el japonismo, el prerrafaelismo y el wagnerismo. Hoy los estampas de Outamaró, los lienzos de Boticelli y las óperas de Wagner, son tan conocidas como las cabezas de Rafael y las sinfonías de Rossini, por lo cual Lorrain ha tenido necesidad de buscar sus extraños ideales en fuentes menos popularizadas y más capaces de producir sorpresas estéticas.

Una de esas fuentes ha sido el éter.

* * *

¿Conocéis los *Contes d'un Buveur d'Ether*? En París son casi populares y en América no deben de ser enteramente desconocidos, puesto que más de un poeta joven ha encontrado en ellos los modelos y los documentos necesarios para fabricar sus hisrietas modernistas. En todo caso, oid : — Un pari-

siense desencantado de la vida, trata de buscar un retiro agradable para esconder su hastío; y no encontrando nada mejor, se refugió en los Paraísos Artificiales descubiertos por Tomás de Quincey y conquistados por Baudelaire. El éter — justo, sutil y poderoso como el opio — le salva de la tristeza banal de nuestro mundo y le transporta á un universo que si no es más tranquilo, por lo menos es más raro; á un universo que no está poblado de hombres sino de visiones y en el cual hasta el fastidio es trágico. Al principio todo es gris y oro es su nuevo continente: las manos que le amenazan son manos ideales en cuyos índices luce siempre una esmeralda consoladora; mas poco á poco, lentamente, pausadamente, rítmicamente, la nota dorada desaparece y el tono obscuro se transforma en negra atmósfera que circunda todo su horizonte y que le oprime, que le acongoja, que le ahoga. La sensación inconsciente del miedo se apodera de su espíritu, encadenándole á un tormento más agudo y más terrible que todos los tormentos reales y conocidos. Un cortejo de Horror y de Silencio le hace caminar por una ruta de convulsiones y de lamentos. Él se escapa, al fin, de ese universo, para caer de nuevo en la vulgaridad corriente.

— Todo lo que el héroe de mis historias cuenta de un modo rudimentario — dice Lorrain — lo he

sentido yo con una intensidad indescriptible. Porque el verdadero protagonista de las *Contes d'un buveur d'Ether* soy yo. El éter fué mi único amigo y mi único consuelo durante algunos años. Gracias á él pude sentir algo que los literatos en general no han sentido nunca; pero también á causa de él tengo aún necesidad de pasar tres ó cuatro meses cada año en una playa brumosa de Normandía, bebiendo aguas desagradables y respirando aire salado. Lo raro es siempre lo bello; mas á veces lo raro es también lo caro... Mis cuentos no valen, ni con mucho, lo que me cuestan...

***

Otra de las fuentes en que Jean Lorrain ha encontrado algunos de los elementos raros de su obra, es el mundo de la rufianería y de la canalla parisiense. Sus cuadros titulados *Du bord de l'eau* son descripciones espeluznantes de una nueva *cour des miracles* que seguramente quitarían el sueño á los burgueses de Francia, si no fuese porque éstos han considerado siempre las obras del autor de *Un Demoniaco* como fantasías inverosímiles. Y sin embargo nada es tan realista, ó mejor dicho, tan real como esas diminuta aguas fuertes, en las cuales está compendiada

toda la psicología pintoresca de los asesinos y de los ladrones de París.

—Venga usted conmigo una noche cualquiera á las tabernas de las fortificaciones—me dijo Lorrain—y así podrá usted convencerse de que en mi libro sobre la clase baja no hay exageración ninguna. Yo he comido en compañía de todos los personajes de mis historias; les he visto preparar sus robos y sus asesinatos; he sido confidente de algunos de sus secretos y hasta he tenido bastante valor para dejarme tutear por los canallas más repugnantes, con el único objeto de descubrir una parte del secreto que sus almas crueles é instintivas encierran. Mi impresión definitiva no ha sido, después de todo, tan desagradable como usted debe de figurarse... No; entre los que roban y matan por oficio, hay muchos temperamentos admirables que habrían podido servir de modelos á Stendhal para escribir un capítulo de su famosa *Historia de la Energía*. Lo malo es que mi esfuerzo literario ha sido relativamente inútil. El público cree que sólo las crónicas de los tribunales deben hablar de los malhechores; para el lector no hay más que un bandido interesante: el romántico, el que lleva un arcabuz, el que se convierte en jefe de banda y en organizador de guerrillas, el bandido de Dumas, en fin, y de Teófilo Gauthier; en cuanto al mío, el verdadero, el que roba para vivir y asesi-

na para robar; el que representa á nuestra época utilitaria é histérica, el bandido refinado, no tiene más que un admirador... Ese admirador soy yo.

Lorrain, en efecto, ha hablado de los *escarpes* y de los *cambrioleurs* de nuestra época, con una simpatía que si no es enteramente sincera por lo menos lo parece. ¿Quién sabe en dónde acaba la sencillez y dónde principia el artificio literario?

—« ... Mourons ensemble...

—¡Votre proposition est rare!

—Le Rare est le Beau, donc mourons... »



Por fortuna para Lorrain, su obra no se compone únicamente de cuentos espeluznantes. Además de las historias de *Un bebedor de éter*, de las impresiones de *Un Demoniaco* y de los cuadros *De la orilla del Río*, ha dado vida á algunas producciones poéticas, con cuya belleza nada tiene que ver la moda.

Sonyeuse, su primera obra de gran aliento, es un poema en prosa cuyos héroes modernos se mueven en un paisaje de ensueño con movimientos de sonámbulos, escondiendo sus rostros misteriosos tras las celosías de un palacio antiguo ó entre los pliegues de grandes velos de luto. — Lady Mordault,

lord Mordaundt, mis Mordaundt, todos los personajes de *Sonyeuse*, son seres que viven de una vida intensa y desolada, como las Morellas de Poe, como las Saras y los Axels de Villiers, como « las diabólicos » de Barbey y como las figuras pasionales de Ibsen, con algo también de la inquietud cerebral de las estatuas de Rodin y mucho de la suntuosidad legendaria de los cuadros de Moreau.

¿Y *Yanthis?*... Un cuento de hadas en tres actos, una melopea que dura dos horas, una tapicería inmensa de tonos pálidos y discretos, un poema medioeval y bárbaro, cantado por un trovador de Francia...

Pero nada tan elegante, tan vaporoso, tan delicado, como el conjunto de sus pequeños poemas: *el País de las Hadas, la Floresta Azul, Lunares, Los Bohemios*, etc. Todas estas miniaturas contienen una perla, y juntas forman el más puro de los collares.

« Dans l'ombre et le secret d'un manoir à sept tours.
Aux sons d'une sirvente et d'une mandoline,
Que j'aimerais, à l'heure où le soleil décline,
Endormir une reine aux grands yeux de velours;
Les aveux égrenés dans les oreillers sourds,
Dans le jour empourpré des rideaux d'imberline,
Auraient, pour rythme étrange et doux, l'ombre câline
De ses doigts en cadence effleurant mes yeux lourds. »

. . . .

« Filles des pâles avalanches,
Leur frais baiser donne la mort.
L'hiver a ses abeilles blanches
Et l'été ses abeilles d'or.

Les neiges ont aussi leur reine,
Leur reine au profil argenté,
Dans la nuit glacée et sereine
Baignant sa froide nudité. »

. . . .

Hablando de estas obras ligeras, Lorrain abandona su aspecto de « ironista demoniaco » y con un tono sencillo y tierno: — Ya ve usted — me dice — mis sonetos y mis poemas cortos, son las únicas obras mías que me han dejado una impresión de perfecta dicha; los he escrito sin fatiga, sin preocupación, casi sin deseo de publicarlos; los he escrito en momentos perdidos, después de una lectura pesada, ó entre dos crónicas serias; luego los he reunido en libros, para tenerlos todos juntos, lo mismo que otros ponen varios pájaros en una jaula; ahora mismo, después de veinte años, aún suelo abrir uno de mis libros de juventud para sonreír á mis princesitas y á mis pajes ó para dar un beso en la frente á mis hadas bienhechoras...

¡Y decir que quien habla así, es el escritor que ha sido señalado por la crítica como el futuro autor de una obra definitiva sobre la podredumbre so-

cial! « De Lorrain — dice Bernard Lazare — lo único que esperamos es la gran novela de la putrefacción »...

Verdaderamente, el público suele conocer mal á sus autores favoritos.

UNA VISTA Á J.-K. HUYSMANS

UNA VISITA A J.-K. HUYSMANS

El carácter de Huysmans. — Un recuerdo. — Santa Teresa. — La figura de Huysmans. — Incunables y curiosidades. — Respuestas secas. — « La Catedral. » — « El Oblato. » — « La Bas » y « en route. »

Al subir la escalera estrecha, obscura, casi conventual, que conduce á la boardilla del autor de *La Bas*, me acordé de una de las últimas cartas del poeta de *Nieve :* « Dos cosas — decíame — me hacen aún desear que la Muerte no venga pronto ; dos cosas que te harían reír y que sin embargo son sagradas para mí : abrazar á Verlaine y darle la mano á Huysmans. »

Así, al encontrarme en la estancia reducida y modesta en que el gran novelista francés recibe á sus amigos, lo primero que hice fué hablarle del pobre gran poeta americano que con tanto ardor le admiró durante su existencia y que murió pensando en él.

— ¿Julian del Casal?... ¿Un poeta?...

Naturalmente, Huysmans no le conocía. ¿Quién conoce en Francia á los que escriben versos en español? Pero no importa; yo creía llenar un deber casi sagrado contándole la Historia dolorosa de ese espíritu raro que nació en Cuba por casualidad y que vivió, en un mundo de visiones y de ideas, fuera del tiempo y del espacio.

Huysmans me oyó pacientemente. Luego, para hacerme ver que no le interesaba ni mucho ni poco lo que le refería, me cortó la palabra diciéndome:

— La literatura española fué muy interesante en otro tiempo; sobre todo la literatura mística. Yo suelo recibir cartas de algunos trapenses castellanos en las cuales hay indicaciones de gran valor sobre los autores sagrados del siglo de oro... ¿Creerá usted una cosa? Para mí Cervantes merece menos respeto que Santa Teresa. Cervantes es muy grande, es un novelista extraordinario, un poeta genial; pero no es « único ». — Santa Teresa sí, es única y sin rival. En ninguna literatura hay nada comparable con ella... *Las Moradas*... ¿ha leído usted *las Moradas?*... ¡y las cartas! Las cartas son divinas en la verdadera acepción de la palabra. Leyendo las obras de esa santa se comprende que España sea uno de los países más católicos del mundo.

Todo eso dicho sin pasión, sin entusiasmo, casi

sin mover los labios eternamente sonrientes y eternamente desdeñosos.

En verdad, yo no me encontraba á gusto en esa atmósfera de amabilidad helada.

* * *

Huysmans no es lo que suele llamarse « el hombre de sus libros », ó por lo menos de sus grandes libros. Su figura no hace pensar en ninguna de las figuras importantes de sus novelas. La fisonomía de Des Esseintes es el polo opuesto de su fisonomía. Durtal no tiene con él ningún punto de contacto exterior. Entre sus creaciones, la única que se le asemeja es el heroe de « A-vau-l'Eau », el funcionario aburrido y cortés, que vivía burguesamente, lo más burguesamente posible.

Alto, delgado, con el pelo blanco cortado á punta de tijera, con la barba ya florida, con el rostro sonrosado y lleno de salud, lo único que en su fisonomía parece vivir y moverse son los labios, esos labios finos, carnosos, irónicos, desconcertantes.

Su gabinete de trabajo, del cual muchos cronistas han hablado como de una capilla oculta y singular, es una pieza estrecha y alta, en la cual no hay más

que un sofá, dos ó tres sillas, una mesa de pino y unos cuantos estantes llenos de libros.

Su lujo y su orgullo son los libros. — Á todo el que va á verle le enseña las ediciones raras de misales antiguos y de viejos cronicones históricos que posee.

— Esta obra, — me dijo mostrándome un incunable encuadernado en pergamino — es una leyenda dorada del siglo XIII; no es una impresión ni una copia, es un manuscrito original, uno de los más bellos manuscritos de la época.

Y sin volver los ojos hacia mí, acariciando el lomo venerable de su tesoro biblofílico, continuó, como si hablase consigo mismo :

— En otro tiempo, hace treinta años, era fácil encontrar perlas y diamantes perdidos entre la infinidad de cuadernos de clase que llenan las cajas de los libreros del muelle. Todos sus buenos libros, Anatole France los compró allí por dos pesetas ejemplar. Yo también compré allí todos mis buenos libros. Pero esa época desapareció ya por completo; hoy el más ignorante de los « bouquinistas » sabe lo que vale cada página, cada encuadernación arcaica, cada miniatura... Es uno de los servicios que los *yankees* nos han prestado, viniendo á comprar á precio de oro todo lo que huele á recuerdo histórico... ¡ Pensar que los banqueros de Nueva York tienen en sus bi-

bliotecas varias centenas de incunables que nunca abren y que podrían ser tan útiles en el armario de un artista!... Son las gracias de nuestro siglo... Un siglo encantador, ¿no es cierto?... Un siglo de billetes de banco, en el cual, para conquistar el derecho de tener ideas, de tener creencias y aun de tener libros, es necesario ser hijo de un mercader de salchichas...

De pronto dejó su Leyenda Dorada, y dirigiéndose hacia una chimenea en donde había dos grupos esculpidos en madera :

— Es como las reliquias artísticas, — prosiguió. — Esto no tenía ningún valor en otro tiempo ; todo el mundo prefería los mármoles de pacotilla y los bronces comerciales. Pero ahora, por el contrario, el lujo, el *chic* de los *snobs*, consiste en rodearse de fragmentos de antiguas butacas religiosas y de figuras de viejos retablos. Estas figuras, por ejemplo, que en mi juventud no hubieran producido siquiera un duro, valen hoy, gracias al entusiasmo estúpido de millonarios incapaces de comprender la belleza del trabajo, y sólo por ser antiguas, una verdadera fortuna... Allí están... Ya ha habido banquero que pretenda comprármelas... para su salón... eso es, para colocarlas junto al último cuadro de Gerome... ¡oh harmonía!... ¡oh gusto contemporáneo!

***

Durante media hora, mi curiosidad no obtuvo, para alimentarse sino monosílabos, respuestas evasivas, frases rápidas, nada, en fin, que fuese parecido á esos largos párrafos llenos de digresiones y repletos de ingenuidad bondadosa, con los cuales los literatos en general suelen contestar á las más insignificantes preguntas.

—¿Trabajaba mucho? Sí; si trabajaba; todos los días ¿ quien no trabaja?... sobre todo en buscar documentos.

— ¿Y el naturalismo? El naturalismo había muerto. Zola quedaba y mientras Zola quedase, algo había; pero nada de escuela de la Realidad. ¿Acaso pueden establecerse reglas sobre la Naturaleza?

—¿Era cierto que el conde Roberto de Montesquiou de Fezensac le había servido de modelo para dibujar el retrato de Des Esseintes? — Tal vez, puesto que todo el mundo lo aseguraba; pero, ¿se hacen tipos completos con solo un hombre? La leyenda se lo atribuía todo á Montesquiou; Montesquiou debió contentarse con la leyenda y no publicar libros estúpidos...

¿Había renunciado por completo á la crítica de arte?

— Por completo, no, quizás no; pero en todo caso había renunciado desde hacía largo tiempo. El mundo del arte moderno estaba lleno de nulidades

presuntuosas, de ídolos falsos; era necesario luchar, al escribir; era imposible hablar de una exposición sin decir mil atrocidades de varios artistas. ¿Y quién oiría esas atrocidades con buena fe? Todo el mundo supondría que eran venganzas personales... la crítica es realmente empresa difícil.

*
* *

Al ver la sequedad un si es no es mal humorada con que el gran novelista respondía á mis preguntas, ocurrióseme hablarle de algunos amigos míos por quienes él siempre ha tenido gran simpatía; le hablé de Luis le Cardonnel y de Jules Bois y le dije que ellos me habían aconsejado que pasara á verle.

Su contestación fué idéntica á las anteriores:

— Le Cardonnel y Bois son dos excelentes amigos; á Bois le veo muy amenudo. Le Cardonnel hace ya mucho tiempo que no viene á visitarme; salúdeles usted de mi parte.

*
* *

Ya yo me preparaba á retirarme, sintiendo profundamente no llevar de mi visita ninguna de esas im-

presiones de intimidad que dan á las siluetas literarias su verdadero interés; ya estábamos en la puerta; ya él me había dicho « hasta luego » y yo « adiós », cuando recordé que los periódicos de París acababan de anunciar la próxima publicación de la tercera parte de *La Bas*. ¿Por qué no pedirle, pues, algunos detalles sobre su libro en preparación?

— Y la continuación de *En Route*, le dije, ¿aparecerá pronto?

— No, — repuso — aún no he comenzado á escribirla. Pero ya la tengo casi concluída en el pensamiento y apenas me faltan algunos documentos, muy pocos, los menos importantes, para comenzar á darle forma.

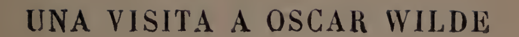
Yo no trabajo como mis colegas, en general; mis libros son verdaderos estudios, estudios pacientes y enormes; colecciones de casos psicológicos analizados con conciencia y unidos lógicamente en intrigas sin interés exterior. Para confeccionar *La Bas*, tuve que leer, que descifrar, que traducir, una infinidad de libros sobre el ocultismo en la Edad Media; tuve que ponerme al corriente del satanismo moderno, verlo todo con mis propios ojos y buscar manuscritos ignorados en los cuales nuestros contemporáneos ocultistas anotaron los misterios del culto parisiense; además tuve que reconstituír la

historía de Gil de Retz ó Barbe Bleu, trabajando en los archivos. *En Route*, la segunda parte, también me costó muchos, muchos meses, algunos años de labor preparatoria, de estudios penosísimos sobre el canto sagrado, sobre la vida de los conventos, sobre los místicos antiguos, sobre los rituales religiosos y sobre el carácter íntimo del clero. La tercera parte, que ahora preparo, se titulará « La Catedral » y será una obra relativa á las iglesias góticas de Francia y á la influencia que la arquitectura, la pintura y la escultura ejercen en un alma atormentada como el alma de Durtal.

Hablando de su nueva creación, de la obra que en estos momentos absorbe toda su actividad de artista, Huysmans llegó á enardecerse. Y de pie en la puerta de su casa, continuó :

— ... Porqué la música no bastó á Durtal para convertirse por completo! La acción de *La Catedral* no será sino un paso más en el camino de la conversión, casi nada, como fábula exterior; todo sucederá adentro, en el alma del héroe. Ya verá usted... Durtal, al salir del convento de trapenses, va á pasar algunos días en Chartres, para visitar á su amigo el arzobispo; la vida provincial de una ciudad tranquila, sin comercio, sin obreros casi, produce en su corazón un grande alivio; luego la gran iglesía de la ciudad, que sin duda es la más bella y la más

pura joya del arte gótico, le seduce por completo; al cabo de algún tiempo de meditaciones y de contemplaciones, vuelve al claustro; pero no pronuncia aún sus vótos definitivos... eso será en el otro libro, en el cuarto de la serie, en el *Oblato*. Ya ve usted, pues, que en *La Catedral* no hay movimiento ninguno de personajes; el escenario no me costará muchos desvelos, cuatro ó seis meses de labor á la sumo. Lo que sí me costó trabajo, mucho trabajo, fué descubrir, en las páginas antiguas sobre el arte y en los lienzos mismos de la Edad Media, el sentido simbólico de los colores empleados por los artistas primitivos. Antiguamente, cada matiz representaba una idea ó un sentimiento : el blanco era candor, el verde regeneración, el rojo caridad, amor, sufrimiento, y el amarillo, traición; por eso los Judas antiguos siempre están vestidos de amarillo... Y fíjese usted en los cuadros de Fra Angélico : todos son color de rosa, blancos, verdes; pero nunca son morados ni grises, porque estos colores representaban imágenes diabólicas, imágenes de dolor y de exorcismo. Ya verá usted mi libro; creo que mi estudio es completo, y, de todos modos, estoy seguro de que es profundo y sincero... sobre todo sincero... ya lo verá usted...



UNA VISITA A OSCAR WILDE

UNA VISITA A OSCAR WILDE

LA FIGURA DE OSCAR WILDE. — SU CARÁCTER. — SUS OPINIONES. — UNA CARTA DE MALLARMÉ. — « INTENCIONES ». — « EL RETRATO DE DORIÁN GRAY ».

Fué en casa de Stuart Merril, el poeta adorable de *Los Fastos*, donde encontré por primera vez, una noche de crudo invierno, al autor ilustre de *Salome* y de *El Retrato de Dorián Gray*. Su manera singular é insinuante de hablar francés, cambiando, como el dibujante Sterner, el valor de las vocales, me llamó desde luego la atención; y su enorme rostro de adolescente triste y soñador, me llenó de interés. Oscar Wilde no es hermoso, pero goza, en su envoltura atlética, de cierta distinción especial que atrae las miradas femeninas. Cuando en mis visitas matinales á su deliciosa habitación del Boulevard des Capucines, suelo encontrarle, vestido apenas con una camiseta descotada de lana roja, su robusto torso de luchador me hace pensar en las figuras inmortales

de Rubens; y cuando, trajeado ya con esa cuidadosa « tenue » de los ingleses, le encuentro en cualquier café literario del barrio latino, su talle gigantesco me trae á la memoria un viejo retrato de Tourguénief, que ví hace ya bastante tiempo y ni aun recuerdo dónde. Sus ojos largos, húmedos y oblícuos, tienen cierta expresión en las pupilas, que ni la voz tristeza, ni la voz melancolía alcanzan á denotar; son ojos pálidos, como era pálida la sonrisa de aquella heroina de Catulle Mendés, con la palidez en el dibujo y no en el color. Su cabellera blanda, fina y sedeña, está tallada, por detrás, como la de cualquier empleado del gobierno, pero se reparte, por delante, en *bandeaux* rizados que cubren hasta la mitad sus finas orejas. Su nariz es recta, su boca es sensual, su cuello es firme.

Y con todo esto, cierto amaneramiento que constituye su encanto propio y verdadero. Sus labios carnosos no se entreabren nunca, como los labios de todo el mundo, para hablar en serio. Cuando no sonríen, se quejan. La nota triunfante de su singularidad. es la exageración en las medias tintas. Durante todo el tiempo en que un cariño casi fraternal me ligó á él, creo que nunca le oí dar un grito. Cuando blasfema, lo hace de la misma manera femenil é insinuante con que diría un requiebro. Y blasfema con frecuencia, porque, en su modo raro de pensar, que-

rría, á cada momento, enmendarle á Dios la plana. Una tarde, no hace aun mucho tiempo, vino á su casa un redactor del *Fígaro* para hacerle decir algo sobre sí mismo, « ¡ Ah ! — le respondió Oscar Wilde — yo me he levantado hoy con la idea de que soy muy pequeño, muy insignificante. Ayer estuve á visitar la torre Eiffel y la encontré demasiado enorme al lado mío. Es terrible eso de llegarse á convencer de que hay algo más grande que nosotros. Si Dios supiese hacer las cosas, no habría creado ni montañas abracadabrantes, ni encinas gigantescas. Yo no amo la Naturaleza, cuya monotonía desesperante me enferma ; pero cuando estoy en el campo, me gusta buscar las plantas pequeñitas para deshacerlas con el pie. Eso me prueba mi poder. Los artistas que se creen menos grandes que el resto del mundo, no producen nunca una obra maestra. Casi no comprendo cómo Verlaine, que es tan pequeño, pudo escribir su poema admirable de *Sagesse*, pensando en Dios que es tan grande... »

Así son todas sus ideas. Cuando el naturalismo, hoy muerto y enterrado, estaba á la moda, Oscar Wilde se entretenía en atacarlo ; y de tal intensidad fué su fiebre idealista, que hasta hizo un viaje de propaganda á los Estados Unidos, para decir, en cincuenta conferencias, á los yankees, entusiasmados en aquel entonces con *L'Assommoir* de Zola : « Se-

ñores: vosotros creéis en la belleza del Naturalismo porque no sois sino unos burgueses. El arte verdadero es algo de que vosotros no podéis gustar. Tenedlo por seguro: lo que os parece tonto á vosotros, eso es arte. Los que preferís una novela de Zola á un poema de Baudelaire, me hacéis el mismo efecto que cierto aficionado de Inglaterra que encontraba más estimables las fotografías de Downey que los lienzos de Chavannes. » Y en vez de pagarle en moneda de insultos, el buen pueblo de los Estados Unidos le pagó en libras esterlinas. Tan estimado fué en esos días su volumen titulado *Intentions*, que, en menos de dos años, se agotaron de él unas cien ediciones de á 1,000 ejemplares cada una. En ese libro, efectivamente admirable, se encuentran resumidas casi todas las ideas estéticas del autor. « Los novelistas modernos pretenden que el arte debe imitar á la naturaleza, cuando, al contrario, es la naturaleza la que debe imitar el arte ». Y esta frase rara que hizo sonreír á Edmundo de Goncourt y que habría entusiasmado al Flaubert de los primeros tiempos, al buen Flaubert, en fin, contiene más substancia artística que toda la *Novela Experimental* de Zola. ¿Qué es, en realidad, la naturaleza sin adornos? Una inmensidad siempre igual, siempre monótona y casi siempre horrible. Para mí, una montaña de piedra no es bella sino cuando la mano del hombre

la ha convertido en columna ó en obelisco... Y así todo lo demás... Las ideas escritas de Oscar Wilde tienen esa ventaja. De una sola de sus frases podría hacerse un libro, mientras que de un libro de Zola apenas podría hacerse una frase. Oscar Wilde es un gran crítico, gracias á cuya influencia el naturalismo francés no ha hecho muchos estragos en la joven literatura de Inglaterra.

***

No se crea, sin embargo, que la propaganda « romanesca » del autor de *Salomé*, se ha reducido á predicar teorías idealistas en discursos sonoros. Jefe de los *esthètes* de la Gran Bretaña, es, por tanto, mejor artista que teórico. Su novela famosa, *El retrato de Dorián Gray*, es una historia conmovedora, que, según Hugues Le Roux, ha conquistado á su autor, en todos los países que hablan inglés, fama parecida á la que Víctor Hugo gozó en Francia en los buenos tiempos del Romanticismo. De esa obra maestra decía hace poco poco tiempo Stephane Mallarmé en una carta dirigida al autor, y que soy yo el primero en publicar :

« *J'achève le livre, un des seuls qui puissent émouvoir, vu que d'une rêverie essentielle et de*

parfums d'âme les plus étrangers et compliqués, est fait son orage : redevenir poignant à travers l'inouï raffinement d'intellect, et humain en une pareille perverse atmosphère de beauté, est un miracle que vous accomplissez, et selon quel emploi de tous les arts de l'écrivain ! C'est le portrait qui a été cause de tout. Ce tableau en pied, inquiétant, d'un Dorian Gray hantera, mais écrit, étant livre lui-même. »

La acción de la novela, sin embargo, aparece simple en su sintesis. Dorián Gray es un muchacho de veinte años, bello como Narciso y casi ignorante de su hermosura. Sólo á los veintiún años, al fijarse detenidamente en una de sus fotografías, se encuentra joven, se encuentra guapo ; y en vez de inspirarle contento, su juventud y su belleza le inspiran amargura. El demonio de la filosofía rara se introduce en su alma y le hace razonar, le hace soñar, mejor dicho. « ¡ Oh, la vida ! ¡ Oh, la mocedad ! ¡ Oh, la vejez ! » Y sus palabras semejan entonces versículos pesimistas de la Imitación. Pero hay un momento en que sus ojos se iluminan con el fuego de la esperanza, y en que sus labios exclaman con la alegría del deseo : « Si uno de esos genios antiguos que hacían contratos en las comedias de Calderón y en los poemas de Gœthe, quisiese hacerme cambiar de suerte con esta fotografía, ¡ cuán dichoso ufera yo!... » Y el genio se presenta y el tratado se

firma; y desde aquel día la imagen del cartón comienza á envejecer, mientras el buen Dorian sigue siendo bello y sigue siendo joven... Treinta años, cincuenta años, setenta años; y el muchacho hermoso que trata siempre de olvidar su antiguo pacto diabólico, se encuentra un día, al abrir un mueble, con su retrato de antaño, que es ya el retrato de un viejo horrible. « Así estaría yo — se dice á sí mismo — así estaría yo, lleno de arrugas en la cara, lleno de debilidad en las piernas, lleno de mal olor en la boca, á no haber cambiado la problemática salvación de mi alma por la eterna belleza de mi cuerpo... » Y en un momento de cólera y de disgusto, atraviesa el retrato con un puñal antiguo. Entonces la decoración cambia: la atmósfera de vago gris que envuelve la primera parte del libro, se trueca, para hacer el epílogo, en nube espesa de negro y rojo. Un camarero oye, allá adentro, en el otro extremo de la casa, un grito ronco; acude; y al entrar en las habitaciones de su amo, pierde el sentido encontrando sobre el lujoso tapiz flamenco á un anciano repugnante con el pecho atravesado por un puñal, y sobre el reloj de la chimenea un hermoso retrato de Dorián Gray joven y bello.

La complicación y el refinamiento admirable de que habla Mallarmé, están casi por completo en el estilo. Adorador apasionado de la forma, Oscar

Wilde escribe tomos enteros de novelas, — según me lo confesaba él mismo hace pocos días — con el solo objeto de aprovechar algunas frases hermosas que en su contemplación eterno de lo bello se le ocurren.

(Este artículo fué escrito en el año 1890. No tiene mérito ninguno, pero creo que reproducirlo ahora, en los momentos en que Oscar Wilde se encuentra en la cárcel por crimen de inmoralidad, es un homenaje de simpatía invariable que será grato al gran escritor en desgracia.)

UNA VISITA A ALFONSO DAUDET

UNA VISITA A ALFONSO DAUDET

MI PRIMERA INPRESIÓN. — LAS ANÉCDOTAS. — LOS TRES SOMBREROS. — EL BUSTO DE BALZAC JOVEN. — DAUDET CUENTISTA. — LAS TEORÍAS DE DAUDET. — RECUERDOS.

Al verle así, recostado, casi hundido en un sofá, entre cojines de seda y mantas orientales, inmóvil, con el rostro pálido y enflaquecido, con las manos paralizadas sobre el pecho, tuve intenciones de volverme atrás sin decir una palabra.

« Está muerto — pensé — está enteramente muerto, ¡ pobre grande hombre! su rostro demacrado no da señal ninguna de vida... no hay duda de que está muerto. »

Pero no.

— Siéntese usted.

Era él quien hablaba ; él, cuyos labios casi blancos se movían entre la sombra gris de la barba.

— ... Siéntese usted.

Luego un silencio que sin duda duró un minuto y

que á mi se me figuró una eternidad. En seguida un movimiento impaciente de los brazos que buscaban un punto de apoyo. Por último una voz que como si se sonara á lo lejos, decía :

— Perdone usted ; pero los enfermos se toman ciertas prerrogativas... tienen ciertos derechos que todo el mundo no tiene y que se les deben perdonar por lo mucho que sufren, moralmente sobre todo.

... Una voz lejana, sí ; pero harmoniosa, musical, con notas femeniles, con matices sonoros de canto y variaciones infantiles en el acento.

***

Poco á poco el maestro había logrado sentarse en el sofá. Y con su voz melodiosa, sin vibraciones y sin energías, pero ¡ tan dulce ! hablaba de mil y mil cosas, saltando de una anécdota á una reflexión y de un recuerdo á un juego de palabras. Hablaba del tiempo que hacía, ese otoño parisiense, claro y lleno de lodo « como una perla sucia » ; hablaba de los libros nuevos « muchos libros, demasiados á veces, cuando uno ha llegado á los cincuenta años ; pero muy pocos cuando tiene veinte y pretende conocerlo todo » ; hablaba del teatro contemporáneo en

el cual la parte « de espectáculo » es más importante que la parte literaria, « un verdadero teatro para niños que desean ver cosas bonitas y para ancianos que desean ver labios pintados »; hablaba del Mediodía, de sus primeras obras, de sus obras en preparación, de los críticos que más inteligentemente habían analizado su talento, de la literatura nueva, « una literatura algo salvaje », del campo, en fin, de sus amigos, de sus padecimientos...

Y de todo, de lo más frivolo como de lo más serio, hablaba ligeramente, con enternecimientos que duraban el espacio de una frase y con ironías rápidas como un relámpago.

***

Lo que más parece retener la palabra de Daudet, son las anécdotas.

Se trata de André Gill, de su talento de caricaturista, de su vida triste y pobre, de su locura y de su muerte.

— Era un buen camarada — dice al autor de *Safo* — un amigo de juventud, y ¿sabe usted? un gran talento. Hace treinta años fuimos como hermanos. ¡Pobrecito Gill! Gill, otro pobre bohemio sin nombre,

Juan du Boys, y yo, nos paseábamos todos los domingos, hace tiempo, dándonos el brazo por las inmediaciones de París. Los que nos conocían nos llamaban « los cuatro sombreros », á causa de los enormes fieltros tiroleses que cubrían nuestras cabezas juveniles. Una mañana, de repente, uno de los sombreros desapareció, se undió en el antro de la locura; luego bajo á la tumba. Quedábamos tres. Algunos meses más tarde du Boys perdió también la razón y poco después murió. Sólo Gill y yo sobrevivíamos. Pasó un año. De pronto Gill fué encerrado en el manicomio de Charentón de donde no salió sino para ir á un cementerio. El único sombrero tirolés superviviente era el mío. Algunos años más... Una tarde que estaba yo reuniendo « documentos vivos » sobre la locura, para escribir mi *Evangelista*, el doctor Charcot me invitó á comer en compañía de sus íntimos; después de la comida el célebre médico me llevó á la Salpétriére... Un gran jardín... algunos enfermos... En un extremo del hospicio, una mujer nos sale al paso: « Buenas tardes » dice al doctor; « ¿ no me conoces ? » — « Si » responde la loca « sí; y ese que va contigo, ¿ quién es ? » — « Un amigo » — La enferma se echa á reir sarcásticamente y volviéndose hacia mí, dice: « Tú eres un buen amigo y por eso te regalaré un ¡ gran sombrero tirolés ! »

Contada por Daudet esta anécdota, hace temblar

materialmente, como una historia de Carlos Dikens ó como un cuento de Edgard Poe.

Luego, á propósito de la miseria de sus primeros años, otra anécdota llena de sonrisas y de lágrimas, un capítulo de su vida de bohemia.

— Yo había publicado ya las *Amorosas*, y aunque el público no las había leído, la crítica las elogiaba. « La pluma de Musset, la pluma del poeta »... ¡qué curioso!...Y yo era casi célebre, pero no ganaba nada, ó casi nada. Un día un escultor se propuso hacer mi busto. Yo estaba contentísimo... ¡mi busto! ya se me figuraba ver el yeso ó la tierra cocida sobre mi pobre chimenea... ¡un busto!... Pero el escultor hizo más; hizo un mármol y me lo regaló. Yo hubiera querido guardarlo, y sin duda lo habría guardado á no ser por el apetito... el apetito, ¿sabe usted?... ¡Qué demonio!.. En el zócalo un papel decía « Alfonso Daudet. » Cambié el papel por otro en el cual puse « Balzac joven »... y una tarde... después de no haber comido... vendí mi busto á un anticuario.

***

Daudet es hoy muy querido y muy admirado. La Academia Francesa trata de sentarle en uno de sus sillones. Los críticos serios de París no hablan nun-

ca de sus obras sin respeto y simpatía. Mi querido maestro Clarín cree que si Zola no existiera, el autor del *Nabab* sería el más grande novelista del universo.

Pero al lado de los hombres entusiastas, hay una generación que sube, que invade poco á poco las columnas de las revistas, que comienza á llenar las vidrieras de los editores; una generación menos lírica que la generación de 1860 y que revisa con seguridad casi científica los fallos dictados anteriormente. Esta generación no tiene ningún respeto por Daudet.

« Daudet, ha dicho Charles Morice, es un folletista que escribe para las costureras ». Y Moréas ha jurado que « Daudet es inferior á todo ».

Puras injusticias, ó más bien, puras cuestiones de punto de vista.

Como creador, como poeta, como cerebro, el padre de *Petit Chose* no tiene nada de admirable; mas es, en cambio, un cuentista encantador y un delicioso relator de anécdotas. ¿Qué más? Una infinidad de autores clásicos contra los cuales nadie se atrevería hoy á levantar la voz, no fueron otra cosa. ¿Qué fué, por ejmplo, el célebre Brantome? Y entre la gracia del autor de las *Damas galantes* y la gracia del autor de *Safo*, me parece que hay una diferencia.

* * *

— ¡ *Pecaire* ¡ — dice Daudet — ¿ha leído usted mis *Treinta años de París*, mis *Recuerdos de un hombre de letras*, mis *Cartas de mi Molino?* Allí está todo lo que puedo decir de mi vida sin fastidiar á los demás. Y en mis otros libros también hay algo de mi carácter, aunque no tanto como algunos pretenden. Ultimamente he leído un artículo sobre *Safo* en el cual un cronista trata de probarme á mí mismo que todo Juan Goussin soy yo, y que la pobre muchacha que vivió con él es una antigua amiga mía... ¡ *Pecaire* ! Los cronistas no tienen miedo de nada... Cuando yo esté muerto, podrán decir todo eso; pero ahora no; ¿por qué no esperan?... tal vez no esperarían largo tiempo si quisiesen esperar... algo hay, en todo lo que yo he escrito, que se refiere á mí mismo; nada más que algo... Nosotros hacemos novelas vividas, escenas que hemos visto, cosas que hemos sentido, y naturalmente dejamos una parte de nuestro sér en las páginas de un libro. Los jóvenes ya no ven nada; todo lo inventan, ó mejor dicho, todo lo descubren al través de otros libros. Yo sigo creyendo que nuestro procedimiento anticuado... ya... es menos falso que los flamantes métodos. Y la prueba... ¿quiere usted una prueba?... pues bien: no hay más que ver lo que hacen los pocos jóvenes que han conseguido cierta notoriedad... Esos jóvenes hacen como nosotros... ¡qué demonio!... en el fon-

do todos trabajamos de un modo idéntico cuando somos sinceros; y en general los hombres de verdadero talento son siempre sinceros. Vea usted á Baudelaire que fué un observador, un analista, un enamorado de cierta realidad rara y personalísima, pero muy real. Vea usted á los Goncourt... esos sí que han sido al mismo tiempo artistas extraordinarios, sutiles, delicados, modernos en toda la extención de la palabra, y sinceros hasta la violencia, y naturalistas hasta la inverosimilitud. Porque también la realidad tiene sus lados increíbles como la imaginación, y aún más quizás que la imaginación, pues si en una novela de Alejandro Dumas nada nos choca, en las obras naturalistas y en la vida misma hay mil y una escenas que nos hacen decir: «¡parece mentira!» Y puede parecer mentira, en efecto, pero no lo es. Así, los «malos naturalistas» no reproducen sino lo que «es posible» mientras que los buenos reproducen todos los aspectos de la existencia que pueden servirles para dar una idea exacta de la existencia misma con sus bellezas y sus horrores, sus lágrimas y sus risas.

***

Oyendo hablar á Daudet, la primera impresión que su figura me había producido llegó á desvanecerse por completo.

No; ese hombre no estaba muerto, sino que, al contrario, vivía de una vida literaria verdaderamente intensa.

Lo único que, al fin de mi visita, seguía evocando la idea del sufrimiento y de la muerte, era el célebre retrato del autor de *Fromont-Jeune* pintado por Carriere. — El rostro pálido, la actitud dolorosa, la cabellera enorme y mal peinada. los ojos undidos, las manos exangües, todos los rasgos, en fin, y todos los detalles del retrato que decora el gabinete del maestro, son crueles y agonizantes...



UNA VISITA A PAUL VERLAINE

UNA VISITA A PAUL VERLAINE

VERLAINE EN EL HOSPITAL. — LA FIGURA DE VERLAINE. — EL POETA POBRE. — ANÉCDOTAS. — LA OBRA. — LA LEYENDA.

Hace pocos días estuve á ver en el hospital Broussais, al poeta genial de *La buena canción* y de *Las Fiestas Galantes* que, como hace dos inviernos, busca hoy en el brasero de la caridad pública algún calor reconfortante para sus viejos huesos enfermos. Un billete arrugado, cuyas frases burlanas se helaban entre la amargura del fondo, anuncióme, hace algunas semanas, lo que Verlaine llama su cambio de domicilio. — « Ya estoy instalado en mi palacio de invierno — me decía. — Venid á verme para que hablemos de Calderón y de Góngora — ¡ ese simbolista ! — Mi día de recepción es el domingo. »

Y allí le encontré, siempre dispuesto á la burla terrible, en una cama estrecha del hospital. — Su

rostro enorme y simpático, cuya palidez extrema me hizo pensar en las figuras pintadas por Ribera, tiene un aspecto hierático. Su nariz pequeña se dilata á cada momento para aspirar con delicia el humo de la pipa. Sus labios gruesos, que se entreabren para recitar con amor las estrofas de Villon ó para maldecir contra los poemas de Ronsard, conservan siempre su mueca original en donde el vicio y la bondad se mezclan para formar la expresión de la sonrisa. Sólo su barba rubia de cosaco, había crecido un poco y se había encanecido mucho. Algunos meses de no verle y las noticias de su enfermedad, me hicieron creer que, con su salud, habría cambiado su figura. Esperé encontrarme ante un hombre débil é impotente, y me encontré ante un viejo robusto, que aún promete á Francia algunos poemas inmortales. Lo único que le hace sufrir es la pierna derecha cuyas articulaciones fatigadas ya no quieren moverse como siempre.

« Sin embargo — me decía él mismo — no hay que blasfemar contra las cosas del mundo. ¡Esta pata enferma que me hace sufrir un poco, me proporciona, en cambio, más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno, no lo admiten á uno en el hospital... »

Y cambiando su actitud socrática, que me hacía

recordar el retrato famoso de Carrière, por un aire *pierratesco* que explica el grabado bizarro y caprichoso de Baur, repetía entre dientes un adagio español que pretende haber leído en Cervantes : « No hay mal que por bien no venga; no hay mal que por bien no venga... »

* * *

En lo que también se equivocó mi fantasia, fué en la esperanza de encontrar el lecho triste del genio enfermo, rodeado de literatos y de amigos.

Cuando, hace ya algunos años, tuvo Verlaine que pedir por primera vez un puesto en el hospital, la prensa diaria de París se indignó contra la indiferencia de público, y las visitas caritativas menudearon.

Anatole France reclamaba entonces, en *Le Temps;* una situación mejor para « el más grande de los poetas contemporáneos » y Catulle Mendés proponía, en *L'Écho de Paris*, un beneficio teatral á su favor. Hoy, ya nadie se preocupa del asunto. La imagen de Verlaine y la imagen de la Miseria, han sido encuadradas en el mismo marco, entre los lienzos que forman el museo de las visiones parisienses.

Las ciudades y los públicos son siempre burgueses, y cuando una vez se acostumbran á cualquier idea, no hay nadie que les habia cambiar.

Lo difícil es acostumbrarles. Pedidles dinero para que Zola no abandone su palacio de Medán, y os lo darán en el acto. Pedidles dinero para que Henri Murger cambie su cama de hospital por un cuarto de hotel, y ni siquiera os escucharán. Cuando hace poco tiempo se representó en el Vaudeville *Los Unos y los Otros* á beneficio de Paul Verlaine, el valor de las entradas bastó, apenas, para darle de comer durante tres mes al poeta ilustre; cuando, más tarde, se abrió una suscripción para ofrecer un banquete á Zola, los mismos periódicos que la iniciaron tuvieron que suspenderla por haber pasado, en mucho, de los límites señalados.

Así es París. Más que el amor de las letras que desde fuera se le supone, ha tenido siempre el amor de la moda. Catulle Mendés, que sólo es un versificador adorable, hace una fortuna con sus versos, mientras Luis de Cardonnel, que es un poeta distinguido, me confesaba hace días que si aún no ha publicado ninguna colección de sus poemas deliciosas, ha sido por falta de editor. A Victor Hugo, que fué un genio al lado de Richepin y al lado de Coppée, le dá más de un millón su libro de *Los Castigos* y á Paul Verlaine, que es genio al lado de Homero y

al lado de Shakespeare, apenas le produce setecientos francos la colección más completa de sus poesias [1]. El ilustre autor de *Pepita Jimenez* se quejaba hace mucho tiempo de los editores españoles porque, su obra maestra no le había producido sino viente mil reales. Á Paul Verlaine no le produjo más que doscientos francos la primera edición de *Mes Hôpitaux*.

* * *

Y sin embargo Verlaine no se queja. Su *insouciance* en materia de intereses, es proverbial en el país latino. « Si yo fuese « maligno » — me decía hace poco el gran poeta — bien podría ganar mucho dinero; pero tengo pereza. » La última vez que tuve el gusto de encontrarle, antes de mi visita al hospital, fué unos días después de la aparición en volumen de sus últimas poesias, *Canciones para ella*. El éxito del libro le tenía contento, no sólo por los tres ó cuatro francos diarios que su venta le proporcionaba, sino por la ocasión que le había dado de contentarse con la muchacha bonita á quién él lo dedicara. — « Anoche le llevé un ejemplar — me confesó con un gesto en que la seriedad extrema

1. *Choix de Poésies*. — Un volumen, Biblioteca Charpentier, 1891.

se confundía con la burla — y después de dárselo, me quedé á dormir con ella... » Esta frase, *naïve* en su brutalidad y pronunciada por unos labios marchitos de sesenta años, ayuda en gran manera á conocer el carácter del poeta maravilloso que escribió *Sagesse* y que escribió también *Les Poèmes Saturniens*, creando ese contraste de sentimientos y de ideas que en otro poeta cualquiera no podría explicarse, pero que forma, en mi sentir, la nota triunfal de su talento.

***

Paul Verlaine es uno de esos espíritus desequilibrados por la neurosis, que se pasan la mañana en oración ante un altar de Cristo, y que luego, por la noche, se emborrachan y blasfeman. Empleó los cinco primeros años de su vida literaria en escribir un libro de poemas amargos, saturianos,

... dessinés ligne à ligne
Par la logique d'une influence maligne,

y luego compuso, con las mismas manos pecadoras, un manojo de flores místicas cuyo perfume penetrante tiene mucho del tomillo y del romero sagrados de la Biblia; volvió á blasfemar en otro libro de

prosa sonora, y luego recogió, por segunda vez, la lira cristiana, para cantar otro cántico ardiente y dulce á la Virgen del cielo,

... à la Rose
Immense des purs vents de l'Amour,
... A la chaste abeille qui se pose
Sur la seule fleur d'une innocence mi-close,

Fué un día

... Pierrot, Pierrot, Pierrot
Qui sied au subtil génie,
De la malice infinie.
De poëte grimacier,

y convirtióse al siguiente en

Calme orphelin
Riche de ses seuls yeux tranquiles.

..... Considerarse humilde pecador cristiano y no desear

Plus aimer que sa mère Marie.

porque

Tous les autres amours sont des commandements,

después de haber pertenecido á esos hijos tristes de Saturno que

Ont entre tous, d'après les grimoires anciens,
Bonne part de malheurs et bonne part de bile

ser, en fin, un niño inocente y un loco malvado en una pieza, y encontrar en el mal acentos de bondad, como en el bien blasfemias; sentir en la fe los rudos sacudimientos de la neurosis y sentir en el abandono los dulces escalofríos de la fe; poseer esa música divina que sólo da Dios al genio, y merecer que á su temperamento de poeta pueda aplicarse la estrofa de *Sagesse*, que dice al Todopoderoso :

. . . . . . Votre voix
Me fait comme du bien et du mal à la fois
Et le mal et le bien, tout à les mêmes chàrmes

es don singular que sólo á Verlaine ha sido otorgado por el genio del Bien y por el genio del Mal, en premio, sin duda, de haber sentido las más encantadoras perversidades y las más humildes cauciones que posée la tierra de San Luis y de Voltaire

* * *

Y tanto como su obra es complicada, su vida es rara y singular. De sus aventuras juveniles se cuentan, en secreto, algunas historias abracadabrantes que explican el pliegue trágico de su frente. He oido decir á uno de mis amigos, que es al mismo tiempo familiar del gran poeta, que, en noches de insomnio y de alcoholismo, suele presentarse ante la vista

de Verlaine la imagen del remordimiento llevando de la mano á una sombra querida con el pecho desgarrado por un puñal. Su biografía verdadera, sin embargo, es aún un misterio para todo el mundo, y apenas creo que existan sino dos personas de quien la historia literaria puede esperarla completa : Stephane Mallarmé, el viejo amigo de Verlaine, y Charles Morice, el discipulo querido. Su personalidad, á pesar de todo, y aun envuelta, como hoy se nos presenta, en el manto gris del misterio, es la más interesante entre las personalidades modernas. Ninguna figura como la suya para apasionar los temperamentos enfermizos de nuestro siglo literario. El mismo Oscar Wilde, naturaleza fría y poco dada á la admiración hiperbólica, me confesaba hace algún tiempo que cada una de sus visitas al autor de *Sagesse* le habían costado una noche de reflexiones amargas ó de sacudimientos neuróticos. Y yo de mí sé decir que entre todas las impresiones de juventud, ninguna quedará grabada en mi retina con tintes tan fuertes, como la visión, aún palpitante, de aquella noche de estío en que encontré por primera vez al más genial de los poetas contemporáneos, recostando su cabeza de atleta y de borracho sobre la ennegrecida mesa de un *cabaret* de París.



LA MUERTE DE VERLAINE

LA MUERTE DE VERLAINE

UNA CARTA DE ALEJANDRO SAWA. — LA CÓLERA DE VERLAINE. — EL EDITOR DE VERLAINE. — ANÉCDOTAS.

Paul de Verlaine murió hace pocos días, no en el hospital como han de suponerlo algunos de sus admiradores españoles, sino en una casita del Barrio Latino, muy modesta, muy limpia y muy burguesa.

Murió tranquilamente, sin sufrimientos, sin desesperaciones, casi sin agonía, entre los brazos de una musa compasiva que quiso endulzar los últimos años del poeta con sus caricias maduras.

Yo conocí á Verlaine hace seis años, y según creo, la primera vez que de él se hablô en español fué cuando se publicó en Madrid mi folleto titulado *Esquisses*.

¡Pobre « Lelian »! Mi artículo sobre su vida y sus obras le pareció verdaderamente desagradable, como lo prueba la siguiente carta del valiente autor de *Crimen Legal* y de *Noche* :

París, enero de 1892.

Querido Enrique :

He entregado á Verlaine el ejemplar de tu libro que para él me envías. ¿Debo decirte la impresión que le ha producido? No lo sé; pero como creo que si esto te apena, más te apenaría aún no saber la verdad, paso por encima de todas las consideraciones que pudieran cerrarme la boca y (en estilo de notario) digo : 1.°, que los primeros capítulos en los cuales dices indistintamente al hablar del genio en general, « Shakespeare, Homero, Verlaine, Victor Hugo, etc. », le parecieron de perlas; y 2.°, que el capítulo de las anécdotas privadas le ha puesto de mal humor... ¿por qué?... ya lo verás... Dices tú al comentar una frase erótica suya : « estas palabras, pronunciadas por labios marchitos de sesenta años, suenan de un modo macabro en mis oidos ». Y él exclama al oír tus líneas :

« ¡Verdaderamente ese Carrillo está loco!... ¿Yo sesenta años?... No... Debe de estar chiflado... De hoy en adelante no volveremos á ser amigos ».

Adiós, querido. Tuyo siempre,

ALEJANDRO SAWA.

Empero, á mi regreso á París fuimos de nuevo amigos ó. mejor dicho, seguimos siéndolo, pues á

decir verdad, los rencores del autor de *Sagesse* no duraban nunca sino « el espacio de un ajenjo », como solía decir ingeniosamente él mismo Sawa.

***

En el año 1893 la vecindad llegó á convertir nuestras relaciones en una verdadera é íntima amistad. Él vivía entonces en el hotel de Lisboa, en la rue de Vaugirard, y yo, con Sawa y le Cardonnel, en el hotel de Médicis, en la rue Monsieur-le-Prince. Cuando alguien llamaba á nuestras puertas á las cinco de la mañana, ya se sabía, era Verlaine.

— ¿A dónde va usted? — le preguntábamos. Y él respondía invariablemente :

— Al café...

Los que al encontrarle algo más temprano ó algo más tarde le hubieran hecho la misma pregunta, habrían recibido una respuesta idéntica.

« Verlaine — dice Louis Le Cardonnel — no conoce sino el camino del café ».

A veces, sin embargo, su ruta iba hasta el puente San Miguel, en donde vivía, en aquella época, su buen editor Vanier.

Recuerdo que una mañana de invierno, al pasar frente al *cabaret* del Sol de Oro, oí que alguien me

llamaba. Era Verlaine, que tenía un papel en la mano y que me decía en alta voz:

— He aquí mi último soneto... es necesario llevárselo á Vanier para que me dé cinco francos... pero yo no puedo ir... no... no puedo ir... tengo aquí una taza de café, y antes de marcharme es necesario que la pague... Vanier es un lagarto que no quiere darme un céntimo mientras no le lleve algo escrito...

Y luego me contó, detalladamente, la historia editorial de sus libros:

— Mis únicos versos que han sido escritos con cuidado, con tranquilidad y con tiempo — me dijo — son las estrofas de *Sagesse*; Desde la primera hasta la última, fueron compuestas en la cárcel.

J'ai naguère habité le meilleur des châteaux
Dans le plus fin pays d'eau vive et de coteaux;
Quatre tours s'élevaient sur le front d'autant d'elles
Et j'ai longtemps, longtemps habité l'une d'elles.

... Sí, *Sagesse* fué escrita en prisión, en mi castillo feudal de Bélgica, y por eso está bien meditada y bien compuesta... Mis otras obras han sido hechas á saltos... un fragmento en el café, otro en casa, otro en el hospital... en el hospital los más, sobre todo en estos últimos tiempos. Pero en el hospital no se trabaja tan bien como en la cárcel; en el hospital hay

enfermos que se quejan, enfermeros que hablan, médicos que llegan, é internos que bromean; en la cárcel ninguno de esos inconvenientes:

Un lit strict où l'on peut dormir juste à son aise,
Du jour suffisament et de l'espace assez
. . . .
D'ailleurs nuls soins gênants, nulle démarche à faire.
Deux fois le jour, ou trois, un serviteur sévère
Apportait mes repas et repartait muet.

¡Oh la cárcel!... y, sin embargo, no querría volver á ella. La libertad es una locura sagrada. Yendo de hotel en hotel y de hospital en hospital, me siento menos desgraciado que en aquella torre donde viví dos años enteros con mis rimas y con mis ensueños... Pero me parece que hablábamos de mis libros... Sí, eso es; ninguno de ellos ha sido hecho como yo lo deseaba; ninguno de ellos ha salido de la casa de campo en la cual me hubiera sido dulce trabajar, vivir y morir; ninguno de ellos ha sido publicado en el instante en que yo quiería, sino en el instante en que al editor le dió la gana... Vanier me da todas las mañanas un duro en cambio de algunas líneas; y cuando tiene bastante para componer un folleto, mi nueva obra nace sin que yo lo sepa siquiera... ¿no es verdad que todo eso es algo triste?... Y, sin embargo, yo no me quejo, yo soy humilde, yo creo que la poesía no debe venderse, yo hago lo que puedo

y lo doy á quien me lo pide... además un duro es algo más de lo que para vivir extrictamente se ha menester. »

Los raros lectores españoles que hayan tenido ocasión de hojear las *Confesiones de Juventud* publicadas hace poco tiempo por el *Fin de Siècle*, reconocerán en las líneas anteriores el carácter sencillo é ingenuo del autor de *Fiestas Galantes*.



Tan grande era, en efecto, la sencillez de Verlaine, que á veces rayaba en simplicidad. Cuando alguien trataba de hacerle renunciar á sus costumbres de bohemia instintiva y sentimental, sólo conseguía ponerle de mal humor.

Hace dos años un empresario inglés se propuso inaugurar en un teatro de Londres una serie de conferencias modernistas. El primer poeta invitado á hablar en nombre de la nueva generación intelectual, fué Verlaine. El empresario le dió mil duros y un billete de ida y vuelta, por dos ó tres horas de charla casi familiar. La conferencia estaba anunciada para las nueve en punto. Un cuarto de hora antes, el pobre gran poeta presentábase en el gabinete del director y se ponía á sus órdenes. El inglés, que se

figuró sin duda que Verlaine llegaba del tren, le indicó, con gran respeto, que apenas le quedaban quince minutos para cambiar de traje.

— ¡ Cambiar de traje ! — exclamó el autor de la *Buena Canción*. — ¿Y por quién me ha tomado usted? Yo me presentaré así, con mi americana, ó no me presentaré de ningún modo.

Y por más que hizo el empresario, no logró reemplazar el paletó usado en los cafés de París por un frac de Londres.

Cuando Verlaine nos contó esta anécdota, terminó diciendo :

— Si quieren enseñar levitas nuevas, que busquen al príncipe de Sagán, y si quieren enseñar poetas, que no se fijen en las levitas... Después de todo, el hombre feliz es el que no tiene camisa... y el poeta verdadero, siempre es feliz...

***

¿No os parece una paradoja, en labios de Verlaine, esta última frase? Á mí, por lo menos, me produjo la impresión de una mueca irónica cuando se la oí por primera vez. Y, no obstante, quizás sea una de las pocas « verdades verdaderas » de que dispone la filosofía sensitiva de nuestro siglo.

...« El poeta verdadero siempre es feliz ». — Sí; es feliz porque viviendo en el mundo luminoso de sus visiones desconoce la vulgaridad del mundo exterior; — es feliz porque se crea un universo nuevo de ensueños y de imágenes; — es feliz porque puede decirse á sí mismo las célebres palabras de Saint Paul-Roux el Magnífico; « soy un Dios, soy un poeta. Concibo un mundo que es el elixir de la vida inicial y que se confunde con las horas corporales; pero como este mundo es propiedad de todos en la abstracción de la existencia, me formo otro que es mejor, que nace de mi espíritu, y que es hijo del Deseo y de la Belleza... Y mi florecimiento se mide con mi genio para adorar ó enmendar el florecimiento de la obra de la naturaleza ».

Así, pues, en vez de llorar aûn las miserias vulgares y las tristezas pasajeras del gran poeta que acaba de morir, cantemos la gloria de su genio. Fué un poeta y fué feliz á pesar de su desgracia!

UNA VISITA A EMILIO ZOLA

UNA VISITA A EMILIO ZOLA [1]

LA LITERATURA ESPAÑOLA. — EL NATURALISMO. — GUI DE MAUPASSANT. — DIGRESIÓN ENTUSIASTA. — EL PARVENIR DEL NATURALISMO. — LA FIGURA DE ZOLA.

Esa tarde el maestro estaba de buen humor. Al hablar sonreía. Y los surcos profundos de sus arrugas, contraíanse á cada instante dando á su rostro un aspecto de máscara japonesa.

— ¿Usted es español? — me preguntó. Y sin esperar mi respuesta, siguió diciendo:

¡España, sí, un hermoso país latino!... Yo conozco á la señora Pardo Bazán, que ha escrito un

1. Este artículo ha sido juzgado de diferentes maneras por la prensa: en Francia fué traducido y publicado en el *Gil Blas* con una advertencia en que Mr. Jean de Gourc lo calificaba de « perla literaria »; el *New York Herald* lo publicó también, traducido al inglés. Pero al mismo tiempo algunos diarios de España y América hablaron de él en términos poco halagüeños para mi vanidad de escritor, y sobre todo, para mi honradez literaria, asegurando que las frases de Zola relativas á la literatura española eran apócrifas... Nadie es profeta en su tierra... diría Ruben Darío!

bello libro sobre Goncourt, sobre Daudet, sobre Flaubert, sobre todos mis amigos... Y á Galdós... sí, Galdós, que es un novelista de Madrid... También tengo un amigo en Barcelona que posée un gran talento: Oller. Yo le puse un prologuillo á su *Mariposa*. Usted ha leído ese libro, ¿no es cierto?... ¡Es un hermoso libro!... Pero, en realidad, sé poco de letras castellanas... ¡Es tan difícil saberlo todo!

Creo, sin embargo, que en Madrid me conocen bastante y me quieren bien. Savine me ha enseñado muchos libros españoles en los cuales se habla de mí. Por algunos de ellos he visto que sus compatriotas de usted son lo mismo que mis compatriotas. Al principio me atacaron con verdadera furia en nombre de la moral y de los buenos principios, mas por fin han llegado á comprender que yo no soy sino un obrero del arte, un simple obrero infatigable y me han hecho justicia. Clarín es uno de los críticos que mejor me han estudiado en Europa [1]. Los traductores españoles también han sido muy amables conmigo, muy amables. Me acuerdo de haber visto, hace veinte años, cuando aun mis libros eran tan poco conocidos en Francia, una traducción castellana de cierta novela mía. En el fondo, yo no tengo

1. He aquí la frase literal de Zola : *Savine m'a aussi parlé de votre Clarin .. mais il paraît que c'est un des critiques qui nous ont le mieux étudié en Europe!*

ninguna queja contra ustedes... ni contra los italianos... Todos los países latinos han sabido considerarme como un trabajador sincero. Y eso me basta...

*
* *

— No sólo como trabajador, maestro, sino también como Pontifice...

Zola me interrumpió bruscamente.

— ¡ Pontífice ? ¿ y de qué?

— De la capilla naturalista...

— No, no. Esas son invenciones de los periódicos y nada más. Los naturalistas de hoy no tienen jefe alguno. En otro tiempo yo fuí, sin duda, el portaestandarte de la escuela, porque supe decir en voz alta lo que mis amigos murmuraban, pero después de ganar la gran batalla, he recobrado mi puesto de sargento. Cuando salieron á luz mis obras críticas, todos se figuraron que las teorías expuestas en ellas eran reglas originales que yo trataba de imponer á mis compañeros; mas, en realidad, no eran sino un resumen de las conversaciones que yo tuve al principio con varios de mis amigos. Flaubert y Goncourt son mis maestros; Daudet es mi hermano. Nosotros cuatro formábamos, en 1860, un grupo al cual vinieron después á unirse varios jóvenes, como

Alexis, como Ceard, como Hennique, como el pobre Maupassant.

*
* *

La ocasión me pareció propicia para pedir al maestro algunos datos sobre el ilustre novelista que acababa justamente de morir. Zola no se hizo de rogar :

« Maupassant — me dijo — era un hombre encantador. Cuando yo le conocí no tenía sino unos veinte años de edad y ya Flaubert le admiraba paternalmente. Después comenzó á venir á verme con frecuencia, en compañía de Alexis y de Huismans, pero como casi nunca decía una palabra, yo llegué á creer, viéndole siempre silencioso, que su talento era una simple invención de mis amigos. Así, al leer su novela intitulada *Boule de Suif*, no pude menos de preguntarme : « ¿Se la habrá escrito Flaubert?... » Sus demás obras me probaron que no. En pocos años, efectivamente, produjo mucho; mucho bueno; mucho admirable. Yo le tengo por uno de los más robustos escritores franceses de este siglo. Su estilo sencillo, claro y preciso, me encanta. En todas sus grandes novelas hay páginas verdaderamente asombrosas ; pero yo gusto más de sus cuentos breves, algunos de los cuales son puras

obras maestras... ¡ Pobre Maupassant! ¡ Tan bueno...! ¡tan sobrio!

— Sin embargo, los periodistas de París han dicho últimamente que su locura provino de ciertos excesos.

— ¡ Ah, no! ¡ no es verdad! Él heredó fatalmente la locura como otros heredan la tisis. Entre sus ascendientes ha habido varias personas que murieron en el manicomio. Yo había previsto la desgracia, desde que, hace algunos años, su cerebro comenzó á desequilibrarse visiblemente.

***

Un criado entró en la habitación trayendo una carta. Zola la leyo rápidamente, y luego me dijo :

— Perdone usted que le abandone un momento, pero tengo que contestar dos palabras á un amigo.

Mientras el maestro escribia, yo pensaba :

« Así, pues, según la opinión general, éste es el poeta, el bravo poeta, el poeta épico de nuestro siglo. Sus novelas son epopeyas de la vida moderna; su nombre suena en muchos millones de oidos como un canto de guerra y de victoria. Cuando él habla, todo el universo se descubre y oye. Nadie le discute ya, porque todos le admiran y porque aun los que

odian su sistema, se inclinan ante su genio. Dentro de mil años nuestro mundo dirá tal vez : « El siglo de Zola », como nosotros decimos hoy : « El siglo de Augusto ». La generación de nuestros padres leyó sus obras con espanto; nosotros las leemos con entusiasmo; nuestros hijos las leerán con respeto. — Los historiadores del porvenir han de considerar sus *Rougon Macquart* como la más pura fuente de datos exactos sobre las costumbres de esta época. Algunas personas serias me han dicho, sin embargo, que los trabajadores de *Germinal* no son enteramente parecidos á los verdaderos trabajadores, y que los campesinos de *La Terre* tienen pocos puntos de contacto con los campesinos de carne y hueso.

Yo no lo sé, mas tampoco lo creo La impresión que las páginas de Zola han producido en el alma contemporánea es tan profunda, que ni la realidad misma podría borrarla. Los modelos no son sino meros pretextos. El artista se sirve de ellos, pero no los copia. Si los copiase dejaría de ser artista para convertirse en máquina fotográfica. Decir en tono de censura que el abate Mauret no es igual á los curas de las parroquias, es como quejarse de que la *Diana* de Falguière se parezca poco á Sarah Broun. Ariel ha dicho que los paisajes son un estado de alma; Claude Monet probó con sus « Meules » que el mundo exterior varía á cada instante, y Zola ha

respondido de antemano á todos sus detractores, escribiendo esta frase que es una de las pocas verdades verdaderas de que dispone la filosofía literaria: « Una obra es la naturaleza vista á través de un temperamento... » Sí; y por eso las novelas de Zola son grandes, épicas, nerviosas. Entre las páginas de sus libros, las multitudes se mueven convulsivamente y al pasar rompen los empedrados; las locomotoras se convierten en símbolos y arrastran el gran carro del progreso; las muchachas pobres se desnudan y cuentan con su carne la leyenda dolorosa de los cuerpos jóvenes; los artistas se desesperan, y, antes de concluir sus cuadros, se ahorcan... Leyendo los *Rougon Macquart* se ve perfectamente el desequilibrio de nuestro siglo... Como artista Zola es odioso: pero, ¡es tan grande como creador!... »

***

El maestro acabó al fin de escribir y volvió á sentarse á mi lado, diciendo:

— Un joven escritor me pedía algunos datos sobre el naturalismo para una conferencia que debe pronunciar esta misma noche, de modo que era necesario responder en el acto.

— ¡El naturalismo! Pero, ¿y no ha muerto aún?

M. de Goncourt dice que sí, lo mismo que mis amigos del barrio latino...

—Goncourt lo dice en un sentido muy relativo. Yo creo, en realidad, que el movimiento que nació con Balzac muere con nosotros después de haber vivido honradamente más de medio siglo, pero eso no quiere decir que el mundo haya renunciado por completo á buscar la Verdad. Un hombre de genio puede hacer que durante quince ó veinte años triunfe una tendencia de arte nueva, porque en el país de las letras nada es eterno; mas cuando el entusiasmo de las primeras victorias se entibie, nuestra influencia volverá á hacerse sentir. Nosotros hemos trabajado con verdadera pasión y nuestra obra es considerable. La obra de los que quieren reemplazarnos, en cambio, casi es ridícula. Sin duda ninguna Mallarmé y Verlaine son dos grandes poetas, dos poetas geniales y nobles, que pertenecen al mismo grupo y que, si no pueden conquistar todo el país del arte, al menos lograrán tomar valientemente la torre de marfil de la poesía...

Pero eso no es suficiente... Hacen falta, además, prosadores, novelistas, críticos, dramaturgos. Querer prescindir de la novela es una locura que sólo puede ocurrírseles á los niños de simbolismo... La novela es la forma más amplia, más fuerte y más cómoda de la retórica moderna. Ella ha sustituído al poema

épico, y ninguna otra composición podrá destronarla por ahora. El que quiere ser popular, tiene que recurrir á ella; el que quiere ganar dinero, tiene que recurrir á ella; el que quiere hacer una propaganda sólida, tiene que recurrir á ella; el que quiere dejar una herencia durable, tiene que recurrir á ella... La poesía es muy grande y muy exquisita, pero generalmente el público lee pocos versos.

Así, pues, lo que la juventud debe tratar hoy de producir, es un gran novelista. Según mi opinión, el porvenir pertenece al que sepa compendiar el alma moderna en trescientas páginas.

Para ser el Balzac del siglo xx, será necesario poseer un pincel muy grande, muy complejo y muy fiel... Yo creo, por fin, en el próximo advenimiento de una era que ha de llamarse « el clasicismo del naturalismo »... Si acaso tengo tiempo, yo mismo trataré de iniciar esa era... ¡Pero qué demonio! uno no puede hacerlo todo. La vida es corta, muy corta, y cada libro representa muchas horas de trabajo, muchos meses de preparación... ¡Disponer de cincuenta años más de actividad, es imposible!... Sin embargo, aún estoy seguro de ver pasar bajo mis balcones á los miembros de varias escuelas literarias que vendrán de sus provincias con objeto de regenerar las letras francesas y que tendrán que contentarse con ser escribientes de la Prefectura ó noticie-

ros del *Fígaro*... Si entre ellos hay alguno verdaderamente vigoroso que pueda agarrarme por el cuello y estrangularme gallardamente, moriré, como los gladiadores romanos, diciéndole: « *Cæsar, morituri te salutant.* » Pero es difícil. Yo estoy aún bastante fuerte y los jóvenes casi nunca tienen las muñecas que para desjarretar leones verdaderos son necesarias. Ya verá usted, amigo mío cómo el naturalismo no desaparece por completo antes de que muramos nosotros tres: Goncourt, Daudet y yo... ¡Ah, y, lo que soy yo, aún no tengo grandes deseos de morir!...



El maestro hablaba rápidamente. Al fijarme en sus ademanes bruscos, en su actitud elegante y en su mirada severa, la multitud de imágenes suyas que había visto en mi niñez aparecía de nuevo ante los ojos de mi memoria. Y yo me sublevaba entonces contra la poca habilidad de los pintores que, queriendo hacer su retrato, habían hecho su caricatura. En realidad, Emilio Zola no tiene nada del Buey simbólico. Fuerte, delgado y nervioso, mejor que un buey parece un toro. Balzac fué un toro también, un toro viejo. Emilio Zola es el Toro joven.

UNA VISITA A JULES BOIS

UNA VISITA A JULES BOIS

ENSUEÑOS SACRÍLEGOS. — EL SATANISMO Y LA MAGIA. — LA FIGURA DE JULES BOIS. — LA MUJER. — EL CULTO DE LUCIFER. — EL APÓSTOL. — LA SUPREMA DESILUSIÓN.

Es el más joven entre los apóstoles parisienses. También es el más delicado y el más agradable.

Los que llaman á Musset « la señorita Byron » y á Barrés « la señorita Renán », le bautizarán algún día con el nombre de « señorita Huysmans ».

Por ahora todo el mundo le llama « el cristo de las cervecerías ».

* * *

¿ Cristo ?... Tal vez... Pero en todo caso un cristo de decadencia, un cristo á la Baudelaire, un cristo algo diabólico y demasiado orgulloso ; un cristo que después de haber cantado la gloria del Muy Alto, se

dirige al Muy Bajo, y exclama: « Tú, duda y rebelión; tú, sofisma é impotencia; tú, desesperanza, vives en nosotros y alrededor de nosotros de modo tan real como durante los siglos oscuros de la Edad Media, siglos en los cuales reinaste, lleno de torturas, como un mártir obsceno, llevando en la siniestra un lhingan ensangrentado. ¡Oh, Satanás! Yo he roto tu máscara de golosa voluptuosidad, y he visto tu faz cubierta de lágrimas, bella como un rencor eterno y vencido. ¡Oh, Satán, santo é impío, símbolo del universo degenerado, tú que sabes y que sufres, conviértete, obedeciendo al verbo de las divinas promesas, en el genio propiciatorio de las expiaciones! »

Leyendo los primeros capítulos del *Satanismo y la Magia*, he pensado en un nuevo Mesías, en un Paracleto ardiente y dulce que viniese á completar la obra de Nuestro Señor Jesucristo; y que, no contento con redimir á la humanidad de un pecado fantástico como el pecado original, emplease su Poder divino y su divina Meditación en perdonarnos todo lo que hubiésemos hecho hasta entonces, en devolver la alegría á los condenados, en redimir á los que murieron sin conocer á Dios; que viniese en fin, para preparar una nueva era de fe triunfante... Y luego, leyendo otros libros modernos, casi he creído verle — á ese Paracleto todopoderoso y todo comprensivo —

perdonando definitivamente á los que pecaron por ignorancia como si no hubiesen pecado, y á los que pecaron por falta de energía como si se hubiesen arrepentido. Y en esos momentos de soñaciones bondadosas é inconscientemente sacrílegas, la Obra del neo-misticismo contemporáneo, que lo perdona todo porque lo comprende todo, me ha aparecido como la más santa de las teorías, como la única doctrina que ve en Dios á un ser sobrenatural que indica el camino del Bien, que aconseja la Santidad y que prohibe el Pecado, pero que, aun encontrándonos extraviados ó perdidos, nos perdona al vernos tan débiles en nuestra Carne, tan solos en nuestro Mundo, tan tristes en nuestras Almas!

***

« J'ai rêvé cet orgueil si grand et si profond
De pleurer les péchés du monde,
Avec des yeux aussi simples que l'onde,
Avec un cœur, avec un front
Veufs de faconde,
De les pleurer jusqu'à rédemption. »

En Jules Bois la idea de ser ó parecer un cristo moderno y mundano de la religión del Sufrimiento Universal, ha llegado á convertirse en una segunda

naturaleza y ha influído, no sólo en sus ideas amplias y melancólicas, en su estilo pomposo y exquisito, en su vida casta y oscura, sino también en su aspecto físico y hasta en su modo de vestir. La palidez morena del rostro, los grandes ojos tristes que apenas se entreabren y que parecen acariciar con la mirada, los labios siempre sonrientes, la barba negra, la manera de levantar el índice con el gesto hierático de las imágenes góticas, la gran hopalanda de púrpura oscura, la melodía apagada y austera de la voz, todo, en su persona, contribuye á acentuar y á completar la idea que de él nos formamos al leer sus obras.

Para verle de nuevo tal como me apareció hace tiempo en su casita de Montmartre, no tengo más que cerrar los ojos. La ilusión es completa. — Allí está, recostado en una inmensa butaca antigua, hablándome lentamente, como si tratase de convertirme á su religión... ¿De qué me habla?... De la magia, de Dios, de la mujer de la poesía, del teatro de la mujer — y de la magia sobre todo. — La mujer, me dice, es el más puro elemento de belleza y de fe que el mundo tiene. Los que la atacan en nombre de la castidad, es porque son espíritus groseros que sólo se fijan en el hombre. ¿Que la mujer es un peligro para la santidad del hombre? Sin duda; pero, ¿acáso el hombre no es también un peligro para la santidad de la mu-

jer? Además la mujer es un apoyo sentimental; con ella se puede hablar de mil cosas sobrenaturales que hacen sonreir al hombre; ella es la que mejor sabe llorar y la que más melancólicamente puede sonreír; ella es la suprema conservadora del dolor intenso que lo hermoséa todo y que todo lo purifica; ella, en fin, es quien nos dá los grandes ejemplos de sacrificio humano.

El que así habla y piensa ha sido, no obstante, acusado de inmoralidad por la crítica oficial de Francia. « La frase de *El Dolor de Amar* — dice Ledrain — es harmoniosa, rítmica, encantadora. Mas ¿á qué tanto arte para expresar las brutalidades místicas, las fiebres carnales, los besos de las alcobas en las cuales siempre hay un cristo y también una mujer enfermiza y viciosa? »

Jules Bois no se defiende contra tales ataques, porque está seguro de que los que no han visto en sus libros sino el lado escabroso, son los que están predestinados á no percibir más que lo secundario.

— En mi obra en general — dice — hay capítulos enteros consagrados al amor criminal, lo que no impide que el fondo de cada una de mis páginas sea casto y noble. Los literatos tienen, tal vez, derecho á no ser del todo puros; yo no; yo soy algo más que un literato; yo soy un moralista, un profesor de sentimiento, un... un...

— Un ¿Apóstol?

— Quizás...

***

Y después de un instante de reflexión :

— ... Sí; un apóstol; un apóstol del Espiritualismo, del Sentimiento, de la Fe, de la Piedad sensitiva. Yo he interrogado uno por uno á todos los que en Francia creen en algo raro, y de sus respuestas he hecho un libro de historia contemporánea (*Las Religiones de París*) que puede servir á los sedientos de novedad como un guía seguro para no caer entre las garras de los Paladistas... los Paladistas, ya usted lo sabe, son los adoradores de Lucifer, los fervientes de un catolicismo á la inversa, los maniqueos de nuestra época, los que adoran al diablo sin creer en Dios... Huysmans les considera como á poseídos que disponen de fuerzas infernales á las que deben necesariamente obedecer aunque no lo quieran. Los satanistas conocen á Dios y saben que Lucifer es el espíritu del mal; pero á pesar de todo adoran á Lucifer ¿Por qué? Á veces por necesidad, por obtener algo de él, como Fausto; otras veces por rencor contra e Muy Alto que no ha querido darles la dicha terrestre, otras veces, las más, por instinto enfer-

mizo, por deseo de sentir escalofríos nuevos, por amor perverso de lo Raro, por histerismo, en fin. En Europa las capillas satánicas están, sobre todo, pobladas de mujeres.

— ¿Pero, y cree usted verdaderamente, que las capillas son varias y que existen fuera de París?

— Estoy seguro de ello. En Roma, en Londres, en Berlín, en América misma, hay más de un santuario diabólico. Lo que el autor de *La Bas* cuenta en el prólogo de mi obra sobre *El Satanismo y la Magia*, es escrupulosamente exacto. Vintrás existió; el canónigo de Ocre también existió. Ni Huysmans ni Thierry, ni yo, hemos inventado nunca cosa alguna que se refiera á los modernos cultos diabólicos y á la magia contemporánea. La Misa Negra se celebra todas las semanas en el mundo entero, lo mismo que el « sabat. » ¿Sabe usted lo que es el sabat? Pues sencillamente una comida en la cual los postres están cubiertos de polvos de cántarida y á la cual concurren los sacerdotes sacrílegos y las mujeres desequilibradas; al fin de la comida... ya usted supone. En el fondo el saturnismo es menos terrible y menos complicado de lo que la gente se figura, y si no fuese porque algunos fanáticos del culto roban hostias consagradas en las iglesias, y porque de vez en cuando un creyente loco asesina á un niño para llenar de sangre fresca los cálices malditos, todo se

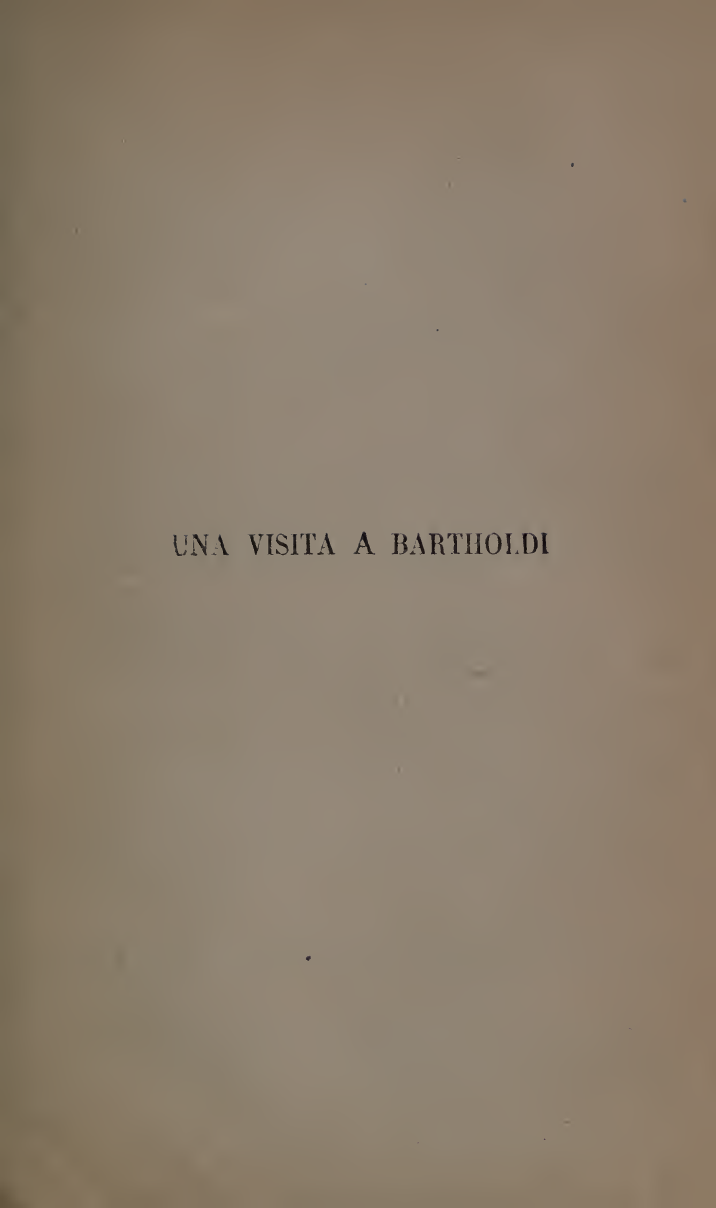
reduciría á escenas de bacanal y á ceremonias de fracmasonería. Yo no soy sino el historiador de esas sectas; mi verdadera religión podría llamarse la religión del sufrimiento y de la piedad — sufrimiento del alma y piedad sentimental.

* * *

En Jules Bois, como en casi todos los artistas actuales de Francia, lo sentimental y lo psicológico no va nunca sin una gran parte de rareza. Entre sus novelas cortas hay una que podría llamarse la *Suprema Desilusión*, y en la cual el historiador austero del Satanismo nos ha indicado de modo gráfico lo que para los devotos de su religión es la Gran Piedad.

Un hombre, un parisiense, un piadoso moderno, se había propuesto no hacer conocer los goces del amor sino á una mujer muy fea, á una « sin esperanza », á la que más repugnante pareciese á los demás mortales. Así su sacrificio sería fecundo y haría florecer, en el fondo marchito de una alma condenada á la castidad, las flores maravillosas del Placer. Buscando á la fea pasó cinco años. Todas las feas le parecían hermosas comparadas con la que él deseaba.

Al fin, una noche, al salir de un baile, creyó hallar su ideal definitivo en una mujer cuyo rostro habría parecido espantoso al mismo Goya. Un mes después estaba casado con ella; estaba contento, estaba satisfecho; pero su placer duró poco, pues la « noche de novios », cuando los grandes velos blancos desaparecieron, el buen piadoso vió, espantado y desesperado, que el horrible rostro de su mujer reposaba en un cuerpo de diosa, en un cuerpo de líneas perfectas, en un cuerpo hecho para las caricias y para los besos...



UNA VISITA A BARTHOLDI

UNA

VISITA A AUGUSTO BARTHOLDI

EL TALLER DE BARTHOLDI. — SU ESTATUA DE COLÓN. — SU PALACIO DE MARSELLA. — EL LEÓN DE BELFORT. — LA ESTATUA GIGANTESCA DE LA LIBERTAD. — SUS CUADROS.

Bartholdi estaba predestinado á hacer *La Libertad iluminando al mundo.* Su primera obra fué una estatua de diez metros de altura, un *General Rap* que no pudo entrar en el « salón oficial » por ser más grande que las puertas del Palacio de la Industria. Luego su bronce y su mármol han ido creciendo, hasta dejar muy atrás las grandes figuras de la *Bavaria* y del *San Carlos* [1].

1. He aquí algunos párrafos de una larga carta que Bartholdi tuvo la bondad de escribirme después de haber leído mi artículo:

« Monsieur.

» Je n'ai jamais cherché à faire des œuvres volumineuses, mes œuvres colossales n'ont été faites qu'après vingt ans de carrière et j'en avais déjà exécuté un grand nombre d'autres qui avaient été

Este deseo de *hacer grande* ha dado origen á la leyenda parisiense que representa á Bartholdi como á un cíclope del arte contemporáneo, como á un monstruo de orgullo, como á un imaginativo febril cuyo ensueño dorado consiste en dar vida á una obra más grande que la torre de Babel.

Leyenda falsa...

Bartholdi es el más modesto de los obreros y el más sencillo de los hombres.

Alto, pálido, con la barba gris y el traje humilde, más bien parece un bibliotecario de provincia que un gran artista de París.

remarquées, puisqu'elles m'avaient déjà valu la croix de la Légion d'honneur à l'âge de trente ans.

» Quand on jugera un jour l'ensemble de mes œuvres avec attention, on s'apercevra que ces œuvres colossales n'ont été que la conséquence des idées qu'elles inspirent et de l'emplacement qu'elles occupent.

» J'ai toujours aimé la pensée dans l'art et le caractère décoratif; j'ai, pour cela, toujours uni plus ou moins, dans mes œuvres, l'étude de l'art architectural à celle de la sculpture, parce que j'y vois un moyen de rendre l'art expressif.

» Soyez convaincu que tout homme sensible à une impression noble, quand il sera en présence de la statue de la Liberté ou du Lion de Belfort, éprouvera une émotion et ne pensera pas aux difficultés de l'exécution; cette pensée ne viendra qu'après; ce ne sera pas le moyen, mais l'idée qui l'impressionnera d'abord; ce ne sera pas le tour de force, mais la poésie de la conception qui restera dans son souvenir.

» J'ai déjà eu souvent le plaisir de le constater et je suis heureux de me rappeler, notamment, que Victor Hugo a consacré des vers émus à la statue de la Liberté, que François Coppée et d'autres ont chanté le Lion de Belfort, qu'ils ont honoré, de toute leur âme de poètes, le sentiment esthétique de ces œuvres. Recevez l'assurance de mes sentiments très distingués. — BARTHOLDI. »

Yo fui á verle, hace pocos días, sin ninguna recomendación y sin pretexto alguno; fuí á verle para conocer su taller.

*
* *

Lo primero que se ve, al entrar en el taller, es una estatua de Colón. El descubridor está representado en el instante más artístico de su vida, después del estudio, antes del triunfo, cuando su mano abandona el compás y sus pupilas se dilatan contemplando el miraje de un mundo nuevo. Los escultores italianos que han poblado de almirantes de bronce los jardines de América, tratan siempre de hacer compendios *pintorescos*, y dan al gran navegante genovés un aspecto de conquistador y de sabio, poniéndole en la diestra un estandarte y en la siniestra una esfera ó un mapa. Bartholdi ha renunciado al gesto clásico para dar á Colón su verdadera actitud de creyente, de visionario, de profeta...

— Esa figura — me dice el artista — es el original de una de mis obras menos populares y más queridas. Yo la destinaba á una calle de París ó á una plaza de Italia; pero en la Exposición de Chicago, un millonario se enamoró de ella y me la compró

para hacerla fundir en plata maciza. ¡Los millonarios americanos son irresistibles!...

Como esta última frase me hiciera sonreír, Bartholdi me dijo de una manera casi brusca:

— Yo no soy interesado. no; ante todo soy artista; mis ideales valen mas que todo el oro del mundo.

Y para probarme que decía verdad, me refirió detalladamente la historia del palacio de Longchamps en Marsella.

Hace unos cuarenta años los marselleses quisieron construír tres grandes edificios en la colina de Longchamps: uno para el Museo de pintura, otro para el Museo de Historia natural y el tercero para servir como *château d'eau*. La municipalidad abrió un concurso de arquitectura, ofreciendo quince ó veinte mil francos al artista autor del proyecto más interesante. Bartholdi, que entonces no tenía sino veinte años, envió un plano acompañado de dos modelos completos en yeso. Cuando el jurado abrió los pliegos que contenían los nombres de los *concurrentes*, Bartholdi fué eliminado « por carecer de edad legal ». Algunos meses más tarde, Esperandieu recibía el encargo definitivo de construír los monumentos por cuenta del municipio. Los trabajos de construcción duraron doce años, al cabo de los cuales la gran ciudad del Mediodía, orgullosa de sus tres nuevos pala-

cios, se propuso hacer una magnífica fiesta inaugural. Barthodi quiso admirar la obra de su *concurrente* afortunado, y tomó, una noche, el camino de Marsella.

¡Cuál no sería su asombro al ver que la obra tan aplaudida estaba hecha conforme à sus propios planos y modelos!

— Naturalmente — dice el gran escultor, — yo me quejé á los tribunales y conseguí que la municipalidad me pagase á mí la obra; pero eso es lo menos importante, y más me habría gustado que le dieran al otro el dinero y que me dejasen á mí la gloria que justamente me pertenece.

Si la Gloria ha sido ingrata para con el arquitecto, no así para con el escultor.

¿Quién no ha oído hablar del león de Belfort? ¿Quién no ha visto una fotografía del grupo de *Suiza* socorriendo á Estrasburgo? ¿Quién, en fin, no conoce de ama esa gigantesca estatua de *La Libertad iluminando al mundo* que está hoy considerada como una de las siete maravillas del universo moderno y como la única rival artística de la torre Eiffel? Sin duda, estas creaciones no valen, realmente, tanto como un medallón olvidado de David ó un busto desconocido de Rodin; pero siempre son obras magistrales por la intensidad del esfuerzo que representan. Bartholdi mismo, considera más bien sus estatuas

monumentales de Nueva York y de Belfort como *tours de force* que como realizaciones estéticas.

—El único que ha sabido hablar de mi *Libertad iluminando al mundo* — dice — es Charles Blanc. Hacer una figura de cuarenta y seis metros de alto, es como jugar toda una fortuna á la lotería; el artista ve perfectamente su modelo de tres ó cuatro metros; pero luego, cuando principia el trabajo de la ejecución definitiva, cada fragmento adquiere una vida nueva y un movimiento especial que casi es imperceptible en el análisis de los detalles, pero que, al fin, desharmoniza el conjunto. « ¡Si usted supiera lo que tuve que trabajar para que los obreros no rompieran el equilibrio de mis líneas iniciales!... Durante varios años fuí, al mismo tiempo, director de fábrica de bronce, contramaestre de carpintería, inspector de fundiciones y profesor de dibujo... todo para estar seguro de que cada brazo, cada dedo, cada uña de mi estatua, correspondería exactamente á los demás miembros en el nivel general del cuerpo. ¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto esfuerzo! ¡Cuánto disgusto!... Y sin embargo, esos años son los más bellos de mi existencia...

***

Después de contemplar, en silencio, durante algunos instantes, los modelos de la estatua de *La Libertad*, que adornan su taller, volvióse de nuevo hacia mí, y continuó:

— El *León de Belfort* también me hizo pasar muy malos ratos; la melena sóla me costó más de seis meses de estudios ímprobos. — Como entonces yo era más fuerte que ahora, levantábame siempre con el sol para trabajar febrilmente mientras duraba la luz del día. Por las noches mis únicos *lugares de placer* eran las casas de fieras y los circos en los cuales había leones y tigres. Al volver á casa, entreteníame en dibujar todas las siluetas de leones que había visto — Tanto trabajé, en fin, que al cabo de unos cuantos meses mi animal estaba casi hecho... ¡sólo me faltaba la melena!... ¡La melena, Dios mío, la melena! Cien veces la hice y cien veces la deshice... Cada pliegue y cada pelo, eran, para mí, una obsesión dolorosa; pero jamás me arrepentiré de haberme hecho sufrir á mi mismo tanto, porque gracias á ese tormento tengo hoy el gusto de saber que mi obra es casi perfecta... ¿Quiere usted ver una colección de bocetos de esa época, que aún conservo aquí? Mi taller de « arriba » está lleno de melenas.

Y, en efecto, la gran sala del segundo piso, más bien parece un museo de historia natural que un ta-

ller de artista. ¿Cuántos leones de yeso hay allí? ¿Cincuenta? ¿Cien? Lo cierto es que yo creo haber sentido, en un cuarto de hora, la misma obsesión que sintió Bartholdi mientras ejecutaba su monumento de Belfort.

***

Lo que más me ha llamado siempre la atención, al recorrer el catálogo ilustrado de las obras de Bartholdi, es la ausencia de sentimiento femenino, pues si bien es cierto que en sus grupos simbólicos hay más de una mujer, no lo es menos que todos esos seres con faldas son puras abstracciones que sólo sirven para indicar el sexo ideal á que pertenecen los sentimientos en ellas representados.

Uno de mis más indiscretos amigos me explicaba, poco há, esta falta de sensibilidad artística, diciéndome que el estatuario de *Suiza socorriendo á Estrasburgo*, estaba casado con una mujer que tenía celos hasta de las estatuas — ¡como la *Suzette* de Rubén Darío; como la novia en el *Modelo* de Fouquier!

Bartholdi, por el contrario, asegura que su obra, en general, está llena de vibraciones de carne, y que la única razón que los críticos podrían tener para

acusarle de pobreza de sensibilidad, es la actitud majestuosa que tiene siempre, ante su mirada de artista. el cuerpo de la mujer ideal.

—Los tipos femeninos que más influencia han ejercido en la formación de mi concepto de la belleza —dice— son los de las primeras Venus griegas y los de las damas de la Edad Media. La Edad Media es mi época predilecta desde mucho antes de que los prerrafaelistas ingleses y los simbolistas franceses pusieran á la moda los divinos lienzos del *Gioto* y de *Fra Angelico*. Entre mis curiosidades artísticas tengo una *Biblia* del siglo XIV, cuyas deliciosas miniaturas en colores han servido á veces de modelo para mis cuadros.

*
* *

« ¡ Mis cuadros ! » — La frase me pareció rara; pues si bien yo no ignoraba que Bartholdi, escultor popular, había hecho algunos grandes ensayos de arquitectura, nunca me figuré que también hubiese manejado la paleta. « ¡ Mis cuadros ! » ¿ Querría acaso referirse á los cuadros ejecutados por otros artistas para su galería?...

El buen estatuario me sacó de la incertidumbre, diciéndome :

— Durante mi viaje á Egipto — viaje que hice en compañía de Gerôme — comprendí que el arte no era únicamente « la forma », sino también « el color » y desde luego me propuse dar cuerpo, por medio de los pinceles, á mis sensaciones de ruta. Todos los cuadros que usted ve aquí, son míos; todos valen poco, pero cada uno de ellos contiene un recuerdo agradable.

— ¿Y los dos grandes lienzos que decoran la sala baja — le pregunté, — de quién son?

— También míos. El primero representa la antigua California con sus esclavos y sus minas; el segundo es un símbolo de la nueva vida californiana, patriarcal, trabajadora, protestante, dulce; en aquél hay una nota cruel y febril, una nota española; en éste todo respira tranquilidad y bienestar laborioso... Pero ninguno de los dos vale gran cosa.

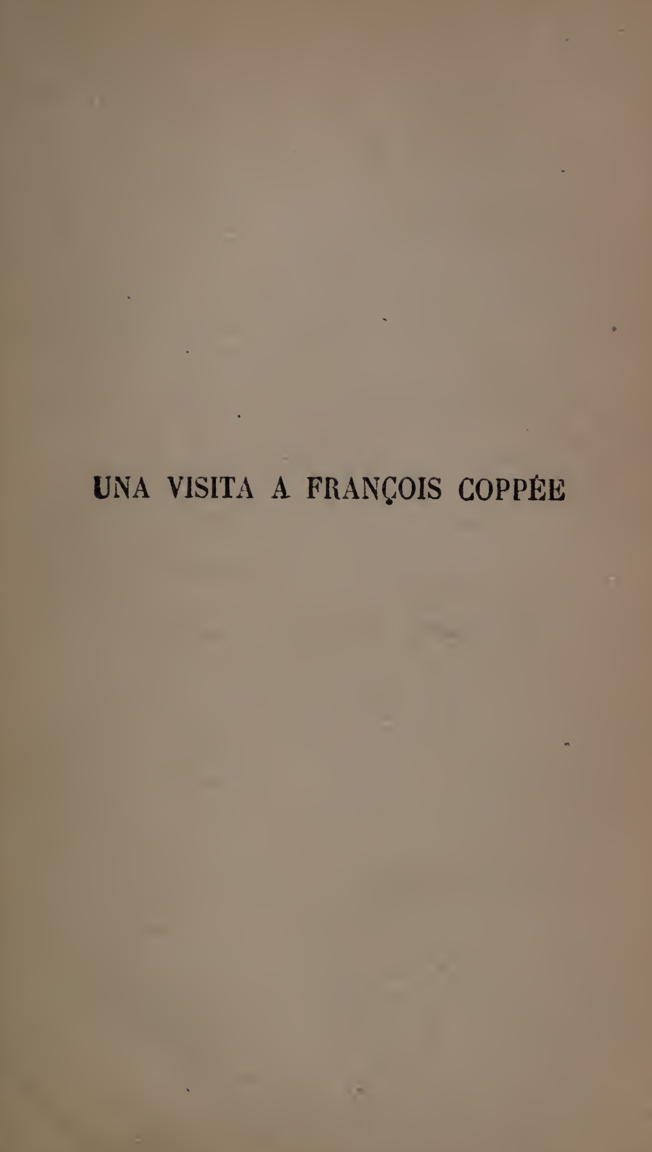
***

Antes de marcharme quise hacerle una de esas preguntas que forman siempre parte de los interrogatorios psicológicos de los retratistas literarios de París:

— ¿Cuál es la obra de usted — le dije — que le gusta á usted mismo más?

—Tal vez mi *Suiza socorriendo á Estrasburgo*... ó mi *Colón*... ó más bien mi *Libertad iluminando al Mundo*.

Esta última respuesta me hizo comprender, una vez más, que generalmente los artistas no son lo mejores críticos de sus propias obras.



UNA VISITA A FRANÇOIS COPPÉE

UNA

VISITA A FRANÇOIS COPPÉE

A D. J. M. Herrera Irigoyen.

AUTOBIOGRAFÍA. — LA FIGURA DE COPPÉE. — LOS GATOS. — ESPAÑA. — CUBA. — LOS JÓVENES. — LA HISTORIA DEL PARNASO.

Ninguna existencia tan sosegada, tan sencilla y tan burguesa, como la del poeta de *Intimidades*.

« Mi historia — ha dicho él mismo en una carta á Feliciano Champsaur — no se parece á la de Artagnan. Mi padre fué un modesto empleado del ministerio de la Guerra, que no llegó nunca á ganar más de lo indispensable, á causa de sus opiniones monárquicas y legitimistas. Mi infancia fué pobre: tuve tres hermanas, una de las cuales murió, otra que está casada y la tercera que vive siempre conmigo. Durante la adolescencia, después de cumplir los quince años y antes de llegar á los veinte, ejercí

mil oficios menudos para ganar diez duros al mes; luego entré en el ministerio de la Guerra, como mi padre, en calidad de escribiente; trabajé mucho, haciendo versos que nunca pensé ver impresos. Catulo Mendés, que vivía cerca de casa, me dió consejos útiles, me sirvió de guía intelectual y al fin me hizo formar parte del cenáculo de los parnasianos.

» Ya en el « Parnaso » fuí, en compañía de otros poetas, los sábados, á casa de Leconte de Lisle, los jueves á casa de Teodoro de Bauville, los demás días á casa de Mendés. Cuando quise verme impreso, ningún periódico aceptó mis poesías. Al fin Arsenio Houssaye publicó mi *Bendición* en el *Artista*, Lionnel la recitó en un teatro, y de la noche á la mañana fuí conocido. Más tarde, Agar representó mi *Passant* en el Odeón para su función de beneficio — un triunfo; luego mis libros se vendieron; después fuí elegido miembro de la Academia — y nunca una aventura! »

... Nunca una aventura, en efecto. Pero eso no obsta para que su leyenda sea una de las que mayor interés despiertan entre los curiosos de psicología literaria.

***

Como modelo para un cuadro de Bonnat, la figura de Coppée no tendría valor ninguno, porque carece

de grandes rasgos austeros y de colores definidos; pero sería, en cambio, una imagen deliciosa para el artista que quisiese reproducirla al pastel, con matices suaves y medias tintas discretas, en la melancolía algo antigua de un fondo intencionadamente desteñido.

Por mi parte, el poeta del *Passant* me ha producido siempre la impresión de un convaleciente sensitivo que contempla la vida con amor y con alegría, pero que, al reproducir sus visiones, se acuerda de las miserias humanas y de sus propias miserias, y mezcla sus goces, sus lágrimas y sus entusiasmos en estrofas frescas hasta la Vulgaridad y piadosas hasta el Dolor.

***

Para comprender toda la dulzura íntima y toda la bonachona ironía de Coppée, es necesario oirle hablar... ¿De qué? De cualquier cosa: de sus paseos por las inmediaciones de París, de sus primeros versos, de la pobreza de su niñez, de un par de zapatillas que bordó para él una pobre costurera con retazos de seda y hebras de plata robadas en el taller; de su pobre nodriza; de la muerte de su caballo; de sus gatos, en fin... Mientras más insigni-

ficante en el asunto, más claramente se nota la ironía y la dulzura.

La primera vez que tuve el gusto de visitarlo en su casita llena de flores de la rue Oudinot, el poeta volvía del campo.

— El campo — me dijo — es muy agradable y también muy útil, sobre todo para los que no gozamos de una salud robusta. Pero yo me aburro en el campo al cabo de algunos días y la nostalgia de París llega á hacerme, físicamente, más daño que las comidas de restaurant y las veladas interminables. Yo soy un burgués, un verdadero y odioso burgués, que no puede vivir lejos de sus amigos, lejos de sus libros, lejos de sus cafés favoritos. Mis gatos mismos, me hacen falta para estar contento y para trabajar con gusto, por lo cual me he decidido á llevarme á la Fraisiere, al más dócil de todos, á Petit-Loulou, un parisiense de pura raza, ágil, perezoso, alegre, femenil, cariñoso; pero los otros se quedan aquí y me hacen falta, sobre todo Siam, mi lindo Siam... Ya le verá usted... ¡ Siam ! ¡ ven aquí Siam !...

Sin poner atención en la orden de su dueño, Siam continúaba apelotonado en el otro extremo de la pieza, casi invisibie entre los cojines de seda que le sirven de lecho.

— Es un salvaje — continúa Coppée — un verdadero salvaje, desobediente, flaco, indomable,

cruel; un legítimo gato de Indo-China, con las patas delanteras más largas que las de atrás y con las uñas como las de un tigre; ¡pero tiene los ojos tan lindos, tan obscuros, tan brillantes, tan perversos!... ¡Á veces, viéndole entre sus compañeros, he soñado, con tristeza, en que las mujeres de su país deben de ser así, y que nunca una de ellas me dará un beso!... Porque entre los animales, ninguno se parece tanto á la mujer como el gato... ni aun el mono...

*
* *

Muy amigo de España — de la España romántica, pintoresca y heroica, de la España de Gauthier y de Musset, en fin, el autor de *Severo Torelli*, no ha leído nunca un solo verso de Campoamor ó de Nuñez de Arce y ni siquiera tiene idea de que *tras los montes* pueda existir una literatura que no sea calderoniana en el peor sentido de la palabra; pero en cambio sigue con un interés apasionado el curso de las más insignificantes manifestaciones carlistas, republicanas y cubanas.

— ¡Don Carlos sí que es un rey! — me dijo — un gran rey español. Estoy seguro de que en el fondo de su alma caballeresca, España es inconsciente y profundamente carlista. Y tiene razón, alguna

razón, porque en el estado actual de Europa, desde que se descubrió en el mundo latino ese gobierno llamado parlamentario, el Rey ya no es sino un jefe decorativo y por lo mismo es necesario que sea bello y majestuoso como don Carlos. Después de todo, los partidos y las ideas políticas no valen sino por los hombres que las encarnan... « Libertad, igualdad, fraternidad; » sí; perfectamente, ¿por qué no? pero que los jefes no sean burgueses sin galanura, ni tontos con pretensiones, pues entonces hasta la Libertad es odiosa. Para mí la gran idea es Napoleón...: porque yo casi no tengo nada de republicano.

Y después de contemplar los grabados de Raffet que decoran su cuarto de trabajo, echó se á reir y continuó:

— ¿Sabe usted lo que me ha parecido más curioso en las crónicas consagradas por la prensa de España á la guerra de Cuba? Pues es que los españoles censuren á los cubanos á causa de que éstos, en vez de presentar batallas en regla, luchan desde sus montañas, en emboscadas... Porque, verdaderamente, si algún país no tiene derecho á quejarse de esa táctica, ese país es España, que en la guerra contra Napoleón hizo con nuestras tropas lo mismo que los hombres de Maceo están haciendo con las suyas.

Una segunda pausa; una nueva carcajada. Luego:

—En cuestión de quejas y de censuras — prosiguió — la lógica no existe casi nunca. Así, por ejemplo, nosotros, los poetas viejos, los parnasianos, nos quejamos á menudo de que los jóvenes simbolistas nos ataquen, nos llamen momias, nos tilden de imbéciles y esperen con impaciencia la hora de nuestra muerte. Sin embargo, no tenemos derecho á quejarnos, porque nosotros hicimos lo mismo con nuestros predecesores literarios, á mediados del siglo... lo mismo que los españoles y los cubanos... Y todos procedemos de buena fe. Yo no entiendo, le aseguro á usted que no entiendo, los poemas decadentes: á veces me he propuesto leerlos con despacio, buscar en ellos las chispas que anuncian el futuro fuego sagrado; pero imposible, no los entiendo, y, naturalmente, cuando por casualidad hablo de los autores de tales poemas, les llamo locos sin acordarme de que á mí también me llamaron loco en otro tiempo, asegurándome que mis versos eran ininteligibles. Y ellos también, los revolucionarios de hoy, serán los viejos burgueses de mañana y llamarán locos á los que vengan después de ellos, y no entenderán las odas de sus sucesores literarios. Porque no hay duda, los futuros triunfadores y los futuros académicos son ellos... tal vez no Moreas, ó Retté, ó Regnier, pero los otros, ¿quiénes? cualesquiera...

Dios sabe... X y Z, algunos de los que hoy tienen veinte años y que hacen versos incomprensibles para mí, como nosotros, los del Parnaso, hacíamos versos incomprensibles para Ponsard.

***

Uno de mis amigos me había asegurado que el autor de *Intimidades* no podía hablar con nadie diez minutos, sin contarle la historia del Parnaso contemporáneo. « Es su locura : yo he ido á verle diez veces y diez veces me ha referido la leyenda parnasiana ».

Empero, hacía ya más de una hora que yo estaba sentado en el inmenso diván de su gabinete de trabajo, y aun Coppée no se había referido sino incidentalmente al grupo de sus amigos de juventud. En vano mis preguntas habían sido indiscretas. El poeta contestaba siempre brevemente, sin entrar en intimidades ni en detalles.

Al fin, me decidí á repetirle la frase irreverente de mi amigo, asegurándole que yo contaba con su locura para conocer la verdadera historia del Parnaso.

—¿ La historia del Parnaso ? El Parnaso no tiene historia, y en cuanto á las anécdotas que se refieren á la composición de la pléyade y á cada uno de los

que formamos parte de ella, nadie puede agregar una palabra á lo que Mendés ha dicho en su *Legende du Parnasse Contemporain*. Yo no he contado nunca ninguna historia del Parnaso; pero, en realidad, cada vez que hablo de mí mismo, de mis obras y de mi juventud, tengo que referirme al Parnaso. En el fondo su amigo de usted tiene razón... ¿por qué negarlo? nada me es tan grato como nombrar á mis amigos, y la pléyade fué, para mí, un círculo de camaradas del alma... Catulo Mendés, sobre todo, y mi pobre Verlaine... ¡Cuando me acuerdo de que mi primer libro apareció el mismo día que los *Poemas Saturninos*!... Sí; yo les he querido como á hermanos, con todo el corazón. ¿Sabe usted quién fué mi verdadero maestro? ¡Mendés! Él leyó mis primeros versos, los versos que yo escribía en el grave papel del ministerio de la Guerra, y que eran frívolas estrofas de amor. Yo era muy tímido entonces, y si no hubiera sido porque el joven poeta de *Filomela*, que á los dieciocho años ya era autor de una comedia y director de una revista, me inspiró gran confianza y gran simpatía, hubiera guardado mis pobres poemas Dios sabe hasta cuándo... Pero Catulo es irresistible como una mujer; los que le tratan, le quieren ardientemente ó le aborrecen de un modo sincero; es lo que se llama un encantador... ¿no le conoce usted?... él leyó mis versos y echó muchos

al fuego, y otros los hizo publicar en un periódico de Arsenio Houssaye; luego me dió consejos, me indicó los libros que era necesario leer y me hizo conocer á sus amigos y á sus maestros: á Baudelaire, á Víctor Hugo, á Leconte de Lisle, á Teodoro de Banville: el que más me quiso y á quien yo más quise, fué éste último, cuyo nombre, cuyo talento y cuyo carácter me entusiasmaron siempre; en su casa hospitalaria y sencilla, hemos pasado, todos los parnasianos, las horas más agradables de nuestra vida; su amabilidad fué más útil, para unirnos, que la austera majestad del autor de los *Poemas Bárbaros*. En casa de Leconte de Lisle se ponían de acuerdo nuestros cerebros; en casa de Banville se unían nuestras almas: allí todos estábamos con confianza; allí Catule Mendés, Armand Silvestre, Sully Prudome, Verlaine, Mallarmé, Heredia, todos, en fin, reían, amaban y cantaban. Todos parecíamos los hijos del maestro... Luego, en casa de Mendés, preparábamos nuestras estratajemas de prensa y nuestras combinaciones editoriales, gracias á las botellas de vino, á veces de champagne, que el joven poeta ponía á nuestra disposición y que nos hacían soñar con la quincuagésima edición, en la centésima representación, en los treinta mil francos de los contratos del *Fígaro*, en todo lo que por la mañana no nos parecía sino sucesos imposibles. Sólo la Acade-

mia con sus palmas verdes y sus espadas de hoja de lata, no formó nunca parte de nuestras locas diversiones, porque para nosotros la Academia era entonces un hospital de viejos tontos ¡quién hubiera dicho que más tarde algunos de nosotros habríamos de entrar en ese hospital! Verdad es que ya entramos viejos... Lemerre también contribuyó á nuestra solidaridad literaria; él lo editaba todo, y así, teniendo el mismo editor y viendo nuestros libros impresos en el mismo papel y con la misma elegancia, las rivalidades de esa especie, que tan frecuentes son en el mundo de las letras, quedaban suprimidas de antemano. Lemerre fué nuestro gran protector: por eso todos le consideramos como á un amigo y casi todos seguimos dándole nuestras obras. En París se le llama « el editor de la escuela parnasiana »; pero eso es falso: la escuela parnasiana no existió nunca; nuestro grupo no fué una escuela, sino una pléyade de poetas, amigos sin compromisos, unidos únicamente por la simpatía y por el talento.

Y así fué como Copée me contó una mañana de verano, en pocas palabras y asegurándome que no existía, la Historia del Parnaso Contemporáneo.

UNA VISITA A MAX NORDAU

UNA VISITA A MAX NORDAU

EL GABINETE DE TRABAJO DE MAX NORDAU. — SU FISONOMÍA. — LA DEGENERACIÓN EN ESPAÑA. — SU ORIGEN ESPAÑOL. — LITERATURAS MALSANAS. — LOS EDITORES. — LOS CRÍTICOS. — UNA CARTA.

Cuando Agusto Dietrich publicó en francés los dos enormes volúmenes de *Degeneración*, algunos cronistas parisienses hablaron de Max Nordau como de uno de esos profesores eruditos y mal humorados que trabajan pacientemente bajo la sombra fría de los claustros universitarios de Alemania. — « Para comprender el origen de este manicomio literario — dijo entonces un cronista del boulevard — sería necesario ver al autor, hablar con él, investigar sus rencores, sus simpatías y sus caprichos... Lo malo es que nuestros *fiacres* no van hasta Silesia... »

Sin ir tan lejos y sin tomar coche, yo tuve ayer el gusto de pasar una hora en casa del ilustre rival de Lombroso.

***

Max Nordau vive en París desde hace quince años. Vive en el barrio elegante de los pintores á la moda y de los grandes escultores, en la avenida de Villiers, entre Luque, el simpático dibujante español y Moun-Kalis, el célebre colorista austriaco.

En su puerta hay una plancha de metal que dice: « Dr. Nordau — médico — de la 1 á las 3. » Su gabinete de trabajo es una pieza muy estrecha y muy sencilla, en la cual los muebles desaparecen bajo una infinidad de libros, de periódicos y de manuscritos. Cuando una fámula, que parecía escapada de un álbum de « caprichos » de Goya, me introdujo en esta pieza, el maestro estaba hojeando los tres últimos libros italianos y portugeses que hablan de él y de su obra. « Max Nordau, — dice uno de los libros — parece una sierra que trata de cortar y que, sin saber cuál es el buen pedazo y el mal pedazo, hace uso de sus dientes, y corta sin escrúpulo, y corta sin talento, y corta sin gracia. » — Todo eso, en portugués y en verso, hacía reir á carcajadas al autor de las *Mentiras Convencionales*

* * *

Porque Max Nordau, que, como mis lectores ven, no es catedrático en ninguna universidad de Silesia, tampoco es, ni con mucho, un erudito viejo y mal

humorado. En sus obras serias pueden aparecer como un apóstol demasiado austero y aún algo pedante; mas en la intimidad hospitalaria de su gabinete, « entre cuatro ojos » como él suele decir, su figura resulta agradable. Físicamente se parece al Campoamor de hace diez años, cuya barba blanca encuadraba una faz sonrosada y risueña de adolescente.

Su manera de hablar es más bien irónica y persuasiva que dogmática. Todos los vicios, todos los ataques y todas las envidias, encuentran en su análisis familiar una sonrisa de perdón bondadoso. Lo único que para él no admite ni bromas ni tolerancias, es la degeneración filosófica y moral.

Así, mientras nuestra conversación relativa á España se circunscribió á hablar de los campesinos aragoneses, que, según su expresión, « son dignos de la Edad Media »; de los museos madrileños que dejan mucho que desear como orden y cuidado; de los ferrocarriles de todas las provincias, de las maravillas de Toledo, del encanto de Córdoba, etc., sus censuras fueron tan ligeras como entusiastas fueron sus elogios. Pero desde qne llegamos á la filosofía y á la literatura, sur « verbo » se enardeció :

— Las letras y las ciencias españolas — me dijo — están en completa decadencia y en completa degeneración. Italia misma, con valer relativamente poco, vale infinitamente más que España. En Italia

hay una ciencia y una literatura, sostenidas y cultivadas por los Garófalos, por los Lombrosos, por los Fogázaros, por los Amicis, por los Farinas... Amicis, en sus primeras obras, es una verdera maravilla de estilo y de fuerza... Y además de estos, hay otros muchos, sin contar á los degenerados y locos como ese pobre Gabriel d'Annunzio. En España nada ó casi nada de eso. La filosofía de moda en Madrid, el krausismo, es uno de los síntomas de la decadencia. Krause es un pobre hombre; en Alemania estoy seguro de que ni aun los profesores de metafísica le conocen; yo le considero como un discípulo de quinta clase de Kant... y sin embargo los españoles lo comentan, lo estudian y le admiran. Mi amigo Salmerón, que es un hombre de mérito real á pesar de su obscuridad [1] me ha hecho sonreir

1. He aquí una carta en que Nordau me pide que modifique esta frase:

« Merci, mon très éminent confrère, de vos flatteuses appréciations, qui, à mes yeux, valent surtout par la sympathie qu'elles trahissent et que je vous rends pleinement, d'ailleurs. Beaucoup de jugements, de remarques, de boutades que vous m'attribuez généreusement vous appartiennent de plein droit et votre modestie seule vous a empêché, je crois, de les revendiquer pour votre propre compte, mais cela n'importe pas beaucoup. Le seul mot qui m'a peiné est celui qui parle de « l'osbcurité » de M. Salmeron. Je n'aurais jamais employé une expresion que D. Nicolás sentira comme une offense.

» Je vous serre cordialement la main, et suis toujours votre bien devoué

« M. Nordau. »

muchas veces hablándome de él como de un ser sobrenatural:.. Verdaderamente es curioso, muy curioso, eso de que ustedes tengan una filosofía Krausista... La literatura vale, en España, más que la ciencia; pero, ¿vale mucho? Yo no me atrevo á responderle á usted francamente. En cierta época hubo una tendencia realista que fué casi una escuela; hoy ni eso; artículos de periódicos, y novelas, y muy pocos versos; casi ningún libro de teoría y de ideas. En Portugal mismo, hay un movimiento que quizás no sea más importante en el fondo, pero que es más compacto, más visible, más nuevo sobre todo.

— ¿Conoce usted las obras de Pérez Galdos, de Pereda, de Valera, de Clarín?... — le pregunté.

— Sí: — me respodió — esos escritores tienen talento, mucho talento, y también la señora Pardo Bazán, y mi amigo Blasco que es uno de los hombres más agradables y más modestos del mundo, y Ortega Munilla y Picón... Pero esas son inteligencias aisladas que no forman lo que se llama una generación brillante. Castelar mismo, con valer mucho, es inferior á Edmundo de Amicis.



Como hasta entonces sólo habíamos hablado en francés, ocurrióseme preguntarle si había leído en

español las obras notables de nuestra literatura contemporánea.

— Sí señor — me contestó en castellano puro y corriente. — Sí, señor : yo conozco el español bastante bien para que en las provincias de Castilla algunas personas me hayan preguntado si era andaluz. Después de todo esto no tiene, en mí, ningún mérito. Mi familia es descendiente de los judíos españoles que fueron expulsados en el siglo XVI, y, como usted sabe, los israelitas de la península han conservado, á través de los siglos y de las persecuciones, su lengua primitiva. Yo, pues, soy algo español, de lo cual me enorgullecería si tuviese fe en el patriotismo y si no estuviera seguro de que las nacionalidades y las fronteras políticas son mentiras convencionales y seculares. — España — las Españas, mejor dicho — son un país en cuyo porvenir creo firmemente, no sólo por instinto de simpatía, sino porque en mis estudios del pueblo ibero he descubierto una fuerza moral verdaderamente intensa.

*
* *

Una de las cosas que con más curiosidad deseaba yo saber, era si, según el autor de *Degeneración*, mi sabio amigo Pompeyo Gener « resultaba » ó no, en su libro, de las *Literaturas Malsanas*, un crítico

original. Desgraciadamente Max Nordau no había leido aun la obra de su colega catalán.

— Gener! — me dijo — Pompeyo Gener?... no le conozco...

Luego, con una sonrisa en la cual había más discreción que modestia :

— Ya ve usted — continuó — mi libro ha tenido un éxito que no merece y naturalmente ha encontrado, en todas partes del mundo, una infinidad de imitadores; pero no puedo creer que nadie se haya atrevido á copiarlo, sobre todo desde que, gracias á la traducción francesa, se ha hecho universalmente popular.

Y en efecto, plagiar en estos momentos un capítulo de *Degeneración* sería como robarse un diamante de las vidrieras del museo del Louvre para hacerse un alfiler de corbata.

« ... Sólo que — dirá maliciosamente Clarin — la *Degeneración* actual fué una desconocida *Entärtung* antes de ser unr popularisma *Dégénérescence.* »

***

A los que el gran crítico si acusa de robo, de robo verdadero, es á los editores que en España, en América y en otros varios paises, han publicado algunas de sus obras.

— En Madrid — me dijo — se han hecho varias ediciones de *Mentiras Convencionales*, mas para mí es como si no se hubiese hecho ninguna, porque jamás he visto un cuarto de lo que, en buena justicia, me pertenece por derechos de traducción. Mi novela titulada *Mal de Siglo*, en cambio, ha sido traducida de una manera magistral por Salmerón y publicada honradamente. Las ediciones de América, nunca me han producido nada : en el Brasil, donde según parece hay muchos aficionados á mi literatura, se han hecho publicaciones de lujo de libros míos que aun no están publicados en francés, como *Paradojas*, y los editores no se han tomado ni aun el trabajo de enviarme un ejemplar. No así en Inglaterra, ni en Italia, países en los cuales la propiedad literaria es respetada siempre. Mas los Estados Unidos y los países de Oriente, y aun algunas posesiones inglesas, son peores, si cabe, que el Brasil, en cuestiones de seriedad editorial. — Los que sí son corteses para conmigo, en todas partes del mundo, son los críticos. Vea usted; vea usted...

Y abriendo un inmenso cajón de su escritorio, me enseñó la infinidad de artículos relativos á sus obras que ha recibido últimamente.

—... Aquí, — siguió diciéndome — hay elogios y censuras en todas las lenguas del mundo, hasta en chino, hasta en latín. En Francia sólo, se han es-

crito en estos últimos cuatro años, más de mil doscientos artículos en los cuales se habla de mí; en Alemania más aún, en Italia infinitamente menos, pero siempre muchos. En cuanto á España, pocos, muy pocos, pero algunos excelentes, lo mismo que en América. — Ya ve usted, pues, que no tengo de qué quejarme: estoy contento de mí mismo hasta donde uno puede estarlo; estoy contentísimo de los demás, y soy, por sistema, enemigo del pesimismo. Mi divisa podría ser la frase latina: *Dum spíro spero*... Sí; mientras pueda respirar, y trabajar, y creer en el porvenir de la Ciencia, tendré esperanzas, lo que equivale á tener dichas. ¿Por qué dudar? ¿Por qué acobardarse? ¡Es tan bello vivir, obrar y esperar!...

UNA VISITA A ARMAND SILVESTRE

UNA

VISITA A ARMAND SILVESTRE

LOS DOS SILVESTRES. — « SONETOS PAGANOS ». — RECUERDOS SOBRE JORJE SAND. — ENTUSIASMO LATINO. — UNA ANÉCDOTA. — EL GABINETE DE TRABAJO. — FECUNDIDAD CONTENPORÁNEA. — UN HOMBRE TÍMIDO. — UN RETRATO DEL AUTOR DE « SONETOS PAGANOS ».

Los escritores castizos se quejan amenudo de lo mucho que los críticos jóvenes emplean ciertas palabras y ciertas frases puestas á la moda por la moderna literatura francesa. Uno de ellos — un buen académico de la Española, cuyos estudios sobre Calderón y Cervantes son célebres — me decía hace poco tiempo refiriéndose al último libro de Rubén Darío :

— El autor de *Azul* tiene mucho talento y mucha habilidad, ¿por qué negarlo? Pero sus libros hacen gran daño en el mundo de colegiales que tratan de ser modernistas sin saber lo que el modernismo sig-

nifica, y que reducen el estilo á una mera combinación de términos singulares. Lea usted las revistas de todos colores que se publican en América, los *Ecos Azules* y las *Liras Vesticoloras;* en todas ellas hay un analista « refinado » que estudia con gran *aplomo* las « complicaciones » de nuestro siglo. Para ese analista todo lo que no es anticuado es *inquietante* y *misterioso;* todas las ideas nuevas se le figuran « turbadoras », todos los hombres que escriben novelas modernas, le parecen « homos duplex », etc. Y de ese modo, empleando las palabras sin ton ni son, se les suprime el verdadero sentido y se las convierte en medallas usadas sin brillo y sin carácter. Yo no me opongo á que se empléen esas voces y otras muchas que son muy expresivas, aun sin ser muy castizas; pero que se empléen con tacto y que los modernistas no vengan á decirnos que Daudet es un « complicado », Zola un « exquisito » y Sardou un « homo duplex »; porque, si es cierto que el escritor de raza se reconoce por la rareza de sus epítetos, también lo es que nada hay en el mundo tan ridículo como un literato que emplea mal los adjetivos.

Mi amigo, el académico, tenía razón al hablar así. Los jóvenes impresionistas que escriben en español han echado por la ventana tantas palabras raras y tantas frases expresivas, que hoy casi ninguna de

ellas sugiere al lector la imagen propia ó la visión usta.

Así, yo de mí sé decir que me encuentro ahorá en un gran apuro para indicar de una manera breve la doble complexión literaria de Armand Silvestre « Homo duplex »? No, puesto que todos son « homos duplex ». Algo más: dos escritores diferentes, casi opuestos, en un solo hombre; dos personalidades en la misma persona, dos cerebros en un cráneo único.

***

El primero de los dos Silvestres, el más conocido y el más generalmente admirado, es autor de *Cadet Bitard* y de los cuentos para hacer reir, es un hombre gordo, bonachón y picaresco; un heredero de Bocaccio y de la reina de Navarra; un gran bebedor de cerveza, enamorado, como Rabalais, de los vientres voluminosos de las comadres y delas nalgas macizas de las criadas de servicio. Los caricaturistas le representan vestido de fraile del Renacimiento, con un jarro de vino en la diestra y una gran carcajada entre los labios.

Pero ese cuentista galo no es el mejor de los Silvestres. — El mejor y el más sincero es el otro, el lírico, el de los ojos tristes, el trovador enamorado

de las diosas del Olimpo y de las Venus incorpóreas; el que compuso los *Paisajes Metafísicos;* el amante de las rosas de otoño y de los grandes lirios blancos.

Al que yo fuí á ver, fué á éste último, para hablarle de sus madrigales alados de antaño y de sus antiguos sonetos paganos.

***

Los *Sonetos Paganos* — me dijo — son mi primero, mi mejor y más querido libro. Son un libro de fe y de juventud... Además son un recuerdo. el más bello, el más puro de mis recuerdos; el recuerdo de Jorge Sand. Ella fué quien me aconsejó que los publicase; ella quien me hizo el prólogo y quien me dió la carta de recomendación para el editor... ¡Pobre alma sublime!... Casi nadie me habla de ella, ni de mis sonetos... Los periodistas sólo conocen mis cuentos... es raro que usted me hable de eso... mil gracias... ¿es usted poeta?... Y lo extraordinario es que los que creen conocer á la gran escritora, no la conocen por completo, mejor dicho no conocen de ella sino sus obras maestras y sus intrigas galantes. Pero su alma, su alma sublime, ha sido olvidada... Yo tengo por ella una admiración religiosa y su memoria es para mí un verdadero

culto. Me acuerdo de mi primera visita al castillo de Nohan, como si datase de la semana pasada; y sin embargo data ya de treinta años... ¡La diligencia con sus tres caballos; la gran ruta de Chateauroux; los campesinos que á mí se me figuraban pastores virgilianos; el paisaje verde y oro del estío; todos los detalles de mi peregrinación, en fin, aparecen ante mi vista cada vez que pienso en mi ilustre protectora! Y yo mismo me veo de nuevo, entrando en la casa solariega del genio, con el manuscrito de los *Sonetos Paganos* en la faltriquera y con el alma henchida de ilusiones y de timideces. Y sus maneras de gran señora, su bondad, sus consejos, sus palabras alentadoras y sonrientes!... Verdaderamente no podré nunca olvidarla, ni siquiera olvidar los pormenores menos importantes de mis visitas á Nohan... Á cierta edad los hombres comienzan á vivir de recuerdos; y los mejores, los más dulces recuerdos, son esos, los que se refieren á nuestra juventud y á nuestros primeros tiempos... Ya lo verá usted cuando tenga cincuenta años...

***

Cambiando bruscamente de asunto, Silvestre me preguntó :

— ¿Y la literatura española?

Mi amigo Bonafoux habría contestado:

— Está buena, muchas gracias.

Yo traté de explicarle en pocas palabras el estado actual de nuestras letras: un estado que no tiene nada de brillante, en realidad, pero que, comparado con el estado en que nuestra literatura se encontraba á principios de siglo, es brillantísimo; un estado que corresponde á la *médiocrité honorable* de la política española y del comercio español, en decadencia con relación al siglo XVI, en progreso después del siglo XVIII. Le hablé de Núñez de Arce, de Echegaray, de Campoamor, de Tamayo, de Valera, de Pérez Galdós; le cité todos los libros que un literato que escribe en castellano puede nombrar con orgullo en el mundo: *Pepita Jiménez*, *Los Pequeños poemas*, *San Francisco de Asís*, *Gloria*, *La Regenta*, los *Discursos* de Castelar, *Raymundo Lulio*, el *Drama Nuevo*, el *Gran Galeoto*, algunas otras obras, no muchas desgraciadamente, pero siempre alguna más.

Armand Silvestre parecía escuchar con gran interés los nombres ilustres de la península.

— Yo soy un latino de pura raza — me dijo al fin — y todo lo que refiere á Italia, á España y á Portugal, es como si se refiriese á mi propia patria ó por lo menos á una prolongación ideal de la patria. D'Anunzio, por ejemplo, me ha proporcionado un

gran placer de amor propio con sus triunfos literarios universales en una época en que, fuera de Francia, sólo la Escandinavia parecía producir grandes escritores; porque D'Anunzio es nuestro hermano, apesar de las divisiones políticas que hoy nos separan de Italia; es un hijo de Virgilio, lo mismo que yo, lo mismo que los españoles. — Sólo que los españoles parecen más alejados, más aislados, más encerrados en sí mismos. Tal vez me equivoco, pero se me figura que si los franceses conocemos mal la literatura castellana, es por culpa de los españoles que no se acercan.

Confieso que las últimas palabras del autor de *Rosa de Mayo* siguen siendo para mí un enigma. ¿Acercarse? Pero, ¿y cómo? ¿Intelectualmente, por medio de la educación ideológica? No, porque si algún país es afrancesado en lo que á la cultura litereria se refiere, ese país es España. ¿Entonces?...

***

Una anécdota.

— ¿Conoce usted á los novelistas portugueses modernos, de Portugal y del Brasil? — me preguntó Armand Silvestre:

— Á algunos, á los más notables.

— Es porque uno de ellos, ¿como se llama? Pedro

da... sí, Pedro... Pues bien, ese Pedro *da no sé que*, publicó, según parece, hace algún tiempo una novela mía, traducida al portugués y firmada por él... Por supuesto que la cosa no tiene ninguna importancia y que si le hablo á usted de ello es porque uno de mis amigos me contó ayer la historia, prometiéndome que me enviaría el libro portugués.

*
* *

El gabinete de trabajo de Armand Silvestre, su « taller », como él lo llama, nada tiene de extraordinario á primera vista y sin embargo me produjo una impresión que ningún otro cuarto de estudio me ha producido nunca. Es una pieza más bien estrecha que ámplia, iluminada por una sola ventana que dá á un patío « del tamaño de un pañuelo ». La penumbra, la obscuridad podría decirse, es tan intensa que casi parece imposible que nadie pueda allí leer una página ó escribir una línea. Y lo más curioso es que la mesa de trabajo, (una mesa de encina casi tan pequeña como un velador) no está cerca de la ventana, sino en el extremo de la estancia más apartado de la escasa luz que penetra por las vidrieras. En las paredes ningún cuadro, ningún grabado, nada más que un retrato de mujer, á la acuarela. Á la derecha

una biblioteca en la cual hay más cajas de cigarros que libros; á la izquierda un diván muy grande, como un lecho, un diván que llena la mitad de la pieza y que hace pensar en el célebre verso de Baudèlaire.

« Des divans profonds comme des tombeaux. »

— Y usted trabaja aquí en esta pieza? — le pregunté.

— Sí — respondióme — siempre aquí ó en el campo; por la mañana, muy temprano, cuando los vecinos duermen aún. En otro tiempo trabajé por la noche, como todos los escritores jóvenes, pero desde hace poco he echado de ver que mis pobres ojos no resisten ya la luz, como cuando tenían veinte años y que para hacerlos durar es necesario cuidarlos mucho, mucho... ¿Ha pensado usted en lo espantoso que debe ser para un obrero de las letras volverse ciego? De sólo figurarme que semejante desgracia pudiera sobrevenirme, siento un escalofrío de angustia... Y yo trabajo todos los días, tal vez trabajo demasiado; dos cuentos á la semana, generalmente largos, para los periódicos; y siempre una novela en preparación, ó una pieza para el teatro. Ahora precisamente estoy terminando, en colaboración con un poeta joven, una traducción en verso del *Ricar-*

do III, de Shakspeare; y mi último libro acaba de aparecer; hace seis meses publiqué una novela en folletín y aun no hace un año que Sara Bernardh representó mi *Azais*... ¿Perezoso yo? No; en verdad, no lo soy. Es uno de los defectos que me faltan. Si todo el mundo trabajara tanto!... Muchas personas nos hablan de la fecundidad antigua y de la actual dificultad de producir : Voltaire escribió cien volúmenes, Rousseau cincuenta, Dumas doscientos y Balzac ochenta... Pero nosotros también producimos mucho. Zola dejará tantas obras como Balzac. ¿Y Catulo Mendés? Que se reunan todos sus cuentos, y sus artículos, y sus poemas y no bastarán veinte volúmenes, ni aun treinta, quizâs, para contenerlos. Yo también necesitaría una infinidad de tomos si fuese á coleccionar mis obras completas. En el fondo, nuestra generación ha sido una valiente trabajadora, ¿no lo cree usted así?

Armand Silvestre termina casi todas sus frases por medio de una pregunta : — « ¿Y usted? » ¿no le parece? » « ¿Cree usted que me equivoco? » — « Histoire de paraitre aimable tout en etant tres fier » — dicen sus enemigos. Tal vez tienen razón; pero si esa amabilidad es fingida, hay que agregar á la lista de las cualidades de Silvestre la de ser un perfecto comediante. Tan grande, en efecto, y tan sencilla es la amabilidad del ilustre escritor, que á veces

llega á convertirse en verdadera timidez que contrasta con su figura de coronel de cosacos y con la idea que de su carácter nos formamos al leer sus obras.



He aquí un retrato de Armand Silvestre trazado por el maestro miniaturista Teodoro de Banville : « La soberbia frente, las pestañas ligeras y bien dibujadas, los magníficos ojos sonrientes, obscuros, profundos, húmedos, os hablan del gran poeta del Dolor y del Amor ; y si no fuese por esos rasgos sublimes, su rostro, grueso como el de Balzac, parecería el de un vividor que mojase sus labios sensuales en la copa purpurina de Rabelais ó que mordiese el racimo de uvas galas. Las mejillas llenas de carne, la barba sedosa, abundante y rubia, la tez de rosa florida, el aspecto bonachón, amable, desbordante de alegría y de vitalidad, hacen pensar en un ser juicioso que en el paraíso se hubiese comido la manzana y hasta un cesto de manzanas. Una nariz pequeña, inquieta, siempre en busca de aromas ; una oreja perfecta, una boca glotona, encarnada, riente, voluptuosa, bajo la sombra clara del bigote, una barba que sin tener nada de voluntariosa afirma, sin embargo, que el

poeta es susceptible de tomar grandes determinaciones cuando se trata de domar á la liviana Quimera. La cabellera castaña es hoy abundosa, pero nada tendría de raro que un día la calvicie hundiera en ella sus manos lampiñas; porque el dios Deseo se parece á esos cocineros ingleses que cuando preparan un gran festín no tienen ningún reparo en desplumar cisnes. »

El día en que Armand Silvestre, según el augurio de su maestro Banville, debía ser acariciado por las manos de la Calvicie, ha llegado al fin. Hoy la figura del autor de *Rosa de Mayo* es idéntica al retrato que acabo de trascribir, con menos la linda cabellera de otros tiempos. Su talento también es igual, pero ya no produce ni *Sonetos Paganos*, ni *Paisajes Metafísicos*. Si Banville lo hubiera previsto todo, quizás en vez de hablarnos del dios Deseo nos hubiera dicho algo de la Dalila del Camancio que corta, al mismo tiempo, los flotantes rizos castaños y las alas vaporosas de la estrofa.



UNA VISITA A AUGUSTO STRINDBERG

UNA

VISITA Á AUGUSTO STRINDBERG

La celda. — Una novela autobiográfica. — La suprema desilusión. — « Nihil ». — La « Gran Obra ». — Un prefacio inédito. — Las mujeres. — Ibsen y Bjornesterne. — Pasión escandinava.

— ... De la Academia Española, me dijo Strindberg cuando hubo leído la carta de presentación que un amigo me habia dado para él — de la Academia Española... miembro correspondiente?... es curioso...!

Y sin darme tiempo para responderle, volvióse de espaldas y comenzó á buscar algo entre los papeles de su escritorio.

Luego se puso de pie, y enseñándome una carta, me preguntó :

— ¿Cree usted que cuando alguien recibe una comunicación de una Academia, en la cual se le llama miembro correspondiente, la cosa es seria?

— Sí, señor.

— ... Es curioso... porque entonces yo también soy miembro de la Academia de la Historia de Madrid... verdaderamente es curioso... y raro.

Yo aproveché la ocasión para asegurarle que los españoles instruídos le conocían y le admiraban; que desde que Echegaray había traducido una obra de Ibsen, todos los periódicos literarios de Madrid se ocupaban en dar á conocer las producciones del genio escandinavo; que los jóvenes, en fin, le habían considerado siempre como á uno de los apóstoles de Arte Nuevo.

Él parecía no oirme; y siguiendo el hilo de su ensueño, continuó:

— ... ¿Miembro de la Academia de la Historia!... Es cierto que hace algún tiempo envié á esa corporación una memoria sobre las relaciones entre los paises escandinavos y la nación ibérica; pero eso no valía la pena... ¡Son tan bondadosos, los españoles!... Ayer justamente recibí una carta del señor Grant, en la cual me anuncia que el casino de Barcelona, me enviará pronto, como regalo literario, una escribanía de plata.

Un instante de silencio.

En seguida una nueva frase sobre la galantería española.

***

Strindberg realiza, de una manera perfecta, el tipo ideal del hombre del Norte. Es alto, demasiado alto quizás, y muy grueso; su cabellera mal peinada es rubia y espesa; sus ojos son claros y su frente enorme. Habla poco, con una voz monótona, sin ademanes, sin movimientos, sin entonación, midiendo siempre sus palabras y tratando de dar á su frase un corte lapidario y rítmico.

Su habitación — su *home*, como ahora se dice en París — es una verdadera celda, en la cual no hay sino una cama de hierro y una mesa de trabajo. Él, no obstante, cree que su ventana es el más bello mirador del mundo, porque dá á un jardín con ventual.

— Los conventos — dice — son el más seguro aliciente para el trabajo. Cuando vuelvo á casa tarde, sin ganas de escribir, me asomo á esa ventana; pienso que detrás de esos árboles hay una comunidad que ignora lo que es el ocio; y me figuro que este cuarto forma parte del monasterio, y trabajo pacientemente, como un benedictino, hasta que las fuerzas materiales me abandonan.

» Para hacer una labor sana y fecunda, sería necesario vivir en un antiguo claustro... ¿Conoce usted á Huysmans?

— Sí, le conozco.

— Según parece, vive en un convento laicisado.

— En efecto.

— Si yo pudiese conseguir una habitación en la misma casa, produciría más y mejor que en ninguna otra parte.

***

Strindberg ha contado la historia de su vida en una novela autobiográfica.

Siendo hijo de un obrero y de una criada de servicio, heredó de sus padres « el sentimiento plebeyo ». Durante los primeros lustros de su vida, sólo quiso pensar en el encanto de los talleres y en la libertad de la vida humilde. Luego vióse encerrado, gracias á la protección del rey Carlos, en un instituto aristocrático donde adquirió el odio de la plebe sin perder en absoluto el amor de la democracia. De allí sus primeros conflictos filosóficos, sus primeras luchas secretas y sus primeras tristezas íntimas.

Al salir del colegio puso en un lado de la balanza los instintos y en otro las aficiones. La Reflexión dió algún peso á las primeras, y el platillo se inclinó del lado del rey; pero en seguida el Sentimiento torció por completo el fiel hacia la parte contraria, y Strindberg tuvo necesidad de cambiar su toca cortesana por un gorro liberal. Entonces fué cuando aparecieron

en un diario demagogo de Estokolmo sus artículos contra la monarquía; entonces fué también cuando los conservadores suecos le dijeron: « Tú, que eres espuma de la clase baja y piedra del torrente vil recogida por manos caritativas y pulida por obra de la caridad, no tienes derecho á gritar contra la corona. El rey, nuestro señor, te dió luz de ciencia que tú tratas hoy de aprovechar para meter fuego á las instituciones; la nobleza salvó tu cerebro del embrutecimiento, dándote la fuerza mental que tratas hoy de emplear para atacar los fueros. Eso prueba que los pecheros son siempre infames, que la plebe es siempre ingrata, que los descamisados son siempre crueles. »

En vez de amedrentarse, Strindberg siguió andando por el mundo de la política libre. Y atravesó una ruta de abrojos que se llama Desprecio, y pasó por mil aldeas que se llaman Desconocimiento; hasta que, cansado de la actividad infecunda, quiso refugiarse en el seno de la Especulación Pura.

Llamó á la puerta de la Filosofía. Un hujier vino á abrirle y le dijo:

— ... ¿Qué buscas?

— Busco á la Verdad.

— Entonces aléjate, porque aquí sólo conocemos la Incertidumbre.

— Sin embargo, vuestro castillo es inmenso y tie-

ne mil rincones desconocidos, en los cuales me sería, tal vez, posible encontrar á la ninfa deseada

— ¿ Hablas seriamente?

— Hablo con el alma.

— Pues entra y trata de hacerte conducir por la Fe, que es la única que puede penetrar en las estancias. ¿Conoces á esa conductora secular?

— Sí ; la traigo conmigo.

Su compañera, en efecto, fué enseñándole todo.

— Aquí — le dijo al encontrarse en la primera estancia — se encuentra la Verdad. Mírala. Tiene los ojos azules y el cuerpo blanco. Se llama Venus. Su hijo es el Amor. Hasta hoy nadie ha logrado sobrepasarla en pureza de hermosura y en harmonía de pensamiento. Todas las palabras que brotan de sus labios son dulces; todas sus actitudes son rítmicas; todas sus miradas son luminosas. Ponte de rodillas y adórala.

Arrodillóse Strindberg y comenzó á orar; pero aún no había llegado al fin de su plegaria, cuando la Fe volvió á abrazarle.

Y le dijo :

— Levántate. Ven á esta otra estancia. Mira lo que hay en el fondo... ¿Ves algo? Es una imagen sin mancha, cuyos ojos consuelan y cuyos labios alientan; es la imagen de María, Nuestra Señora, vida y esperanza, torre de marfil, madre de misericordia,

vaso sagrado, rosa mística. Su busto no es amplio, pero es delicado; su actitud no es majestuosa, pero es tierna; su rostro no es fresco, pero es divino. Parece triste porque sus mejillas están llenas de lágrimas; mas en el centro de sus pupilas hay un foco inextinguible de ventura divina, que alegra los corazones... Cree en ella.

— Alabada seas por los siglos de los siglos, iba á decir Strindberg, cuando la Fe le hizo una señal y le mostró, con el dedo, otras figuras que también eran dignas de admiración exclusiva.

— Esa es la Ciencia — le dijo — y sólo ante ella debe uno inclinarse; y esa es la Libertad que no tiene rival; y esa es la Naturaleza, cuya gloria brilla más que ninguna gloria; y esa es la Calma, y esa es la Pasión... Adóralas.

Cuando el cortejo hubo acabado de pasar, Strindberg se convenció de que, siendo todo Verdad, todo tenía al mismo tiempo que ser Mentira, y entonces pudo pronunciar la frase siguiente, que es el resumen de sus ideas definitivas: « ¡Nada es bello, nada es bueno, nada es moral! El Universo Filosófico no existe. ¡Lo único que tiene un sentido justo en el mundo, es la palabra *Nihil!*»

***

Su nihilismo, empero, fué un nihilismo idealista. Después de dudar literariamente y de negar de una manera metafísica, Strindberg ha llegado á refugiarse en la árida colina de las ciencias naturales.

— No me hable usted de literatura; la literatura no existe ya para mí — me dijo; — lo única que me interesa es la ciencia. Oiga usted el prólogo de mi Grande Obra.

Y comenzó á leerme, pausadamente, las primeras líneas de su libro definitivo: « Al llegar á la mitad del camino de la Vida me siento para descansar y meditar. Todo lo que mi audacia deseaba, todo lo que anhelaba mi imaginación, lo he conseguido. Y hoy, lleno de vergüenzas y de honras, de alegrías y de sufrimientos, me pregunto : ¿qué hay más allá? Todo se repetía con una monotonía desesperante; todo se parecía á todo. Los antiguos sabios dijeron : « El universo no tiene ya secretos. » Y las generaciones que insultaban á Dios, se inclinaban ante la Ciencia; y la Ciencia, que debiera ser la Libertad, era la Tiranía. Y yo, que veía todo eso, creí que no me quedaba sino un recurso: el suicidio. Pero un instante antes de llevarme á los labios la copa salvadora, oí una voz que me aconsejaba. Y así comprendí que el secreto del Universo no había aún sido descubierto, y en seguida me fuí por los grandes caminos, á veces solo, á veces acompañado, con el ob-

jeto de meditar sobre el gran desorden y sobre la coherencia infinita. Este libro es el libro del desorden y de la coherencia. »

Mis lectores descubrirán fácilmente, en las líneas anteriores, algo qúe, aun siendo muy serio, carece de la sequedad de los modernos tratados científicos.

Strindberg, en efecto, sigue siendo, á pesar de su desprecio por la literatura, un poeta que no ve, en los hechos, sino el color raro, el aspecto extraordinario y la forma maravillosa. Su último descubrimiento es « la composición del azufre » ; sus principios son principios alquimistas que niegan la existencia de los cuerpos simples; sus obras científicas contienen capítulos titulados, « La cabeza del muerto » ó « Místico racional » ; sus estudios austeros concluyen, á veces, asegurando que la vida y la muerte son idénticas y que sólo la energía es inmortal.

— El Milagro — dice — es una de las grandes realidades del Universo; sin el Milagro nunca el gusano se convertiría en mariposa. El Capricho mismo es una ley natural que dá á ciertos insectos, como el aquerontiatropos, una forma mística y macabra.

***

Este soplo que anima hoy sus invenciones científicas, es el mismo que dió vida, en otro tiempo, á sus partos artísticos.

Sus dramas estriban siempre en una paradoja sentimental. *La señorita Julia*, *Los Acreedores* y *El padre*, son obras antiibsenianas, en las cuales el poeta sueco trata de probar al apóstol noruego que la Noras y la Rebecas pierden todo el encanto de su sexo al tratar de ser libres y de pensar por cuenta propia.

« El padre », especialmente, ha dado á Strindberg una fama universal de misógino rabioso, por lo cual me pareció interesante pedirle su opinión sobre la mujer.

He aquí su respuesta :

— Yo no soy enemigo de la mujer, de la mujer verdadera, dulce ó violenta, rubia ó morena, triste ó alegre ; lo que me parece repugnante es la mujer que estudia medicina ó que habla á su marido como Rebeca habla á Rosmer ó Nora á Tarvaldo. He estado casado dos veces ; he tenido cinco hijos, y siempre me he sentido atraído por las mujeres bonitas. Así, pues, los que me llaman : « El enemigo del sexo débil », no son sino puros mentecatos. La mujer debe seguir siendo « la compañera del hombre », pero no convertirse en « la rival del hombre », pues por ese camino llegaríamos á vivir en una sociedad de andró-

ginos sin sexo, hasta que una revolución violenta dividiese á la sociedad en dos partes y pusiese de un lado : « Sodoma » y del otro : « Gomorra ».

***

Una anécdota acabará de dar á conocer el carácter de Strindberg.

Como en el curso de nuestra conversación yo le pregunté si conocía personalmente á Ibsen, púsose encarnado y me dijo :

— Ibsen y yo somos enemigos.

— Enemigos literarios...

— No ; en nuestra tierra no hay enemigos literarios : en Escandinavia el que escribe lo hace con objeto de ser útil á la humanidad ; de modo que, si alguien predica doctrinas contrarias á las suyas, se convierte en enemigo de los hombres en general y suyo en particular... Ibsen, para mí, es un ser odioso.

— Sin embargo, Bjornsterne é Ibsen son también enemigos literarios, lo cual no impide que la hija del primero se haya casado con el hijo del segundo.

— No importa, y yo estoy seguro de que tanto Ibsen como Bjornsterne son bastante caballeros para haber maldecido esa unión... Pero... ¿qué quiere usted?... el amor es más fuerte que el odio...

UNA VISITA A FRANCISQUE SARCEY

UNA

VISITA A FRANCISQUE SARCEY

Para Mr. Léon Decoux.

LA FIGURA DE SARCEY. — SU VEJEZ. — UN UNIVERSITARIO — SU PRIMER TRIUNFO. — UNA ANÉCDOTA. — LOS ANALES. — UN RETRATO DE SARCEY. — SUS CONFERENCIAS.

No sé si es el hombre más popular de Francia, pero, en todo caso, estoy seguro de que es el escritor que con más frecuencia hace hablar de sí en la prensa de París. Los cronistas han encontrado en su figura y en su talento, una mina inagotable de bromas fáciles. Los caricaturistas también sacan gran partido de su estampa, para hacer reir al público.

— Ahora — decía un dibujante de cierta novela moderna, dirigiéndose á uno de sus compañeros — ahora creo que vamos á morirnos seriamente de hambre.

— ¿De hambre?

— Sí ; de hambre.

— ¿Y por qué?

— Porque se ha acabado la actualidad ; por que Sarah se ha marchado á América ; porque los diputados están de vacaciones : porque ningún ministro ha hecho una barbaridad desde hace tres días...

— ¿Y luego?...

— Luego no hay medio de hacer caricaturas, puesto que nadie está á la moda. El único recurso que nos queda, es el ogro Sarcey.

***

Sarcey es un hombre excelente y jovial que apenas se ha comido, en lo que lleva de ogro, sino unas cuantas docenas de poetas decadentes y de dramaturgos ideólogos.

No es un hombre hermoso, no : pero es, en cambio, el más agradable de los hombres. Pequeño de estatura, gordo, más que gordo, rechoncho, con la barba corta é hirsuta, con los ojos diminutos y los labios carnosos y burlones, parece un abuelo de Sancho.

Lo que más me llamó en él la atención la primera vez que tuve el gusto de verle, fué su modo de ha-

blar de ciertas épocas que á mí se me figuran antiquísimas.

— Cuando yo comencé á tener alguna fama, en el año 40 — decía.

O bien :

— Una noche que Luís Felipe I nos dijo tal cosa...

Y asi, durante media hora, yo no pensé sino en la edad fabulosa que ese hombre podía tener... ¿Cien años?.. Siendo célebre hace sesenta años... ¿Siglo y medio?...

Al fin él mismo me sacó de dudas y de curiosidades:

— Este sí que es un buen muchacho — me dijo mostrándome un busto de mármol que representa el arquitecto Garnier — un buen muchacho en toda la extensión de la palabra; yo le quiero como á un hermano... Pero no crea usted que es muy joven... verá usted... unos años menos que yo... debe de andar por los setenta y tantos...

***

Sarcey es lo que en Francia se suele llamar desdeñosamente « un universitario », es decir, un antiguo alumno aprovechado de la escuela normal, un maestro de retórica, un erudito, un gramático, un

enemigo de las tendencias nuevas, un cerebro apergaminado, un hijo de los libros de clase, en fin.

Lo único que le salva de la más completa vulgaridad, es su ingenio natural, la frescura de sus chistes y la valentía con que sostiene sus opiniones. « Los dramas de Goncourt — suele decir — son malos. » Y todos nos echamos á reir y le llamamos burgués. Pero él dice de nuevo que los dramas de Goncourt son malos, son malísimos, son horribles; y lo dice con tal seguridad, y lo dice tanto, y trata de probarlo con tal acopio de razones vulgares, y se encarniza de tal modo contra todo la nuevo y contra todo lo raro y contra todo lo brillante, que su crítica llega á parecer épica.

Reunidos en un immenso volumen, sus folletines del *Tiempo* serían la epopeya de las ideas burguesas.

También serían un repertorio de chistes graciosos.



El primer triunfo periodístico de Sarcey, fué un triunfo involuntario. Hace cincuenta años un ministro de Instrucción Pública de Francia ordenó que los preceptores pagados por el Gobierno se afeitasen lo mismo que los cocheros y los mozos de café. Sarcey, que entonces era maestro de escuela en una aldea, y que además preparaba dos ó tres libros muy

sabios sobre la « enseñanza universitaria », aprovechó la coyuntura para mostrar su erudición en una carta destinada á probar al señor ministro, que la barba de los sabios había sido respetada por los más feroces tiranos antiguos y modernos. La carta fué publicada é hizo reir á todo el mundo. Al día siguiente un diario de París ofreció al « paladín de la barba » un puesto de cronista humorístico.

— Y lo más curioso — agrega Sarcey al contar esta aventura epistolar — es que yo no me figuraba escribir una broma.

***

Una anécdota que os hará comprender el odio que el gran crítico tiene por todo lo que no es enteramente familiar :

— Hace algún tiempo — me dijo — cierto periódico americano, de Chile, de Méjico ó de Buenos Aires, nos pidió á Jules Claretie, á Arsenio Houssay y á mí, una ó dos crónicas mensuales. Á mí me pareció desde luego extraño que una publicación de país español quisiese tener colaboradores franceses y publicar artículos en francés ; pero como las cartas en que se nos proponía la colaboración eran muy amables y como además prometían pagar bien, me

puse á la obra y mandé desde luego una crónica sobre un asunto cualquiera, un asunto muy sencillo, uno de esos asuntos que no pueden ser tratados sino familiarmente. Pasó un mes, luego pasó otro mes; y cuando menos me acordaba yo de mi periódico ultramarino, recibí un enorme paquete de papel impreso. La colección — me dije — me mandan la colección del periódico; pero no; era un solo número, un número inmenso, con varias páginas y con una letra... se conoce que allá los lectores no son miopes. Allí estaba mi crónica, no en francés, sino traducida al español; la leí por curiosidad: yo comenzaba diciendo « *il me parait naturel que dans les pays du Nouveau Monde*, etc. » el traductor decía: « *Paréceme que en los ricos países de allende el mar Atlántico*, etc. » ; y todo seguía así, en el mismo tono conquistador, por lo cual me decidí á no seguir haciéndome traducir de modo tan caballeresco...

***

Después de examinar metódicamente todos los botones de su chaleco, Sarcey continuó:

— Mis gustos son muy sencillos; los periódicos nmesos no me placen; mi ideal fué siempre fundar

una revista semanal muy pequeña y muy barata, una revista que pudiese servir para todo y para todos, algo como el *Espectador* de Adisson; pero imposible, enteramente imposible á causa de mis ocupaciones y de mi relativa pobreza.

— ¿Y los *Anales*?

— Sí; los *Anales* son algo míos y responden hasta cierto punto á mi ideal; pero ni los fundé yo, ni los dirijo yo tampoco... ¡Es una historia curiosa la fundación de esa revista hoy tan popular!... Verá usted... Fué en el año... ¿en que año fué?... en fin, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, tres ó cuatro lustros... Una mañana se presentó en casa un jovencito imberbe, sin recomendación de nadie, así como usted, y se sentó en esa misma silla en que está usted sentado. Venía á contarme su historia literaria, á decirme que su ensueño secreto consistía en conquistar un puesto humilde en la República de las letras. — « Trabaje usted. » — le respondí. « Sí trabajo mucho. » — « Entonces — se me ocurrió decirle — trabaje usted más aún. » Pero él quería, por lo contrario, trabajar menos y mejor. « Lo que deseo hacer — me aseguró — es fundar una revista en la cual colaboren los hombres más notables de mi época, una revista nueva, de lujo, cara; una revista que haga hablar de mí. » — « ¿Y tiene usted dinero? » — « Sí. » — « Pues entonces, hijo mío, lo

mejor que usted puede hacer es contentarse con publicar una revista útil, que sea muy barata y que pueda ser leída por todo el mundo. »... Seguimos charlando y el joven literato se marchó, al cabo de dos horas, convertido á mis teorías periodísticas. Luego volvió á verme varias veces; vino á almorzar conmigo; fué, en fin, uno de mis mejores amiguitos. Yo creía conocerle, cuando otra mañana, de repente, se presentó de nuevo en mi cuarto de estudio y me aseguró que estaba enamorado de mi hija. ¡Demonio!... Sin embargo la cosa en sí misma no me extrañó porque yo siempre había creído que mi hija era muy digna de ser amada por un hombre inteligente... Sólo que... « Está bien — le dije; pero, ¿y á mí que me cuenta usted? » — « Pues que me quiero casar con ella. » — Eso ya me pareció más extraño: el chico era acaudalado y yo nunca he tenido un cuarto. — « Piénselo usted bien. » — « Ya lo he pensado. » — « Pues entonces cásense ustedes » — Y al día siguiente, en efecto, comenzaron á casarse. El joven de que le hablo á usted, es hoy un hombre famoso, redactor del *Tiempo*, director de los *Anales*, autor de varios libros de crítica, Adolfo Brisson, en fin.

***

Entre los veinte mil y un estudios que sobre Sarcey se han escrito, hay muchos que son graciosos, algunos que son interesantes y dos ó tres que son magistrales, como el célebre artículo en que Lemaitre le compara con Voltaire. Pero justo y que produzca la misma impresión que el hombre y sus obras producen, sólo conozco uno, muy corto y muy irónico, un simple perfil trazado por el autor del *Mandarín*. Ese perfil se reduce á las siguientes líneas:

« Escribe sus artículos al día, sin gran composición, á la buena de Dios. Charla con sus lectores; escucha las objeciones de ellos, enseña « cosas » á sus amigos los burgueses, deciéndoles alguna agudeza. Más bien conversa y charla que redacta una columna de periódico. Sarcey me hablaba de la manera de escribir. Él tiene una, y á ella está habituado su público: manera familiar, en la que á veces, bajo la forma nueva, se halla un giro de Voltaire ó de Courrier. En cuanto á Sarcey crítico, siento ir contra la opinión de un gran número de lectores, pero me gusta menos que el Sarcey cronista. Escribe en francès, sin duda, pero ni tiene la frase colorista de Gautier, ni el ingenio de Janin, ni la batalla de ideas de Zola. Es pesado como él mismo, y si bien sus argumentos van á veces en columna cerrada, eso se parece á los combates de elefantes. Pero yo haría mal en acentuar demasiado mi pensamiento, pues

no me mantendría en los límites necesarios. Si Francisque Sarcey rehace hartas veces las obras dramáticas á su capricho, también es muy erudito en cosas de teatro, juzga con placer y con imparcialidad, se deja llevar de sus impresiones, ríe de buena gana y aun « se burla ». Asiste á las primeras representaciones siempre acompañado de señoras, como un sencillo espectador; se olvida del compañerismo, de los enemigos también, y emite su opinión. Pocas personas dicen lo que sienten. »

* * *

Su gran sencillez, su *bonhommie* extraordinaria y su franqueza ruda, han hecho de Sarcey un crítico de teatros discutido en todo el mundo y un conferencista respetado y aplaudido por todo París.

Sus obras maestras, en efecto, son esas largas charlas espirituales en que el viejo maestro explica al público francés, con razones familiares y con imágenes de hortera gracioso, las bellezas del teatro clásico y los horrores del teatro moderno.

— ¿Qué son los dramas modernos? — me dijo un día — nada más que una gran idea ó un gran problema echados á perder. Los dramas antiguos, al contrario, son ideas comunes enaltecidas y

ennoblecidas por medio del arte. Nada tan trágico como *Fedra* y al mismo tiempo nada tan aristocrático y nada tan noble ¿no es verdad,? Pues bien; en todas las crónicas de los tribunales se encuentran casos idénticos: un hombre viejo que, teniendo un hijo buen mozo, se casa con una mujer joven; luego la mujer se enamora ó cree enamorarse del hijo de su marido, y nada más. Pero con eso Racine hace una maravilla; mientras que los poetas nuevos hacen hablar á los ángeles, y á los demonios, y á las ninfas, y á los héroes homéricos; y á pesar de todo, sus obras parecen vacías y no producen ninguna emoción... Macterlink, por ejemplo, tiene mucha fama; pero ¿por qué? ¿porque sus héroes pasan dos horas buscando la cabellera fantástica del monstruo azul de la floresta dorada? No; verdaderamente eso es muy tonto. Yo prefiero las comedias que hacen reir francamente, á los dramas que hacen reir de mal humor.

Estas palabras, que á mi se me figuran lo más vulgar del mundo, y que son el resumen de la Biblia Estética de la mayor parte de la humanidad, contienen la substancia de todas las conferencias de Sarcey.

El gran crítico no ha hecho más que repetir lo mismo durante cincuenta años. Y sin embargo sus conferencias son agradables... ¿Por qué son agradables sus conferencias?... Porque es el mismo crítico quien las recita, con su buena cara de abuelo

jovial, de maestro de escuela sin vanidad, de apóstol sonriente. Y también, y sobre todo, porque en el fondo de su obras hay algo que es bello y que es grandioso como todas las locuras: la locura de la Vulgaridad y del Buen Sentido.



LOS APOSTOLES PARISIENSES

LOS APOSTOLES PARISIENSES

UNA DEFINICIÓN DE AUGUSTO DE ARMAS. — UN LIBRO NUEVO. — LOS PARISIENSES. — LOS QUE SON APÓSTOLES Y PARISIENSES. — ALEJANDRO DUMAS. — EL PADRE MONSABRÉ.

Hace tres ó cuatro años ocurrióseme publicar en cierta revista más efímera que literaria, una colección de siluetas modernas con el título general de PARISIENSES. Cuando el primer artículo, consagrado á Richepin, hubo aparecido, mi buen amigo Augusto de Armas me vino á ver y después de hacerme algunos elogios llenos de discreción y de bondad, me dijo:

— Lo que no me gusta es el título... *Parisienses?* no; verdaderamente, eso es vulgar y además es falso, porque ni Richepin ni la mayor parte de los poetas á quienes has de retratar, son parisienses en el puro sentido de la palabra. — Bien se me alcanza que lo que quieres decir es « personas que viven, que trabajan y que figuran en París »; pero en ese caso Racine sería también un parisiense, y Corneille otro,

y Víctor Hugo otro. A mi modo de ver los únicos que merecen el nombre ó, mejor aún, el *título* de parisienses, son los que tienen esa gracia ligera y sonriente que caracteriza á François Coppée, á Aureliano Schol, á Ludovico Halévy, á todos los artistas, en fin, que habiendo nacido en Francia, ó en San Petersburgo ó en China, saben dar á sus obras un perfume de fresas, de champaña y de polvos de arroz. Richepin es poeta francés por la lengua y por el nacimiento; mas por el cerebro lo mismo podría ser alemán que español: en cambio, Gip, Colomba, Catulo Mendez y Enrique Meilhac, serían parisienses aunque escribiesen en polaco ó en italiano.

***

El actual director del *Gil Blas*, F. Chevassú, debe de pensar como el pobre bohemio de las *Rimas Bizantinas*, pues al reunir en volumen sus artículos de crítica, ha tenido cuidado de no poner la etiqueta de « parisienses » sino á los veinte ó treinta artistas contemporáneos cuyas obras exhalan ese perfume sutil y penetrante que, según Augusto de Armas, se compone de fresas, de polvos de arroz y de champaña.

Naturalmente, entre los parisienses retratados por Chevassú, hay muchos que nacieron en el Mediodía,

muchos que nacieron en las provincias del Norte y aun alguno que es originario de Prusia. La nacionalidad es lo que menos importa. Lo interesante es el carácter.

Así, al subdividir su volumen en libros y su falanje en grupos, Chevassú sólo ha parado mientes en ciertas fronteras intelectuales que separan entre sí á los parisienses. Y por eso en vez de presentarnos primero á los «parisienses de París», luego á los «parisienses de provincia», y en seguida á los «parisienses extranjeros», ha hecho desfilar ante nuestros ojos cinco grupos compactos y puramente cerebrales, á saber: « los heróicos, » los « respetables », las «viejas coquetas, » los «diletanti» y los «apóstoles. »

***

¿Los apóstoles?... ¿Por ventura hay apóstoles parisienses... apôstoles cuyas predicaciones sean al mismo tiempo apasionadas y ligeras?... Porque León Bloy, que vive en la capital de Francia y que es apóstol, no tiene nada de parisiense, y el padre Didon, que es parisiense y que predica con elegancia, no merece el nombre de apóstol.

... ¡Apóstoles parisienses! — ¿Si serán los que

enseñan el Evangelio de la Moda, como el príncipe de Sagan, ó los que componen las Santas Escrituras del Refinamiento Moderno, como Huysmans?

No; los apóstoles parisienses, según Chevassú, son cuatro ingenios franceses que tienen bastante fuerza de voluntad para marchar siempre tras una idea fija y que saben plegarse bajo el peso de la obesión con un gesto de gracia invariable.

Vedles pasar...

***

El primero es Alejandro Dumas hijo, el patriarca de los dramaturgos contemporáneos, el profeta de los moralistas actuales, el mejor y el más austero de los que enseñan sin fastidiar.

Su cualidad dominante es la entereza — entereza de carácter, entereza de sensibilidad y entereza de estilo. Para examinar el conjunto de su obra, no es necesario colocarse en varios puntos de vista ni llenar de «distingos» las páginas de la glosa.

Anatole France cree ver en sus ojos ese rayo de simplicidad casi divina que iluminó las miradas de los santos primitivos. Por mi parte nunca he podido pensar en él sin acordarme del abate Taconet, el tío de René Vincy, el amigo de Claudio Larcher,

el sacerdote hábil y duro que creía en la regeneración universal por la literatura y por la ciencia.

Un día Claudio explicaba al abate las pequeñeces del gran mundo femenino. «Mire usted á la Susana que ha ocasionado la pérdida de René — le decía — Susana es un ejemplo típico. Hay en ella una mujer que quiere gozar del lujo y por eso se entrega sin placer y sin disgusto á un amante que la paga ; hay también y al mismo tiempo, en ella, una mujer que quiere gozar del amor y por eso busca un amante joven é incapaz de regatearle las caricias ; hay en ella, además, una mujer que quiere gozar de buen nombre, de buena fama, y por eso vive con su marido. Y estoy seguro de que ella quiere á los tres de modos diferentes... Algunas naturalezas son como esas cajas japonesas que contienen otras cuatro ó cinco cajas adentro... ¡ Y son tan complicadas ! »

— « ¡ Complicación ! — exclamó el abate. No ; yo no digo complicación sino suciedad. »

Del mismo modo debe de pensar Alejandro Dumas, cuando, al encerrar la vida moderna en los cuadros luminosos y robustos de sus dramas, se complace en enseñar las llagas sociales sin poner entre ellas y el espectador ese velo de tolerancia psicológica que hacía decir á Montaigne: «comprenderlo todo es perdonarlo todo. »

El autor del *Demi Monde* no perdona. Quizás

tampoco comprende, porque para comprender á la manera del filósofo de los *Ensayos*, es necesario salir de sí mismo y ponerse en la situación que determina los actos ajenos.

* * *

El segundo profeta es Juliette Lambert.

El tercero Lamoureux.

* * *

El otro es Monsabré.

La primera vez que le oí predicar, fué en la Magdalena. Su rostro, iluminado por la luz clara de las grandes vidrieras, parecía demasiado oscuro. Sus gestos, violentos y sin ritmo, producían una sensación de anacronismo en el púlpito aristocrático del templo mundano.

Más tarde pude verle de nuevo, en Nuestra Señora de París, transformado, engrandecido, embellecido por la penumbra de las ventanas góticas y por el marco de piedra gris que encuadraba su figura.

El auditorio mismo contribuía al cambio. La Magdalena es el santuario de la nobleza nueva, de la

nobleza que se viste de terciopelo rojo, que oye misa con abanico y que viene de todas partes; Nuestra Señora es la capilla immensa y discreta, donde la verdadera gran dama parisiense, la dama que no habla inglés y que no ha olvidado aun la belleza de las sedas mates, va á pensar en algo que no es ni moda ni *flirt*. La Magdalena para el P. Didon; Nuestra Señora para el P. Monsabré. Y así cuando el Superior de los Dominicanos ordena un cambio de púlpitos, los dos templos se aburren y los dos predicadores se ponen en ridículo.

Para ver, pues, el Monsabré verdadero, es necesario esperar las cuaresmas de la catedral.



Grueso y robusto como un fraile de Rabelais, el P. Monsabré produce, con sus primeras palabras y con sus primeros ademanes, la impresión de un religioso contento de sí mismo y seguro de su elocuencia. Comienza hablando lentamente. Poco á poco el discurso se convierte en melopea; cada frase es un versículo cuyas sílabas finales brotan lenta y musicalmente de los labios del orador, para preparar el efecto de contraste que deben producir las palabras cortas y solemnes con que principia la otra frase ... « Y

entonces Nuestro Divino Salvador creyó que su encarnación sería el principio de la vida de bondad.»

La primera parte del sermón termina, como había empezado, hablando de cosas celestiales.

La segunda parte debe referirse al mundo.

«Al mismo tiempo que Dios hablaba por la boca de Jesús á las almas puras, Satanás gritaba á las almas cobardes... »

La voz es más robusta, y los brazos, que antes sólo servían para marcar de un modo nervioso los finales de frase, se convierten en verdaderos instrumentos de batalla. Ese dedo que se crispa al dirigirse hacia el auditorio, señala al Vicio: esa mano que empuña los cordones del púlpito, cree tener cogida la cabellera de Satanás y vibra con vibraciones de pasión y de odio.

En el fondo, ninguna tolerancia, ninguna concesión; nada más que piedad, amor ó aborrecimiento, sin matices, sin sutilezas y sin hipocresías.

LAS RISAS Y LAS SONRISAS

DE

ERNESTO LA JEUNESSE

LAS RISAS Y LAS SONRISAS

DE

ERNESTO LA JEUNESSE

Para Luis Bonafoux.

Una tarde, en casa del autor de *Yanthis*, diez ò doce personas hablaban alegremente de todo lo que los literatos y las actrices pueden hablar sin decir muchas tonterías y sin fastidiarse demasiado. Hablaban de teatros, hablaban de libros y hablaban, sobre todo, de actrices y de literatos ausentes.

— « ¿Quién ha leído el último libro de Daudet? » — « Y las memoras de Goncourt? » — « Un médico acaba de inventar unas pastillas para perfumar la boca y las ha dedicado á madame Rejane. » — ¿Y Marie Krisinska? » — « ¿Y Luisa? » — « Su boca es un cementerio de niños. » — Los nombres ilustres iban y venían en la conversación, envueltos en frases irónicas ó acompañados de juegos maliciosos de palabras. Y

como todos estaban de buen humor y como las personas de quien se hablaba eran amigos cuyo verdadero defecto consistía en no estar presentes, las maldades inofensivas brotaban, en general, de los labios sin producir una impresión verdaderamente cruel.

De vez en cuando, sin embargo, una vocecilla aguda, agria, desagradable; una de esas vocecillas de polichinela carnavalesco, sonaba en un extremo del salón, articulando frases de una dureza rencorosa. — « D'Esparbes — decía alguien — ha oido la palabra del Emperador. » — « Lo que ha oído, respondía la voz estridente — es la palabra de Cambronne. » — Otro aseguraba : « Cuando dos personas se encuentran juntas, entre las dos casi siempre hay un estúpido. » Y la vocecilla replicaba : « Sí ; y cuando usted y yo nos encontramos, el estúpido no soy yo »...

El que tan duramente se expresaba era Ernest Lájeneusse.

— Un hombre muy malo — me dijo Lorrain al presentármele.

...Y la casualidad quiso que al salir de la casita de Auteuil en donde el poeta perverso y adorable de la *Floresta Azul* recibe á sus amigos, Lajeunesse y yo nos encontrásemos en la puerta. Y como los dos ibamos hacia Montmartre, nos fuimos juntos. Y durante una hora charlamos de muchas cosas y de muchos amigos — que los amigos me perdonen.

— Esa actriz que acaba de felicitarme por mi artículo contra el director del Odéon, me ha proporcionado un verdadero disgusto.

— ...¿Disgusto?

— Sí, porque si mi artículo le gusta á ella, mi artículo debe de ser muy malo.

La broma es antiqua, gastada, casi vulgar. Moratín en el siglo XVIII dijo:

...Pedancio, poco me altera,
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Y sin embargo, en labios de Lajeunesse esa vulgaridad tenía algo de macabro, algo que era como una mueca de bufón real ó como un chiste triste de payaso contrahecho.

Porque en Lajeunesse todo contribuye á producir un efecto de maldad áspera y envidiosa. Su voz, como ya lo he dicho, es chillona y estridente; y su figura no es más afortunada que su voz. Parece un chiquillo mal formado, con los ojos pequeños é incoloros bajo una arcada enorme de cejas negras, con las mejillas y los labios barbilampiños, con la boca un si es no es torcida y con las orejas más bien grandes que pequeñas. Y para completar ese conjunto de niño feo, un par de anteojos y un enorme sombrero de fieltro.

Al despedirnos me preguntó :

— ¿ Le parezco á usted muy malo?

— ¿ Malo ? No. Más bien desagradable.

***

Buffon, un escritor que dijo muchas tonterías de una manera deliciosa, asegura en el más famoso de sus dircursos que « el estilo es el hombre. »

Superficialmente considerado, Lajeunesse literato se confunde con Lajeunesse personal.

Su libro, su único y verdadero libro según la opinión general, *Las noches, los aburrimientos y las almas de nuestros más notorios contemporáneos*, es una colección de parodias y de sátiras agrias, sangrientas, épicas, entre las cuales desfilan en teoría burlesca, desfigurados, envueltos en andrajos de clowns, cargados de jorobas, pintados de amarillo y de verde, con grandes relojes en las nalgas, con reyes de naipes en los carrillos, con las manos hinchadas ó exangües, con las piernas como cañas de pescar y los vientres como melones fabulosos, los hombres que más emociones nobles nos han proporcionado durate estos últimos diez años.

Convertido en moderno y bilioso Asmodeo, Lajeunesse se ha introducido en los palacios de la lite-

ratura moderna, y, no contento con levantar techos, ha entreabierto las almas y los cerebros, y ha visto pensar y sentir. — Ese viejo lleno de pelos grises, muy miope, caduco y raquítico, que trata aun de hacer algún ruido con un tamboril destemplado, es Alfonso Daudet. ¿Y el que está á su lado, el joven fatuo, y fastidiado y fastidioso, que habla en largos períodos obscuros y llenos de palabras, dignos de un sacamuelas pedante? Ese joven es Leon Daudet, el hijo del maestro. Ese otro que se pasea por las calles de París creyéndose un « mundano, » un hombre *chic*, un príncipe de la elegancia, y que, de pronto, al encontrarse frente al espejo de un peluquero, exclama: « ¡Pero si parezco un rufián de baja especie! », ese rey destronado de la distinción social se llama Paul Heriveu. — Un caballero que no tiene que hacer se pone á contemplar su propia alma y ante la masa informe que su microscopio autopsicológico le ofrece, declara sinceramente: « Eso es feo, eso es sucio y ocupa mucho lugar; tiene glándulas y jorobas, parece un absceso de intestino y un tumor de várices; es horrible y es mi alma... ¿Es horrible? ¿Y por qué? No; más bien es chusco y carece de atractivo. Y sin embargo, bien se ve que es una bonachona y triste alma, un alma pesada, sin vocación. No había nacido ni para la virtud ni para el vicio. Es un alma de pobre diablo. »

El que así se expresa hablando de su propia alma, es Joris-Karl-Huysmans, autor de *A Rebours* y de *La Bas*. — El que viene después se llama Emilio Zola y también ės sincero. Oidle : « He escrito libros — dice — libros inmensos, pesados ; y he dicho de qué modo los he escrito, á qué hora los he concebido, cuántas líneas por hora, cuántas palabras por línea, cuántas letras por palabra, cuántas ideas por hectómetro, cuánta tinta por metáfora... Lo he dicho todo, sin decir gran cosa. »

...Y la inmensa carabana de ingenios vestidos de saltimbanques, continúa, á lo largo de las cuatrocientas páginas del libro, marchando con pasos cómicos y hablando sinceramente, con sinceridad de comedia ó de farsa. Los unos dicen en prosa sus pecados grotescos ; los otros se confiesan en verso, insultándose todos á sí mismos, sin pudor, sin miedo, sin reticencias, sin hipocresías, sin discreción, sin artificios, como si fuesen á ser juzgados en el Juicio Final de las Letras por el dios Polichinela.

Oíd á nuestro maestro Heredia en su examen de conciencia poética :

« Je suis Celui-Qui-Met-En-Fuite-Les-Idéęs.
Et quand vers elles je m'avance d'un pas lourd,
Du pas dont vers Arz-Roum marchait le beigh Timour
— Mais ses manœuvres sont elles élucidées ? —

Elles s'envolent si légères; évidées!
Hautaines comme des flots de dentelles à jour
Et douces et moqueuses et fuyant autour
De ce pauvre homme que je suis aux mains ridées!

Elles me frôlent, me soufflettent de leurs ailes;
Impuissant je soupire en les voyant si belles,
Si lointaines et si proches — c'est un record —

Mais pour me consoler de leur fuite sereine,
Pour oublier leur haine et ma chaîne et ma peine
J'ai l'admiration de Monsieur Melchior. »

... Todo eso es duro, agrio, grotesco, cruel, energúmeno, loco terrible... Y todo eso es justo sin embargo, desde el punto de vista de la caricatura y de la parodia. Y el que ha imaginado todo eso, es una excelente persona cuya maldad no reside sino en la superficie del alma, y cuya alma verdadera es una pobre alma de poeta sentimental, atormentada y tímida.

***

En efecto...

Lajeunesse es una persona excelente. Yo le quiero tanto como le admiro.

Después de la primera charla, en la cual no pude ver sino el aspecto desagradable y bilioso de su carác-

ter, otras charlas menos literarias y más íntimas me han revelado el fondo verdadero de su ser psíquico. Juntos hemos visto desfilar, ante una copa de aguardiente de la Torre de Nantré, las noches de agonía del alegre Chat-Noir. Juntos nos hemos paseado melancólicamente por las calles bulliciosas de Montmartre... Hemos pasado muchas veladas juntos. Y en esas horas de abandono y de intimidad, más de una vez he creído sorprender, en sus ojos sin hermosura, una lágrima de tristeza sensitiva, una de esas buenas y santas lágrimas que vienen á los párpados cuando una boca deseada no quiere sonreirnos, cuando una mano blanca no quiere estrechar nuestra mano, cuando una falda conocida pasa junto á nosotros sin rozarnos...

Y así, cuando al tratar de imitar su sistema de confesiones forzadas me he figurado lo que hay en su corazón y en su cerebro, sólo he visto una novela breve y triste.

***

Como todos nosotros, los peregrinos del Ideal, Lajeunesse llegó á París en busca de fama y de fortuna.

Traía un gran talento, y traía también muchas ilusiones, y traía además algunos manuscritos. Pero

los manuscritos eran provincianos... Al fuego, pues, lo que no era parisiense... Y en su pobre cuarto de hotel otro manuscrito, el primero que debía ser publicado, comenzó á surgir de las páginas blancas de un antiguo cuaderno de clase. ¿Era una novela? ¿era un cuento? ¿era un poema? Era todo eso y era algo más : era una fantasia apasionada, un canto de esperanza, de fe y de amor; un enjambre de imágenes delicadamente irónicas y suavemente febriles; algo en que se hablaba de mujeres, de la mujer, de vírgenes compasivas, de cortesanas piadosas, de almas enfermas, de nostalgias íntimas, de besos en flor, de caricias refinadas, de deseos, de desfallecimientos, de gracias, de perfumes, de blancuras y de lágrimas... Era un poema, una novela, un cuento, y al mismo tiempo era una queja y una plegaria.

En el nuevo manuscrito las frases armoniosas cantaban, entre las líneas menudas, sus canciones discretas y ardientes. Estaba terminado.

El joven poeta quiso recitarse á sí mismo su obra; púsose de pie; apoyóse en el mármol de la chimenea y comenzó á leer. De pronto, al levantar inconscientemente la cabeza para buscar en el espacio una palabra más musical que otra, vió su imagen en el espejo. Y se vió tan poco digno de cantar amores, con su pobre rostro de chicuelo feo y mal educado, que su obra le pareció ridícula... por ser suya.

. . . . . .

Al día siguiente apareció en un diario del boulevard su primera sátira sangrienta contra un contemporáneo cualquiera.

*
* *

Esa es la novela que he imaginado para explicarme el fondo secreto del alma de Lajeunesse.

Por lo demás, él mismo me dijo, una noche de franca melancolía :

— Yo soy un sentimental, un verdadero sentimental que ama, sufre, cree, espera y desea como los demás. Pero el Ridículo me inspira más miedo que el Dolor y la Muerte. Mi maldad es puro dandismo.

...¿Dandismo?... Puesto que él lo asegura... Y sin embargo en sus sátiras hay algo de verdaderamente amargo. Y en ciertas ocasiones, sus risas nerviosas y estridentes, suenan de un modo tan intenso como la gran carcajada de Aristófanes.

*
* *

La risa cruel, que fustiga como un látigo ideal, tiene un gran mérito; — ¿quién lo duda? — pero yo personalmente prefiero la sonrisa irónica y melan-

cólica que murmura entre las frases con discretas sonoridades de melopea y que dá al conjunto una gracia vaga, un encanto indefinible. Y así cuando tengo que escoger entre Apuleyo y Juvenal, me quedo con Apuleyo; y cuando quiero admirar á Lajeunesse sin dejar de quererle, no leo un capítulo de sus *Noches* sino una página de su *Napoleón*.

*
* *

La Imitación de nuestro señor Napoleón es un ibro muy breve, en el cual Ernesto Lajeunesse ha encerrado algunas de sus meditaciones sobre la voluntad, sobre la energía, sobre la gloria, sobre la ambición y sobre el carácter aventurero. No es una obra histórica, ni tampoco un panegírico, ni menos aun un estudio político. Es sencillamente una colección de sonrisas y de ensueños, entre los cuales aparece, de vez en cuando, el César Moderno como pretexto, ó como ejemplo. Antes de comenzar á leer esa obra es necesario conocer la carta por medio de la cual Lajeunesse se lo dedicó á una joven actriz amiga suya : « No te eches á reír, chiquilla, si vengo á ti pálido, jadeante, plegado bajo el peso de las ambiciones, de los deseos, de las fiebres y de las pesa-

dillas : traigo los mundos y los traigo para ti. — Te he visto emperatriz y princesa : has sido ya Ifigenia y Berenice; mañana serás la infanta del « Cid » y la Eudosía de Bizancio; has sido también la muchacha del pueblo que llora y que muere; has cantado con tus labios jóvenes la canción de la Rebelión, y con tu corazón rubio y firme has exhalado los sollozos del Dolor y del Ensueño. Tú eres tú. — He aquí un libro que no puedo dedicar á mi madre porque las madres no quieren que sus hijos hablen de ser emperadores ó de dar un imperio á éste ó á aquél; he aquí un libro que tampoco quiero dedicar á un joven, porque está escrito para todos los jóvenes. Algunos dirán que me alejo de Balzac; otros se burlarán de mí, y otros, en fin, querrán no comprenderme.

En cuanto á los demás... Se trata de acción y de actividad... He aquí un libro por el cual tengo un gran cariño. En él hay largas charlas, en él hay heroismo y en ciertas páginas también se habla en él de Napoleón. Pero yo no debo juzgarme á mí mismo... Así, pues, he aquí un libro por el cual tengo un gran cariño. Recíbelo con cariño aunque no sea ni un libro de amor ni un libro divertido. Hélo aquí. He aquí los mundos y el mundo, las esperanzas, el porvenir, la acción, el horror y los ensueños; las metafóras, la ternura, el drama y los dra-

mas, todo mi ser, toda mi alma... y algo más. Todo es para tí; tómalo. »

La página es encantadora. En ella está encerrada toda el alma íntima de Lajeunesse, con sus sonrisas, sus ternuras, sus orgullos, sus ingenuidades, su ligereza, su ironía y su pasión.

NOTAS SOBRE

LAS ENFERMEDADES DE LA SENSACION

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA LITERATURA

NOTAS

SOBRE LAS ENFERMEDADES

DE LA SENSACIÓN

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA LITERATURA

A D. Juan Valera

I

«*El amor contiene siempre una*
»*parte de dolor. Todos los poetas*
»*eróticos nos han hablado de las*
»*torturas deliciosas, y del goce*
»*doloroso del amor.*

»A. ZIMMERMANN.»

Escritas con objeto de contribuir á la vulgarización de una de las ciencias que más interés despiertan actualmente á los curiosos de psicología, estas notas no son sino el análisis y el resumen de algunos tratados de psiquiatría, cuya lectura es demasiado larga y demasiado árida para que los jóvenes literatos se decidan á emplearla.

En España y en América, sobre todo, donde los escritores son generalmente poco aficionados á estudios especiales, es seguro que los diletantes modernistas se echarían á reir si alguien les asegurase que para comprender el sentido verdadero de ciertos libros es necesario haber leído antes una docena de volúmenes alemanes, italianos y franceses, que son muy largos, que son muy pesados y que ni siquiera tienen el atractivo de la inmoralidad. Porque hoy, en efecto, las obras relativas á los misterios del amor ya no son inmorales. Los sabios modernos, los Lombrosos, los Krafft-Ebing, los Notzing, los Moll, los Legrand, han eliminado de sus estudios todo el encanto perverso de las antiguas obras sobre las anomalías pasionales y no han dejado, en las páginas de sus tesis, sino el relato seco, técnico, sin sentimiento ni emoción, de los casos patológicos.

Empero, no hay más que leer en los libros de Max Nordau y de Ebing los catálogos de novelas en las cuales hay un fondo de sadismo, de masoquismo ó de fetichismo, para comprender que el estudio de esos relatos secos y técnicos son de una utilidad casi indispensable á los que desean darse cuenta del desequilibrio erótico y sensitivo de la literatura actual.

«Los jóvenes literatos — me decía el autor de

Degeneración — han tomado casi todas sus imaginaciones macabras en los casos patológicos descritos por los grandes psiquiatristas contemporáneos. Si quiere usted conocer la fuente de todo lo extraordinario de la novela moderna, lea usted la *Psicopatía Sexual*».

Yo seguí el consejo de mi ilustre amigo: leí la *Psychopatía*, leí la *Dinamogenia General* de Binet, leí *La Locura* de Legrand, leí *Los Bisexuados* de Laurent, leí *El Hombre de Genio* de Lombroso... Y con algunos extractos sacados de esas obras, unas cuantas notas tomadas en la historia de las letras modernas y tres ó cuatro observaciones personales, he compuesto las páginas que hoy ofrezco á los jóvenes literatos de España y América.

II

EL AMOR MODERNO

> « *El sendero de nuestro pro-*
> » *pio Cielo pasa siempre por la*
> » *voluptuosidad de nuestro pro*
> » *pio Infierno.*
> » FEDERICO NIETZSCHE. »

En tesis general, podría asegurarse que el amor — el amor sensitivo, el amor intenso, el amor pasión — es, sus en sí mismo y en todos casos, una

verdadera enfermedad que no sólo produce un sufrimiento especial y casi físico, sino que hasta falsea los sentidos de la sensación y del pensamiento.

Lo que en literatura se llama «amor sano», no existe en la Naturaleza ó por lo menos no existe como tal amor. El amor sano, el que no hace sufrir y gozar al mismo tiempo, el que conserva un juicio cabal, no es, en realidad, sino una amistad cariñosa é instintiva que tiene por base filosófica el sentimiento de la perpetuación de la especie. Así los más recientes analistas del erotismo casi no han encontrado interés alguno en el estudio de ese sentimiento. «El amor conyugal — dice Rigault — no es amor». Y uno de los más distinguidos críticos franceses asegura que el libro menos agradable del universo es *El Amor en el Matrimonio* de Guizot.

El amor-pasión, en cambio, ha inspirado las más bellas páginas de la literatura contemporánea. El célebre libro de Michelet, es una descripción de la mujer como instrumento delicado y enfermizo de placer; el *Amor* de Stendhal se resume á una sola frase: «la pasión es cual la fiebre y la voluntad no tiene nada que ver con ella»; las *Flores del Mal* de Baudelaire, son un verdadero Breviario de los sufrimientos pasionales; y el más admirable libro de Bourget, es una exposición metódica de los padecimientos amorosos de un artista moderno.

Un análisis completo de las memorias de Claude Larcher, nos daría una idea completa de la enfermedad del amor; pero, ¿cómo analizar ese libro tan complejo, tan variado, tan fragmentario? ¿qué idea general extraer de la infinidad dolorosa de meditaciones que su propio estado psicológico inspiró al amante de Colette Rigaud? Lo único que puede servirnos para indicar las fases del alma inquieta de Larcher, es la transcripción de algunos pasajes de sus lamentaciones: « Dalila engañó á Sansón con la esperanza de experimentar una sensación nueva entre esos brazos que ella misma iba á hacer encadenar. — Una mujer que ha amado, y que por lo mismo ha sufrido, contempla á las mujeres que coquetean como una mujer que ha perdido á un hijo de carne y hueso, contempla á las mujeres que juegan con una muñeca. — En amor, las grandes desgracias y las grandes dichas tienen su origen en asuntos insignificantes. — Lo que nos enseña á desconfiar del amor, no son las traiciones de la mujer, sino las nuestras. — No es el amor, ni tampoco el honor lo que hace que un amante engañado piense en matar: la idea del asesinato procede de los sentidos. — En amor, como en lo demás, las únicas agonías deseables son las agonías breves. — El amor es una enfermedad y el enfermo más cuerdo es el que sufre sin pensar, como un animal. — La ven-

ganza más cruel de una mujer consiste á veces en sernos fiel. »

Estas frases dolorosas y desoladas, no son tal vez enteramente justas: pero en todo caso nos indican el estado de las almas enfermizas de nuestro siglo y nos preparan mejor que el más elocuente de los discursos, para oír sin gran asombro las confesiones de las almas verderamente enfermas, de las almas de los sadistas, de los masoquistas, de los fetichistas y de los que padecen de inversión sexual.

III

EL AMOR CRUEL

« *Los besos y los mordiscos son*
» *tan idénticos que los que aman*
» *con todo su corazón pueden con*
» *fundirlos.*
» A. Von Kleizt. »

El sadismo no es sino la exaltación morbosa de uno de los instintos más naturales del hombre: el instinto de la crueldad.

Todos, en efecto, llevamos en el fondo de nuestras almas una fiera que duerme — encadenada á veces por la piedad, á veces por la timidez, á veces

por la religión. — Cuando esa fiera despierta, tenemos necesidad de contemplar el sufrimiento ajeno para lograr el propio goce. ¿ Y quién puede asegurar que su fiera no ha despertado nunca ? Aun los más timoratos y los más clementes, han sentido, en ciertas ocasiones, leyendo el relato de una batalla ó escuchando los detalles de una aventura dramática, el placer que los dolores ajenos proporcionan.

Y no se diga que la crueldad es un sentimiento de refinados, pues, por el contrario, nada hay de menos « humanitario » en el sentido falso que á esta palabra se dá, que el hombre natural, entregado á sus sentimientos. Todas las razas primitivas fueron crueles. El goce ante el dolor ajeno, es un sentimiento innato en el hombre. Lo artificial y lo refinado, sería más bien la sensibilidad humanitaria, en caso de que un sentimiento cualquiera pudiese ser artificial.

« Los hombres — dice Teófilo Gautier — tienen grandes pretensiones de originalidad y, sin embargo, no han podido ni siquiera inventar un nuevo pecado ». Tampoco han podido inventar un nuevo sentimiento. Las complicaciones, los refinamientos y las delicadezas de que se hace gala en ciertas épocas de actividad cerebral, no son, en el fondo, sino matices exagerados de modos muy antiguos de sentir. La historia nos obliga á confesar á cada instante que lo que á nosotros se nos figura nuevo, es antiquísimo.

El sadismo, como enfermedad pasional, tiene la misma edad que el Amor, y sólo puede parecernos nuevo por los estudios científicos que á propósito de él se han hecho últimamente y por lo mucho que los literatos modernos han hablado de sus manifestaciones sociales.

« La *combatibidad* y el deseo de matar — dice Schaefer — son atributos tan naturales del hombre, que la existencia de una conexión entre esos deseos sanguinarios y los deseos puramente voluptuosos no pueden ser puestos en duda. Y hasta puedo asegurar, fundándome en observaciones que sería imposible refutar, que aun los hombres dotados de un perfecto equilibrio psíquico y sexual, sienten á veces los primeros síntomas precursores del deseo amoroso después de haber leído libros en que hay descripciones de batallas ó de cacerías emocionantes ».

IV

BARBA AZUL

El ejemplo más característico y más terrible de sadismo que la historia humana nos refiere, es la leyenda de Gil de Rez, el *Barba Azul* misterioso de los cuentos de Perrault, el apasionado taciturno y sanguinario del *La Bas* de Huysmans.

Gil de Laval, barón de Retz y señor de Montfort, nació en Bretaña en el año de gracia de 1396.

Guerrero y cortesano, sirvió á Carlos VII en sus luchas contra los ingleses, y se dió á conocer en el sitio de Orleáns como uno de los más bizarros, de los más nobles y de los más ricos capitanes del ejército de Francia. Su juventud fué idéntica á la de todos los nobles de su época, y el proceso que más tarde instruyó contra él la corte de Nantes, no contiene ninguna acusación contra su vida militar, — tal vez porque sus instintos crueles no se manifestaron sino más tarde; tal vez porque la sangre de sus primeras víctimas se perdió en el torrente vertido por las espadas de Juana de Arco.

Las primeras faltas de que la historia le acusa, no tienen, en realidad, nada de terribles. « Gastando más dinero del de que podía disponer y pudiendo disponer de rentas considerables, llenóse de deudas desde el principio » dice un cronista de la época. — Su castillo de Retz fué, en efecto, una de las viviendas feudales más suntuosas del siglo XIV. Las fiestas que allí se celebraban, llegaban generalmente á tomar proporciones fantásticas, aspectos épicos, caracteres babilónicos. Más que fiestas feudales, eran orgías interminables en las que todo estaba permitido. El anfitrión no exigía sino que las copas estuviesen siempre llenas y los lechos siempre ocupados.

Las antiguas baladas de Bretaña hablan de esas bacanales con admiración y con terror: « Todas eran gente de fama — de fama y de juventud — todas entraron en el castillo — y allí vivieron varios días — nadando en un mar de vino — de vino y de hipocras — las bellas y los galanes — todos en vino nadando — los que salieron, no salieron sanos — y no todos salieron — ni aún al cabo de muchos días ».

Pero poco á poco Gil de Rez fué fatigándose de la monotonía ruidosa de las orgías, como antes se había fatigado de la monotonía heróica de la guerra. Su alma misteriosa no encontraba ya grandes placeres en los festines. Las mujeres mismas y el goce que las mujeres proporcionan, llegaron á parecerle fastidiosos. Sus esposas y sus queridas, morían decapitadas. Una leyenda antiquísima que sirvió de documento al divino Perrault para componer el cuento de *Barba Azul*, nos refiere la última aventura matrimonial del señor de Retz. « Una tarde pasó cerca del castillo, caminando hacia Molaix, un caballero llamado Odón de Tremeac, conde del Rey, dueño de Krevent y de otros lugares; á su lado cabalgaba, en un caballo blanco, una linda doncella, novia suya, Blanca de Herminière. Gil de Retz les invitó á descansar un instante y bebió con ellos una copa de hipocras. Los dos viajeros tenían urgencia de continuar su ruta y así lo dijeron al barón; pero éste se mostró

tan obsequioso y tan amable, rogándoles que esperasen, que la noche vino sin que se hubiesen separado. De pronto unos veinte de arqueros se apoderaron del conde Odón de Tremeac y le encerraron en un calabozo profundo. Entonces Gil de Retz ofreció su amor y su nombre á la linda doncella. Blanca se echó á llorar. Y mientras ella lloraba, la capilla llenábase de luces y de perfumes, y las campanas sonaban alegremente para anunciar sus bodas, y los vasallos cantaban cánticos nupciales. Blanca fué conducida al pie del altar, pálida como un bello lirio y temblorosa como una hoja de la floresta. El señor de Laval, magnificamente ataviado, hermoso, con su barba roja llena de perfumes, fué á colocarse á su lado.

« — Deprisa, señor capellán — dijo — casádnos en seguida.

» — ¡No! — exclamó Blanca; — yo no quiero al barón como esposo.

» — Pero yo quiero que nos casen.

» — ¡No nos caséis, señor cura, no nos caséis!

» — Obedeced á mis órdenes, capellán.

» Y como Blanca tratase de huír, el barón la cogió entre sus brazos y le ofreció sus tierras, sus castillos, sus prados, sus montes, sus joyas, sus tesoros, su alma y su cuerpo.

» — Está bien — terminó Blanca — acepto lo que

me ofreces; de hoy más eres mío, me perteneces en cuerpo y alma.

» La linda doncella habíase metamorfoseado en un diablo azul que sonreía al lado de Gil de Retz.

» — ¡Maldición! — gritó el señor de Laval.

» El diablo azul prosiguió, después de haber lanzado una carcajada siniestra:

» — Dios se cansó al fin de tus maldades; ahora perteneces al infierno. Mira tu barba.

» La barba de Gil de Retz se había vuelto azul obscura.

» — Y eso no es todo — siguió diciendo el demonio: — en adelante ya no eres el señor de Laval, sino Barba Azul, el más horrible de los hombres, el terror de los niños. Y tu nombre será maldecido por toda la eternidad; y tus cenizas serán echadas al viento después de tu muerte; y tu alma espantosa bajará al infierno.

» Gil quiso arrepentirse; pero el diablo le habló de sus siete víctimas, sus siete mujeres enterradas en los subterráneos del castillo. Luego le dijo:

» — El conde Odón, á quien yo acompañaba disfrazado de doncella, cabalga en estos momentos por la ruta de Elven, acompañado por todos los gentiles hombres del país de Redón.

» — ¿Y qué vienen á hacer?

» — Vienen á vengar á las que fueron matadas por ti.

» — Entonces estoy perdido.

» — No, porque aún no ha llegado tu hora.

» — ¿Quién los detendrá?

» — Yo, que necesito de tu ayuda y de tu amistad, mi querido y buen caballero.

» — ¿Los detendrás?

» — Sí; los detendré porque estoy seguro que me servirás mejor estando vivo que estando muerto. Adiós, y no olvides que eres mío.

» El diablo azul cumplió su palabra impidiendo que los gentileshombres del país de Redón llegasen hasta el castillo. Pero desde ese instante Gil de Retz fué su esclavo ».

Esta leyenda popular de Bretaña, marca, de un modo poético, el instante en que Gil de Retz, después de haber decapitado á sus seis esposas, comenzó á buscar con el apoyo ideal de fuerzas infernales, la satisfacción completa de sus deseos voluptuosos y sanguinarios.

En compañía de un aventurero inglés y de un sacerdote italiano, quiso evocar á Lucifer por medio de rituales sangrientos. Lo mismo que en las misas negras del abate de Guibourg y de madama de Montespán, en las ceremonias evocadoras del señor de Laval, la sangre fresca de los niños y de las mujeres era el más indispensable elemento. En menos de cinco años fueron degollados y hechos materialmente

pedazos, en el castillo de Tiffauges, unos ciento cincuenta niños y hasta cien mujeres. Al principio el mariscal no mataba á sus víctimas sino para extraerles las entrañas y ofrecerlas en olocausto á Satanás; pero más tarde, cuando su paciencia comenzó á cansarse de esperar en vano al ser Todo Poderoso en el Mal que debía revelarle los secretos del goce infinito y de la riqueza inagotable, sus crímenes tuvieron por verdadero objeto apagar su sed de crueldad voluptuosa. En los documentos reunidos por Durtal, hay algunos que indican, con detalles espeluznantes, los diversos métodos que Gil de Retz empleaba en sus sacrificios humanos. En general los niños y las mujeres que caían entre sus garras no morían sino después de haber servido durante algún tiempo como instrumentos de exaltación voluptuosa. Á veces el barón comenzaba por hacerles pequeñas heridas para introducir en ellas los dedos ó la lengua. En otras ocasiones cortábales un brazo con el cual les azotaba después, mientras su amigo, el sacerdote italiano, lamía la sangre de la llaga. Cuando una de sus víctimas mostraba una fuerza de vitalidad extraordinaria, Gil de Retz le ofrecía la mitad de su lecho para oirla agonizar en el silencio de la noche y para acariciar, tranquila y largamente, sus miembros ablandados y humedecidos por el dolor y por la sangre.

Y lo curioso, lo extraordinario, lo que mejor nos

prueba la atracción que los grandes criminales del amor ejercen entre las mujeres, es que, cuando el señor de Laval fué quemado por los jueces de Nantes, muchas damas de su linaje levantaron el cuerpo muerto entre sus nobles brazos, y se disputaron el honor de cubrir de besos su hermoso rostro carbonizado.

V

CASOS DE AMOR CRUEL.

El sabio moderno que mejor y más claramente ha expuesto los caracteres científicos del sadismo, es Krafft-Ebing. La traducción completa del capítulo de su *Neuro-psicopatía general*, titulado *Relaciones entre la crueldad activa, la violencia y la voluptuosidad*, sería el mejor medio para explicar el asunto de que hablamos. Desgraciadamente las proporciones de ese capítulo, con relación á las de este estudio, no me permiten sino ofrecer á mis lectores un extracto en el cual trataré de seguir de una manera fiel las explicaciones del ilustre médico austriaco.

Los primeros caracteres psíquicos que indican el íntimo parentesco que existe entre el amor y la crueldad, se encuentran en los casos en que dos seres

sanos y nerviosos se muerden y se aruñan en los momentos de la suprema voluptuosidad, como si se odiaran. El odio y el amor, son, no solamente las dos manifestaciones más profundas de la pasión, sino las dos únicas formas de la pasión: ambos sentimientos agitan la esfera psico-motriz y llegan, por medio de esta agitación, á sus manifestaciones naturales; ambos provocan, una vez exaltados, el deseo de reaccionar por todos los medios posibles, y con la fuerza más intensa de que pueda disponerse, contra el objeto que determina la exaltación.

Cuando la pasión amorosa alcanza su grado máximo, el amante trata de causar un padecimiento al objeto amado, y en ciertos casos llega á torturar, á herir y aun á asesinar á su compañera de placer. Lombroso asegura, en su *Hombre delincuente*, que este instinto cruel existe también en algunos animales.

El sadismo es la exageración anormal de ciertos caracteres de la existencia pasional, que se manifiestan, sobre todo en el hombre y que le producen una sensación de goce infinito é impulsivo. En algunos casos el sadismo es doble y el sadista encuentra torturas en la voluptuosidad y voluptuosidad en las torturas. una mujer hermosa le hace pensar en la sangre; la sangre le hace pensar en una mujer hermosa.

« Empíricamente es imposible establecer una dis

tinción entre los casos de sadismo congenital y de sadismo adquirido. Muchos individuos enfermos originalmente, hacen grandes esfuerzos durante mucho tiempo para sobreponerse á sus instintos, á sus deseos perversos, y mientras son jóvenes y fuertes logran, en efecto, contentarse con torturas imaginarias; pero más tarde, después de haber triunfado sucesivamente de todas las contra-razones éticas y estéticas, y después de haberse convencido en más de una oportunidad de que el amor natural no les proporciona un placer completo, las inclinaciones morbosas se rebelan y se manifiestan exteriormente. Entonces la disposición perversa y original conduce á los actos tardíamente, por lo cual algunos se figuran que la enfermedad no es congenital sino adquirida. Desde luego, pues, debe creerse que este estado psicopático existe siempre *ab-origine* ».

Á veces el sadismo se complica de hiperestesia é inspira actos verdaderamente inverosímiles, como el de un italiano llamado Grassi, que, según Lombroso, asesinó á la mujer de quien estaba enamorado, á su padre y á sus dos hermanos; y luego, cuando todos los seres humanos que vivían á su lado desaparecieron, bajó al establo y mató varios bueyes.

Otro ejemplo, más terrible aún, es el siguiente, contado por Fuerbach: Un campesino, llamado Andreas Richel, se enamoró de una muchacha, y en el

delirio de su pasión la cortó en pedazos, tratando de imitar á los carniceros; cuando el cuerpo de su víctima estuvo dividido como el de un carnero, comenzó á comerse los trozos que más blandos le parecían.

Al lado de estos horrores, la vida y las obras del marqués de Sade parecen casi inofensivas. Abandonemos, pues, durante un instante, las crueldades referidas por los sabios, y hablemos del autor de *Justina*, siquiera por ser él quien dió su nombre á la enfermedad que nos ocupa y por haber querido convertirse en el apóstol de lo que él mismo llamaba « la religión de la perversidad ».

VI

EL MARQUÉS DE SADE

El marqués Alfonso de Sade nació en París, en el hotel de la princesa de Condé, el 2 de junio de 1740. Lo mismo que todos los nobles de su época, comenzó sus estudios entre sacerdotes y los terminó entre militares. Á los quince años de edad, era ya teniente de la guardia real.

Después de la guerra de los Siete Años, en la cual tomó parte como capitán de coraceros de Su Majes-

tad, casó con una de las más elegantes y de las más bellas señoritas de la burguesía parisiense, con la señorita de Montreuil, hija de un magistrado influyente y rico.

Al cabo de algunos meses de vida conyugal, el marqués de Sade comprendió que su alma era demasiado inquieta para vivir atado á otra alma y que sus nervios necesitaban sacudimientos más intensos que los que una burguesa honesta y enamorada podía proporcionarle. En pleno período de luna de miel, abandonó, pues, á su esposa y se refugió, acompañado por una bailarina del teatro de la Comedia, la célebre Beauvoisin, en su palacio de Comptat.

Pero tampoco los besos complicados de las cortesanas bastaban á llenar sus deseos. Su complexión psíquica tenía necesidad de algo que fuese extraordinario, de algo que todos los ricos hombres de su tiempo no pudieran hacer, de algo, en fin, que no se pareciese á los placeres monótonos de los cortesanos parisienses.

Su primera aventura característica, fué la secuestración de madame Rose Keller. Un día el marqués ordenó á sus criados que buscaran dos mujeres perdidas y que las dejaran en su alcoba; luego fué á presentar sus respetos á las damas nobles que vivían cerca de su casa. Al volver, encontró á Rosa Keller en la plaza de las Victorias; saludóla atentamente;

la acompañó un trecho; y cuando se halló en una calle desierta, la hizo entrar por fuerza en un carruaje y la condujo á su domicilio. « Ya en su granero — díce un escritor del siglo pasado — encerróse con ella en una pieza, tomó una pistola y amenazándola de muerte la obligó á desnudarse, después de lo cual la ató contra una cama y la dió de azotes hasta que el cuerpo de la pobre mujer estuvo cubierto de sangre. Entonces el malvado sacó de un bolsillo de su uniforme un frasco de ungüento y le frotó las heridas. Después la dió un beso en la boca y fuese derecho á terminar la noche en compañía de las dos cortesanas que le esperaban en su propio aposento y que le proporcionaron un infinito goce ». — Al día siguiente Rosa Keller se presentó ante las autoridades pidiendo justicia contra el marqués de Sade que fué, en el acto, encarcelado y puesto á la disposición de un oficial de la justicia de su majestad que le condenó á un año de presidio. Su encierro, sin embargo, no duró sinó dos meses, gracias á la intervención del mismo Luis XV.

Una vez libre, el protegido del Rey, no pensó más que en satisfacer sus deseos ardientes y criminales. Abandonó desde luego el puesto de teniente general de la Bresse que su padre le había legado algunos años antes; estudió en los archivos reales todos los documentos relativos á los crímenes cometidos por

amor; comenzó á escribir historias pornográficas y espeluznantes. Sus contemporáneos le consideraron desde entonces como un monstruo, y naturalmente sus primeras obras consiguieron un éxito enorme, á pesar de no tener nada de admirables. « Para hacer el análisis de uno de sus libros, — dice un crítico francés — sería necesario hablar de cadáveres sangrientos, de niños martirizados, de mujeres degolladas al fin de las orgías, de copas llenas de sangre y de vino, de tormentos ingeniosos, de calderas llenas de aceite hirviendo, de cráneos rotos, de pieles humanas, de escenas de blasfemias, de mordiscos, de corazones arrancados, de pechos heridos... y aún eso sólo sería el análisis de una página de cualquiera de sus novelas ». Debo deciros que el autor de estas líneas fué un crítico romántico que no veía en los libros sino el lado épico y que aseguraba que para escribir la vida de un monstruo era necesario ser también un monstruo.

En realidad de verdad, las novelas del marqués de Sade son menos inmorales y más fastidiosas que su vida. *Justina* — su obra maestra — es la historia de una niña que cae entre las manos de una banda de bohemios de la lujuria y que se ve condenada á servir de instrumento de placer á todos sus dueños. Las escenas sanguinarias y obscenas que forman el fondo de la obra, son, en efecto, de un

diabolismo inconcebible; pero abundan de tal modo y se repiten tan á menudo, que el lector llega á no ver en ellas sino un panorama monótono, delirante y f lso. En cuanto á la parte filosófica del libro, nada tan inocente y aun tan simple. El marqués de Sade se proponía probar que la virtud conduce á la desgracia. Y para apoyar su tesis con todos los argumentos de que podía disponer, escribió más tarde una continuación á *Justina*, titulada *Julieta*, en la cual asegura de un modo indirecto, que sólo por medio del vicio puede llegarse á la ventura perfecta.

Los Crímenes del amor son una colección de novelas cortas en las cuales el gran libertino se muestra menos presuntuoso y más humano que en las obras antes citadas, « Amor — dice el prólogo — divino Amor, fruto divino que el cielo nos permite cultivar en la tierra para endulzar la vida, Amor, divino Amor, ¿ por qué inspiras tantos crímenes á los hombres ? » Una de las historietas de los *Crímenes del amor*, *Oxtiern*, tuvo tal éxito á su aparición, que la misma *Gaceta* del Gobierno habló de ella en términos elogiosos, á pesar de la mala fama del autor. Oxtiern es un príncipe escandinavo que viola á una doncella llamada Ernestina Falkenheim, de noble raza, y que en seguida la lleva por fuerza á una posada. El dueño de la posada que es « por rara casualidad » un hombre de conciencia, incapaz de mentir é incapaz

de contribuír á una mala acción, dá parte á la familia de Falkenheim del paradero de Oxtiern y de Ernestina. El padre y el hermano de la doncella se precipitan hacia la posada, dispuestos á matar al seductor, pero éste, que no tiene ganas de batirse, se escapa por una ventana. Al verse sola Ernestina se viste con el traje de guerra de su forzador y va á colocarse en la puerta de su estancia, dispuesta á luchar contra él. De pronto aparece Falkenheim armado de los pies á la cabeza; Ernestina le toma por Oxtiern y le ataca con un vigor sobrenatural, con una fuerza llena de odio, con un coraje febril. Afortunadamente el dueño de la posada — hombre-providencia — hace cesar el duelo entre padre é hija é indica el lugar en donde Oxtiern está escondido.

Las demás obras del marqués de Sade son idénticas á *Justina*, á *Julieta* y á los *Crímenes del amor*. En todas ellas los crímenes son más numerosos que las bellas frases y los pasajes fastidiosamente libertinos más frecuentes que las escenas interesantes.

Su biografía, en cambio, es una verdadera odisea de libertinaje. Por desgracia, la historia de las indiscreciones literarias y pasionales no posée sino las crónicas de los tribunales para reconstituír esa biografía. Su primer crímen conocido, el tormento de Rosa Keller, data de 1768. En el mismo año el marqués sedujo á la hermana de su mujer é hizo con ella

un viaje á Italia. Esta falta no tiene nada de grave, y más que una falta es una aventura vulgar y casi burguesa. Pero no así la que cometió en 1772, en Marsella.

En 1772, efectivamente, el autor de *Justina*, acompañado de uno de sus leales servidores, invitó á cenar á todas las cortesanas de la metrópoli del Mediodía. La cena fué una bacanal sin precedentes. Á la hora de los postres cada una de las invitadas comió un pastelito en el cual el anfitrión había puesto una cantárida pulverizada. El final de la fiesta debe, pues, de haber sido la más frenética de las orgías y la más delirante de las cenas. No obstante, nadie habría tenido noticia de estas agapas, á no ser porque al día siguiente, algunas de las cortesanas fueron encontradas muertas bajo la mesa del festín. La justicia se metió de nuevo en los asuntos del Marqués y le condenó á muerte por crimen de inmoralidad y envenenamiento.

Como en aquella época las prisiones estaban generalmente menos bien vigiladas que en nuestros días, el Marqués se escapó de la suya y se refugió en Italia, donde el rey de Cerdeña le condenó, algo más tarde, á algunos meses de presidio por crímenes análogos, aunque menos graves que los de París y Marsella.

En 1777, un tribunal del rey de Francia anuló la

sentencia de muerte pronunciada cinco años antes y condenó al « prevenido » á 50 libras de multa y á relegación temporal. Algunos meses después fué detenido de nuevo y conducido á la Bastilla, de donde no salió sino para ser llevado, diez años más tarde, al manicomio de Charentón.

En 1790 un decreto de la Asamblea Constituyente, ordenó que todos los que habían sido encerrados como locos en los asilos públicos por orden de auto ridades reales, fuesen puestos en libertad. El marqués de Sade salió de Charentón y, al verse fuera, llegó á figurarse que su trastorno había sido verdadero, de tal modo las cosas habían cambiado en París. Luis XV había muerto; Luis XVI había sido guillotinado; Trianón estaba desierto; todos los nobles habianse refugiado fuera de Francia para escapar á las sentencias del Tribunal revolucionario. En su propia casa no quedaba nada de lo que él había dejado: su esposa se había refugiado en un convento: sus servidores... Dios lo sabia; — de su fortuna sólo quedaba el recuerdo.

Para poder vivir, el novelista de *Julieta*, escribió algunas obras dramáticas que fueron aplaudidas durante los primeros años de la Gran Revolución y que le granjearon la simpatía de los nuevos hombres influyentes. En 1792 « el antiguo Marqués » fué nombrado secretario de la sociedad de « las picas popu-

lares» y fué considerado como uno de los mejores defensores de la Libertad, hasta que un miembro del Comité de Salvación Pública, le acusó como aristócrata y le hizo encerrar en la cárcel del Picpus. Su nuevo cautiverio duró un año.

Al recobrar, por tercera ó cuarta vez, su libertad, el Marqués se consagró en absoluto á sus placeres amorosos y á sus aficiones literarias. Durante algún tiempo fué dichoso ó por lo menos vivió alejado de todo lo que á jueces y policiales se refiere. La gran actividad política y militar de la época, hacía que sus actos «pasasen desapercibidos». Las quejas de sus víctimas se perdían entre la algazara de júbilo de los ejércitos triunfantes.

Empero, llegó un día en que los esbirros consulares descubrieron en las tiendas de los libreros *Justina*, *Julieta*, los *Crímenes del amor*, *Filosofía en el Boudoir*, etc. El Marqués (el divino Marqués, como Paul Bourget le llama) fué condenado á reclusión perpetua y acabó sus días en el asilo de Charentón.

Un cronista del Imperio nos da algunos datos sobre los últimos años del gran libertino. «Durante su cautiverio final — dice — el Marqués conservó sus aficiones y sus instintos innobles. Cuando se paseaba por los jardines dibujaba figuras y signos obscenos en la arena; cuando alguien venía á verle, sus pri-

meras palabras eran lujuriosas, aunque muy amables. Sus cabellos eran blancos y muy lindos; su aspecto simpático. Poco tiempo antes de morir, parecía aún un anciano robusto y sin ninguna enfermedad ». He aquí la fecha de su muerte: 2 de Diciembre de 1814.

VII

CASOS PASIONALES

Antes de pasar al análisis del masochismo, permítase me citar dos casos curiosos: uno de sadismo femenino y otro de sadismo que podría llamarse cómico.

« Un hombre casado viene á verme y me enseña una multitud de cicatrices en el brazo. He aquí lo que me dice sobre el origen de esas cicatrices: cada vez que quiere acercarse á su mujer, que es algo nerviosa, tiene necesidad de hacerse una herida en el brazo. Ella chupa la sangre de la herida con un placer infinito. » *(Neuro Psicopatía General)*.

« Un hombre casado no tenía con su mujer sino las relaciones siguientes: ella debía dejarse ennegrecer las manos con carbón ó con otra substancia cualquiera; en seguida debía colocarse ante un es-

pejo de manera que el marido pudiese contemplar en el espejo las manos sucias. Después de un rato de contemplación y de charla, el marido se marchaba muy satisfecho. » (*Higiene del amor* del doctor Pascal.)

VIII

EL AMOR DEL DOLOR

> « *Inspira-t-on jamais l'amour*
> » *par la frayeur?*
> » CREBILLON. »

Sacher-Masoch habría respondido que sí; que el pánico y el sufrimiento inspiran á veces el amor y proporcionan muy á menudo el placer. Juan Jacobo Rousseau, el gran enamorado de las damas crueles, también habría respondido que sí. Y también ese pobre barón Hulot, que vivió amando, que arruinó á su familia por amor, que llegó á robar por amor y que murió de amor, habría respondido que sí.

Los masoquistas, en efecto, necesitan sufrir para gozar, (al contrario de los sadistas que para gozar necesitan hacer sufrir).

« El masoquismo — dice el autor de *Degeneración*

— es una sub-especie de la sensación sexual contraria. »

¿Os parece obscura esa definición? Pues oid de nuevo la palabra de Krafft-Ebing:

« El masoquismo — dice en la *Psychopathia Sexualis* — es una perversión particular psíquica que hace que el individuo, en sus pensamientos y en sus sentimientos eróticos, sea esclavo del deseo de someterse á una persona de sexo diferente, hasta el punto de desear que esa persona le haga sufrir humillaciones y tormentos. Esta idea va acompañada de una sensación voluptuosa. El masoquista goza imaginándose escenas de ese género y muy amenudo trata de realizar esas escenas y no es capaz de amar sino á los que lo atormentan física ó moralmente ».

Después de esta definición general, el ilustre profesor de Viena nos explica las causas y los síntomas fisiológicos de la enfermedad. Según su opinión, el masoquismo es á veces el resultado de la debilidad espinal. Pero esta parte de su estudio no tiene, para nosotros, casi ninguna importancia, puesto que nuestro punto de vista es puramente psíquico y sentimental.

Lo que sí nos interesa, y en alto grado, son las siguientes reflexiones relativas al estado general del masoquista: « ¿Puede existir el masoquismo en un individuo físicamente sano ó es un mal que domina

por completo al enfermo? ¿Hasta qué punto llega el deseo de procurarse placeres perversos, en el masoquista? Para responder á estas preguntas, es, ante todo, necesario considerar la intensidad del mal, de la fuerza de los móviles contrarios, éticos y estéticos, así como el vigor del individuo mismo. Psicopáticamente considerado, el asunto se reduce á saber si el masoquista necesita ser maltratado por una persona del otro sexo para gozar, y esto puede asegurarse desde luego gracias á las mil observaciones de que la ciencia dispone ya».

El masoquismo, lo mismo que el sadismo, conduce de los actos más cómicos y más pueriles, á los actos más atroces. Sin embargo, en tanto que el sadista tiene, en apoyo de su instinto, ese sentimiento de crueldad relativa innato en el hombre, al cual nos referimos antes, el masoquista encuentra un dique á su propia pasión en el instinto de la conservación animal. Imaginariamente, algunos masoquistas han llegado á sentir un gran placer creyendo que una mujer les asesinaba; pero en realidad ningún médico ha citado aún el caso real y patológico de un hombre haciéndose matar por voluptuosidad.

Los masoquistas, en general, se contentan con un sufrimiento relativo: latigazos ó heridas leves.

En Inglaterra, ó más bien en Londres, los casos de masoquismo son muy comunes, sobre todo en la

alta sociedad. Oscar Wild, el pobre prisionero de la hipocresía británica, me contaba hace tiempo una anécdota de la cual pensaba sacar una novela. Lord X***, millonario, constructor de buques y orador político de gran talento, era uno d· los gentlemans más ingeniosos de la alta sociedad londonense; su entrada en un salón era siempre un triunfo; las damas, sobre todo, mostraban por él una simpatía muy especial y muy ardiente. Durante muchos años el noble lord fué un verdadero don Juan: todas las mujeres bellas y ligeras, habían pasado por su alcoba y él había pasado por las de muchas damas que no tenían nada de ligeras, por lo menos en apariencia. Pero un buen día el noble millonario se aburrió de sus intrigas y quiso buscar placeres nuevos: hizo un viaje á la India: al principio las mujeres de la India le gustaron; luego le parecieron idénticas á las de la Gran Bretaña; fué á Egipto, fué al Senegal, fué á todas partes; y en todas partes la monotonía del amor llenó de tristeza su alma inquieta. «He agotado todos los placeres — se dijo á sí mismo; — mi vida no tiene ya nada que esperar... tal vez la muerte...» Tomo un puñal y quiso matarse; más al sentir el principio de la herida, experimentó una sensación tan agradable, un deseo tan intenso de seguir sufriendo, que renunció al suicidio. Como era un hábil esgrimista, convirtióse en espadachín con ob-

jeto de recibir heridas. Su existencia de matamoro duró tres años, al cabo de los cuales quiso, como buen inglés y como buen comerciante, metodizar sus goces. Fundó, pues, una academia de box y de esgrima para las mujeres: él era el profesor y se arreglaba de modo que sus discípulas le golpeasen siempre. Un día la más robusta de sus alumnas llegó algo borracha, le dió un beso y en seguida le propuso un asalto con floretes verdaderos, con floretes que tuviesen punta. El lord aceptó. En el primer enganche de armas la muchacha le dió una herida que ocasionó la muerte del lord. Pero lo curioso, lo extraordinario, lo épico, es que la herida no era mortal y que si el millonario inglés sucumbió, no fué justamente á causa de ella, sino del placer extremo que sintió al recibirla después de haber recibido un beso.

— « ¿No es verdad — decíame Oscar Wild — que la aventura es encantadora? »

Encantadora tal vez no; pero en todo caso es interesante y muestra, mejor que ningún ejemplo clínico, el estado de alma de los masoquistas.

IX

EL MASOQUISMO DE J. J. ROUSSEAU

El masoquismo, lo mismo que casi todas las dolencias sentimentales, fué analizado por los literatos mucho antes de que los sabios descubriesen sus causas y examinasen sus manifestaciones psicopáticas.

El estudio científico del placer en el dolor propio, no data, en efecto, sino de algunos años, de dos ó tres lustros á lo más. Su aparición como elemento poético y novelesco, es, en cambio, antiquísimo. En las vidas de los mártires que saboreaban sus dolores con un goce verdaderamente febril y que solicitaban los tormentos físicos como complemento del amor divino, pueden encontrarse infinidad de ejemplos de sublime masoquismo.

Los párrafos de las memorias de Juan Jacobo relativos á su amor prematuro por mademoiselle de Lambercier, la orgullosa hermana de su maestro, son también escenas de masoquismo tan caracterizadas y tan ejemplares, que han inspirado dos libros psiquiátricos á dos sabios modernos: Moebius y Chatelain.

« Durante algún tiempo — dice Rousseau en una

página de *Las Confesiones* — la señorita de Lambercier no hizo más que amenazarnos con un castigo que para mí era enteramente nuevo, y que, por lo mismo, me parecía terrible; pero después de la ejecución, el tal cas igo me pareció menos espantoso; y lo raro es que ese castigo me inspiró más simpatía aún hacia la que me lo había impuesto. Si no hubiera sido por lo mucho que yo quería á mi maestro y por mi dulzura natural, yo hubiera tratado de encontrar muchos pretextos para incurrir de nuevo en su cólera y hacerme castigar á menudo; porque la verdad es que yo había encontrado en el dolor, en la vergüenza misma, una mezcla de sensualismo que me inspiraba más deseos de recibirlo de la misma persona, que miedo real. Sin embargo, como en ese sentimimiento existía sin duda un instinto precoz del sexo, el mismo castigo, recibido de manos de su hermano, no me habría gustado; pero como él tenía buen carácter, no era de temerse una sustitución; y si yo me abstenía de merecer una corrección, era únicamente por temor de disgustar á la señorita Lambercier... La repetición del castigo, llegó, pues, sin que yo lo provocase por lo menos voluntariamente, y así puede gozar de él en toda tranquilidad de conciencia. Esta segunda vez fué también la última, porque la señorita Lambercier, habiendo también, sin duda, comprendido que el castigo no producía

en mí los efectos que ella se proponía, declaró que renunciaba á darme de azotes porque eso la fatigaba mucho. Hasta entonces, nosotros habíamos dormido en su propio cuarto, y, en ciertos días de invierno, en su propia cama. Dos días después se nos obligó á dormir aparte, y desde entonces pude tener el honor, que yo no deseaba, de ver que ella me trataba como á un muchacho serio. ¿ Quién creería que ese castigo infantil, recibido á los ocho años, de una mujer de treinta, ha determinado mis gustos, mis deseos, mis pasiones, y ha tenido una influencia definitiva en el resto de mida, y eso precisamente de una manera contraria á la natural? Al mismo tiempo que mis sentidos despertaron y se inflamaron, mis deseos se acostumbraron al placer ya experimentado, hasta el punto de no procurarse otros goces. Con la sangre hirviente de sensualidad casi desde mi nacimiento, me conservé puro de toda mancha hasta la edad en que los temperamentos más fríos y más tardíos se desenvuelven. Atormentado largo tiempo sin conocer la causa, devoraba con mirada ardiente á las personas hermosas; recordábamelas sin cesar mi imaginación, únicamente para representármelas á mi manera y hacer de ellas otras tantas señoritas Lambercier. Hasta después de la edad núbil, ese gusto extraño, siempre persistente, llevado á la depravación, y a la locura. ha conservado, en mí, las cos-

tumbres honestas de que, al parecer, debiera haberme apartado. La educación que recibí fué casta y sencilla como la que más. Mis tres tías no eran solamente personas de una prudencia ejemplar; tenían además una reserva desconocida para las mujeres del día. Mi padre, hombre dado á los placeres, pero galante á la antigua usanza, no tuvo nunca, ni siquiera con las mujeres á quienes más amó, sino palabras que no hubieran causado rubor ni á una virgen; jamás se llevó á tal extremo como en mi familia y delante de mí, el respeto que se debe á la niñez. No era objeto de menos atenciones en casa de la señora Lambercier sobre el mismo punto, y una criada excelente que tenían, fué despedida á causa de una palabra algo alegre que pronunció ante nosotros. No sólo no tuve hasta mi adolescencia ninguna idea clara de la unión de los sexos, sino que nunca tal idea se ofreció á mi consideración de modo que no fuera asqueroso ú odioso. — Sentía hacia las mujeres públicas un horror que jamás he perdido desde entonces; no podía ver un hombre de malas costumbres sin desdén, y hasta horror me causaba; á tal punto llegaba mi aversión por la lujuria, desde el día en que, yendo á Sacconez por un camino estrecho, vi á uno y otro lado diversos huecos en la tierra, en los cuales me dijeron que las parejas se entregaban al placer. Recordaba los perros que había visto

ligados, pensaba en las personas y mi corazón se sublevaba con sólo ese recuerdo. Tales prejuicios de la educación, propios por sí mismos á retardar las explosiones primeras de un temperamento ardiente, fueron ayudados, como ya he dicho, por la diversión que me causaron los primeros asomos de la sensualidad. Imaginando sólo lo que había sentido, á pesar de las molestas efervescencias de la sangre, no acertaba á llevar mis deseos sino hacia la especie de goce que conocía, sin llegar nunca al que me hicieron considerar como odioso y que tan cerça estaba del otro sin que yo lo advirtiera. En mis locas fantasías, en mis eróticos furores, en los actos extravagantes á que aquéllas me conducían algunas veces, me servía imaginariamente del auxilio del otro sexo, sin pensar nunca que fuera propio á ningún uso diferente del que yo ardía en deseos de saciar. »

X

CASOS LITERARIOS

Lombroso, en *El hombre de Genio,* estudia largamente el masoquismo de Baudelaire; Ebing pretende que ciertos libros de Zola, como *Nana,* contienen elementos masoquistas, y Max Nordau cree que algu-

nos capítulos de Balzac y muchos dramas de Ibsen son también masoquistas.

Pero la escena masoquista que nadie ha citado aún y que sin embargo es la más ardiente, la más cruel y la más franca, se encuentra en un drama inglés del siglo XVII, *Venecia salvada*, de Otway. En el segundo acto de la pieza, un senador llamado Antonio va á casa de la cortesana Aquilina con objeto de buscar, en los goces de la humillación, algún reposo y algún alivio para sus ansias secretas. La escena es atrevida, sin velos convencionales ni reticencias hipócritas. — « Paréceme — dice el anciano vicioso, volviéndose hacia la cortesana, — paréceme que deseo ser un perro ». Y comienza á arrastrarse por el suelo, gritando : — « ... Patéame, te lo suplico, te lo ruego, patéame, patéame, patéame ! ». La vendedora de caricias, temblando de espanto y de horror, obedece por ganar el oro que le ha prometido el patricio. Éste se retuerce como un verdadero perro, aullando, sacando la lengua para lamer las botas que le hieren y haciendo á veces como si quisiera morder. De pronto la cortesana Aquilina, en la exaltación real de su disgusto, toma un látigo y comienza á azotar al viejo libidinoso que se arrastra á sus pies, que grita, que babea y que se retuerce, agonizante de goce, jadeante de satisfacción, en espasmos de placer doloroso, mientras el látigo le persigue sin

piedad, envolviéndole en un círculo de caricias sangrientas.

XI

SACHER MASOCH

Los médicos y los fisiólogos que se han consagrado al estudio de las anomalías sexuales, nos hablan del masoquismo como de una enfermedad casi exclusivamente femenina. « Mientras el sadismo puede ser considerado como una excrescencia patológica del carácter viril — dice un profesor alemán, — el masoquismo es más bien una excrescencia mórbida de las particularidades propias á la mujer. »

Los poetas y los psicólogos, sin embargo, no establecen diferencia ninguna entre las propensiones morbosas de los sexos, desde el punto de vista de las dolencias sentimentales. Sacher Masoch presenta en sus obras un número igual de casos masoquistas masculinos que de casos femeninos.

Los primeros libros de Sacher Masoch no nos ofrecen ningún interés desde el punto de vista de las enfermedades sentimentales. Producciones de pura erudición, esos libros habrían podido ser escritos por cualquier profesor, por cualquier bibliotecario y

aun por cualquier académico. Sus amigos, sin embargo, creían que Masoch había venido al mundo para producir una obra histórica monumental, y le aconsejaban que emprendiese un trabajo definitivo, es decir, un cronicón en diez ó doce volúmenes. Pero él, que tenía más ingenio que la generalidad de los « universitarios » alemanes, se contentó con publicar, después de haber oído las amonestaciones de todo el mundo, un folleto de cincuenta páginas titulado *Don Juan de Quolomea*. ¿Un episodio inédito de la historia de España? No; una novela corta, una simple novela, una historia de seres sin nombre y sin historia, en la cual se ve á un polaco enamorado de los ojos crueles de una rusa y á un ruso que no conoce sino el placer de beber vinos de Francia en un zapato de su querida.

Luego vinieron otras obras de pura observación y de pura realidad viviente: *Claro de luna*, *Marcela*, *Frinco Balaban*, *Kaunitz*, *Un testamento*, *La herencia de Caín*, etc. « La idea completa de sus cuentos — dice Bentzon — vino á Sacher Masoch durante sus viajes por Europa, después de haber renunciado al profesorado y á la historia. Por un fenómeno bastante singular, el cuentista se sentía, al viajar por Italia, llevado imaginativamente hacia los Karpathes, hacia el Lago Negro, hacia el país de los campesinos de la Galitzia. Las creencias, la cordura pasiva y las

tradiciones de esos campesinos, se combinaban en el fondo de su cerebro con las doctrinas filosóficas de Schopenhauer, que en realidad no son sino la expresión de un budhismo « muy esclavo ». Las doctrinas de Carlos Darwin contribuyeron también á establecer los cimientos del proceso gigantesco que intentaba contra la humanidad ó más bien contra la herencia de la humanidad, á saber: el amor, ó sea la guerra entre los sexos; la propiedad, hija de la violencia y madre de la discordia, y la guerra, crimen horrible disfrazado de patriotismo. » Estas líneas resumen la filosofía social de Sacher Masoch.

XII

UN CASO DE MASOQUISMO

Como en este estudio lo que más nos interesa son los ejemplos, y sobre todo las confesiones sinceras de los enfermos sentimentales, recomiendo á mis lectores que pongan gran atención en las siguientes confidencias escritas por un masoquista alemán:

« Tengo treinta y cinco años, mi estado intelectual y físico es normal. En mi parentela — así en línea directa como colateral — no conozco caso alguno de perturbación psíquica. Nací yo cuando mi

padre tenía unos treinta años. Según lo que he podido entender, la predilección de mi padre era por las mujeres de elevada estatura y de formas bien llenas.

» Ya desde mi primera infancia me recreaba yo en la representación de ideas que tenían por tema el poder absoluto de un hombre sobre otro. La idea de esclavitud me producía cierta excitación y me emocionaba con igual fuerza, lo mismo imaginándome amo que siervo. Excitábame sobremanera el pensamiento de que un hombre pudiese poseer á otro, venderle, pegarle; la lectura de *La cabaña del tío Tom* (obra que leí al comienzo de mi pubertad) me causaba placer. Principalmente me excitaba la idea de que un hombre fuese enganchado á un coche y en éste otro hombre sentado dando latigazos al primero y haciéndole caminar así.

» Hasta la edad de veinte años fueron estas ideas vagas y sin sexo, es decir, que el hombre que yo veía enganchado, en mi imaginación, era una tercera persona (no yo mismo), y la persona de guiaba no era, por necesidad, del sexo femenino.

» Así, pues, tales ideas no influían en mi instinto sexual... como en la manifestación de este instinto. Sin embargo, sentía yo grande predilección por las mujeres rollizas, de edad madura, altas, bien que tampoco desdeñase las jóvenes.

» A partir de los veintiún años comenzaron á

« objetivarse » mis imágenes, añadiéndoles alguna cosa « esencial », y fué que el « ama » debía ser persona fornida, grande, de cuarenta años por lo menos. Desde este momento me vi sometido siempre á mis ideas. Mi ama era una mujer brutal, que me explotaba en todos conceptos, hasta en el sexual, que me enganchaba á su coche y en él se paseaba; una mujer á la que yo debía seguir como un perro y á los pies de la cual debía acostarme desnudo para que me pisase y azotase.

» Esta fué la base permanente de mis representaciones imaginativas, en derredor de las cuales se agrupaban las demás imágenes.

» Entregado á estas ideas, experimentaba placer grande. Á consecuencia de ésto, buscaba yo siempre mujer cuyo exterior correspondiese á mi ideal, según las imágenes en cuestión; aunque, por otra parte, no renunciase completamente á las demás mujeres, en el orden natural del caso.

» Bien se ve que no llevaba una vida excesivamente anormal en lo tocante al sexo; pero aquellas imágenes se ofrecían á mi espíritu periódicamente y con regularidad, siendo casi siempre las mismas las escenas que mi imaginación evocaba. Á medida que iba en aumento mi instinto sexual, se hacían más frecuentes y duraderas las imágenes. Hoy se me representan cada quince días ó tres semanas. Nunca he

tratado de dar cuerpo á estas imaginaciones muy determinadas y características, esto es, nunca he tratado de relacionarlas con el mundo exterior. Me he contentado con deleitarme en la imaginación, pues me hallaba profundamente convencido de que jamás obtendría una realización de mi « ideal », ni aun siquiera una realización aproximada. La idea de acomodar al efecto una escena, me parecía ridícula é inútil, pues la persona á quien yo pagase, nunca ocuparía, en mi concepto, el lugar de « una soberana cruel ». Dudo que haya mujeres de tendencias sádicas, tales como las heroínas de las novelas de Sacher-Masoch. Y aunque las hubiera, y yo tuviese la dicha de encontrar una, mis relaciones con ella en la vida real me habrían dado siempre una idea de comedia.

» ¡ Pues bien ! pensaba yo, si cayese en esclavitud de siervo de alguna mesalina, creo que, á consecuencia de las privaciones que me impusiera, pronto me cansaría de aquella tan deseada vida, y que en los intervalos de lucidez haría cuanto pudiese para recuperar mi libertad.

» No me parece fuera de propósito el observar que en mis demás ideas y sentimientos tengo disposiciones estéticas, y que me repugnan en el mayor grado los malos tratos inferidos á un hombre. Finalmente, concedo también importancia á la forma del diálogo. En mis imaginaciones es esencial que

la « soberana » me tutee, mientras que yo estoy obligado á llamarla de « usted » y de « señora ». El hecho de ser tuteado por una persona que se preste á ello como expresión de un poderío absoluto, desde mi primera juventud me causó sensaciones voluptuosas y sigue causándomelas hoy.

» Tuve la suerte de encontrar una mujer que me conviene por todos conceptos, hasta por el sexual, aunque esté muy lejos de parecerse á mi ideal masoquista.

» Los primeros meses de mi matrimonio transcurrieron de modo normal, por lo tocante al amor. No experimenté ningún acceso masoquista y casi perdí por completo la tendencia á éste. Pero acaeció el primer parto de mi mujer, y, en consecuencia, me vi en abstención amorosa. Entonces me acometieron nuevos ataques masoquistas.

» Y á este propósito notaré el hecho de que al reanudar más tarde la vida conyugal, ya no pude prescindir de mis ideas masoquistas.

» En cuanto á la esencia del masoquismo, opino que las referidas ideas, y por consiguiente el lado intelectual, constituyen lo principal del fenómeno mismo. Si la realización de las ideas masoquistas (y por consiguiente la flagelación pasiva, etc.) fuese el fin deseado, no podría explicarse el hecho contradictorio de que una gran parte de los masoquistas jamás tra-

ten de realizar sus pensamientos, ó que, si lo intentan, salgan completamente desilusionados ó al menos sin la satisfacción que de ello esperaban.

» No quisiera perder esta ocasión de confirmar, por mi experiencia propia, que es muy considerable el número de masoquistas, sobre todo en las grandes capitales. Cierta clase de mujeres son las únicas que pueden suministrar informes en esta materia. Está probado que las más experimentadas no dejan de tener algún instrumento de flagelación : si bien conviene advertir que algunos hombres se hacen azotar, no á causa de ideas masoquistas, sino como procedimiento para fines corrientes.

» Por otra parte, casi todas las mujeres indicadas están conformes en afirmar que algunos hombres gustan de representar el papel de esclavos, que quieren ser tratados así y se dejan injuriar y maltratar. En una palabra : el número de masoquistas es mayor de lo que se supone.

» La lectura de un libro sobre este asunto me produjo grandísima impresión. Me creí curado; curación conforme á la máxima « comprenderlo todo es sanar de todo ».

» Cierto que el concepto de curación debe tomarse con ciertas restricciones, y que han de distinguirse los sentimientos generales y las ideas concretas. Los primeros no pueden suprimirse nunca : surgen como

el rayo; allí están y no se sabe cómo ni de dónde vienen. Pero se puede evitar la práctica del masoquismo, el abandono de las imágenes concretas y coherentes, ó al menos se las puede contrarrestar en cierto modo.

» Actualmente ha cambiado mi situación. Y me digo: ¡Cómo! ¿Me entusiasmo por motivos que no sólo repugnan al sentido estético de los demás, sino también al mío? ¿Tengo por hermoso y codiciable lo que, bien examinado, es feo, bajo, ridículo y, al mismo tiempo, imposible? ¿Deseo un estado en el cual realmente jamás querría verme? Tales son los razonamientos que obran como reactivos y deshacen los fantasmas imaginativos. En efecto, después de leído el libro á que hago referencia, no me dejé llevar de la fantasía ni una vez sola, por más que las tendencias masoquistas se me revelaran con intervalos regulares.

» Confieso que á pesar de su manifiesto carácter patológico, no solamente ha sido incapaz de alterar mi vida el masoquismo, sino de ejercer la menor influencia en mi modo de ser. Durante el período exento de masoquismo, soy un hombre enteramente normal en cuanto se refiere á mis actos y á mis ideas. Llegado el acceso masoquista, experimento grande revolución en mis afectos, pero nada cambia en mi vida exterior. Ejerzo una profesión que me

obliga á presentarme mucho en público: lo mismo desempeño mis actos en estado masoquista que libre de este acceso ».

(Traducción del alemán de I. L. L.)

XIII

EL FETICHISMO

Los médicos en general y especialmente Krafft-Ebing, consideran el fetichismo como una manifestación especial del masoquismo, por la sencilla razón de que, según ellos, enamorarse de una mano, de un pie, de un objeto cualquiera, es « humillante ».

Consider do desde un punto de vista puramente sentimental, no obstante, el fetichismo aparece como una enfermedad diferente de las otras; como un «caso aparte»; como una obsesión diferente de todas las demás obsesiones pasionales.

Sin duda en el masoquismo suelen encontrarse síntomas de fetichismo, y no es raro que el fetichismo presente caracteres masoquistas. Pero eso no es una prueba suficiente para asegurar que las dos enfermedades se confunden.

El fetichismo existe en el Amor (en dosis infinitesimal, lo mismo que todas las demás dolencias voluptuosas) y se manifiesta á cada instante en las preferencias que todos tenemos por los ojos, por el

pie ó por la boca de nuestra querida. Más aún: ¿quién puede asegurar que no ha tenido nunca una preferencia especial por una clase de adornos determinados: por los guantes, por los botines, por los brazaletes, etc., de la mujer? En los pintores, sobre todo, esta preferencia es casi siempre visible: unos adoran la mano, otros la frente, etc., de sus modelos. Pues bien: en el fondo el fetichismo no es sino: la exaltación morbosa de las preferencias.

El caso más curioso de fetichismo completo, es el siguiente, contado por el célebre doctor Moll:

« O. L... de treinta y un años de edad, tenedor de libros en una población de Wurtemburgo.

» Es hombre de elevada estatura, fuerte, con apariencia de salud á toda prueba. Su temperamento, generalmente, es calmoso, pero en determinadas circunstancias se irrita, y él mismo confiesa que es pendenciero é impertinente. Tiene generosos impulsos y por la más pequeña cosa se emociona hasta el punto de llorar. Pasó en la escuela por aventajado alumno, con facultad muy notable de asimilarse las enseñanzas. Sufre, de cuando en cuando, congestiones de la cabeza, pero, fuera de esto, está bien. La perversión sexual de que hablaremos en seguida, le ocasiona melancolía y decaimiento.

» Poca cosa se ha podido averiguar acerca de sus antecedentes hereditarios.

» L... da los siguientes informes respecto al desarrollo de su vida sexual :

» Cuando tenía ocho ó nueve años sentía deseos de ser perro y lamer las botas de su maestro de escuela. Piensa que pudo serle sugerida esta idea por haber visto, alguna vez, que un perro lamía las botas de alguien, pero no está muy seguro de ello. En todo caso, lo cierto es que las primeras ideas sobre esto se le presentaron hallándose despierto, y no « como en sueños ».

» Desde los diez á los catorce años, le gustaba tocar las botas de sus amigos y aun las de las niñas ; pero sólo elegía los compañeros hijos de padres nobles ó ricos. Un condiscípulo, hijo de un rico propietario, tenía botas de montar ; L... solía coger estas botas, cuando su amigo se hallaba ausente, y se golpeaba el cuerpo con ellas ó las estrechaba contra su cara. Lo mismo hizo con las botas de un oficial de dragones.

» Después de la pubertad concentró su deseo exclusivamente en el calzado de mujer. Durante el tiempo de patinar se procuraba cuantas ocasiones podía para ayudar á las mujeres en el ponerse ó quitarse los patines, aunque siempre elegía mujeres ó muchachas ricas y distinguidas. Cuando iba por la calle, acechaba constantemente las botinas elegantes. Iba su pasión hasta el punto de coger la arena ó cualquier cosa que hubieran pisado, guardándolo en

su portamonedas ó metiéndolo alguna vez en la boca. Cuando L... tenía catorce años, iba frecuentemente al lupanar y á un café concierto, sólo por ver elegantes botas. Le interesaban menos los zapatos. En los libros del colegio y en las paredes de los retretes, dibujaba siempre botas. Esta predilección por las botas se ha conservado en L... hasta hoy ; la idea de que le pisen mujeres bien calzadas con botinas, y la de poder besar esas botinas, le inspiran voluptuosidad grandísima. Se detiene delante de los escaparates de las zapaterías sólo para contemplar las botinas. Lo que más le incita, es la forma elegante de la bota.

» Sobre todo, le gustan las botas que suben bastante altas por la pierna, y que tienen tacones altos. Pero, aunque sean poco elegantes las botinas y tengan tacones bajos, también le incitan si la mujer que las lleva es rica, de elevada posición y principalmente si es altiva.

» Á los veinte años trató L... de realizar el amor físico, pero no pudo « á pesar de los mayores esfuerzos », según dice. Durante su tentativa no pensó en botinas, pero sí antes de ella y con propósito de animarse : á su excesiva excitación atribuye el fracaso. Hasta ahora ha intentado la misma operación cuatro ó cinco veces, pero siempre sin resultado. Declara que para él la suprema voluptuosidad con-

siste en echarse desnudo en el suelo y dejarse pisotear por mujeres elegantemente calzadas. Y parece que este género de perversión es bastante conocido en ciertos lugares, donde tales cosas pueden practicarse.

» También excita al enfermo la simple contemplación de un calzado que aun no haya sido llevado por nadie; pero le excita más el calzado de que haya hecho uso alguna mujer. Principalmente le gustan las botas ya usadas, pero que todavía tienen aspecto de nuevas.

» Cuando L... contempla un par de botinas de mujer, se representa á ésta en la imaginación : besa las botas y las oprime con deleite. Su mayor placer sería que le pisotease una mujer honrada y altiva. Pero aparte de estas dos condiciones que le encantan, juntamente con la elegancia del calzado, le agradan las buenas condiciones físicas del sexo femenino : sólo que tal agrado no le inspira ninguna satisfacción sexual. La hermosura física desempeña, para L..., cierto papel, aun en relación con las botinas : así, no le incitaría para nada una mujer vieja y fea aunque tuviera elegantísimas botas. Tampoco le produciría sensación alguna la mujer tosca y campesina, la *maritornes* en traje de faena, aunque estuviese bien calzada. En suma, L... necesita para sus emociones que la mujer sea elegante y distinguida.

» Hasta ahora no le impresionan las botas de hombre, ni le atraen los hombres en ningún concepto. Pero experimenta otra clase de sensaciones, fuera de las botinas de mujer; por ejemplo: cuando un niño se le sienta sobre las rodillas, cuando pasa repetidas veces la mano por el lomo de un perro ó de un caballo, cuando monta á caballo y cuando va en ferrocarril. En estos dos últimos casos, lo atribuye al movimiento del cuerpo.

» Experimenta, de igual modo, deleites sólo con imaginar que toca botas como las desea. Esto le acontece á voluntad todas las mañanas. En otro tiempo sufría con frecuencia unos involuntarios accesos nocturnos; pero ahora le suceden muy de tarde en tar de. En estos sueños eróticos siempre le dominan su ideas sobre las botas.

» Las lecturas que se relacionan con la esfera sexual del enfermo, como *La venus de las Pieles*, de Sacher-Masoch, le producen un deleite no interrumpido y suave, por el que se satisface completamente su instinto físico.

» Habiéndole preguntado si los golpes que recibiera de una mujer le excitarían, contestó que sí, aunque no había hecho experiencias en este sentido; pero que, en efecto, cuando una mujer le daba algún golpe en broma, le producía impresión deleitosa.

» Su gran placer es que una mujer le dé punta-

piés, aunque sea con el pie descalzo; pero esto, no precisamente por los golpes, sino por la idea de que le maltrate una mujer. Esta idea de maltrato puede también imaginársela sin mediar vías de hecho, sólo por palabras injuriosas. En todo caso, golpes ó injurias deben ser de mujer orgullosa y distinguida.

» En general, lo que le produce el sentimiento voluptuoso es el concepto de humillación y de fidelidad de perro. « Si me ordenara una mujer — dice — que la esperase, aun haciendo el frío más grande, sentiría voluptuosidad. »

» Á la pregunta de si experimentaba el sentimiento de humillación al ver las botinas, contestó que este sentimiento se lo sugerían especialmente las botas de mujer, considerando el simbolismo de la frase « no ser digno ni aun de desatar las correas de los zapatos » de una persona y considerando también la posición servil de rodillas.

» Aunque en menor grado, no dejan de excitarle las medias de mujer; pero tal vez á causa de su relación con las botas.

» En estos últimos años advierte cierta diminución en sus pasiones. Ya puede contenerlas algo. Pero de todos modos, su enfermizo deseo le hace imposible cualquier goce tranquilo. Una elegante bota de mujer, atraería su vista mejor que el más bello paisaje. Actualmente, de noche, le gusta ir por los pa-

sillos de un hotel en busca de botinas de mujer para besarlas y estrujarlas.

» No obstante ocupar L... una buena posición social, pensó en colocarse de criado de alguna mujer elegante á fin de tener constantes ocasiones para sus gustos. Al efecto se marchó á Italia, sin darse á conocer. Pero no consiguió sus propósitos.

» L... se ha puesto en cura por tratamiento medicinal. Este caso tiene los antecedentes que acabamos de ver y que constituyen la más perfecta imagen de la enfermedad : es apropósito para estudiar la afinidad que supone Krafft-Ebing entre el fetichismo del calzado y el masoquismo.

« El placer principal, para el enfermo, según lo ha declarado siempre sin que se le haya sugerido la contestación por las preguntas, es la sumisión á la mujer, la cual debe estar colocada muy por encima de él, así por la altivez como por la posición social. »

(*Traducción de I. L. L.*)

XIV

LA HISTORIA DEL CONDE SANDOR

Para terminar este corto estudio, permítaseme citar el caso más extraño y más curioso que registran los

anales de las enfermedades de la voluptuosidad. Según los médicos es un simple caso de inversión sexual. En mi opinión es algo más y algo mejor : es la historia de una alma aventurera y desequilibrada.

« El día 4 de noviembre del año de 1889, el suegro de cierto conde V. Sandor se querelló, ante la justicia, contra su yerno porque éste le había estafado la suma de 800 florines, cantidad que le pidió con pretexto de que la necesitaba como fianza para entrar de secretario en una sociedad por acciones. Probóse, además, que Sandor había falsificado documentos, que la ceremonia nupcial celebrada en la primavera de 1889, al casarse con su mujer, fué ficticia, y sobre todo que el supuesto conde Sandor no era hombre, sino mujer disfrazada de hombre, la cual se llamaba, en verdad, condesa Sarolta (Carlota) de V...

» S... fué preso y se instruyó contra él causa criminal por estafa y falsificación de documentos públicos. S... nacido el 6 de diciembre de 1866, confesó desde la primer indagatoria que era del sexo femenino, de religión católica, soltero y que vivía como autor bajo el nombre de Sandor V...

» He aquí los hechos, notables y comprobados por diversos testimonios, que resultan de la autobiografía de este hombre-mujer.

» S... pertenece á una familia de nobleza antigua,

muy considerada en Hungría. Esta familia es singularmente excéntrica.

» Una hermana de la abuela por parte de madre, fué histérica, sonámbula y estuvo diecisiete años en cama por una parálisis imaginaria. Otra hermana de la abuela pasó siete años en cama, imaginándose también que estaba enferma gravísima, lo que no la impedía dar bailes. Otra parienta de las anteriores sufrió de *spleen* y tuvo la manía de que estaba maldita cierta consola de su salón. Si alguien ponía cualquier objeto sobre la consola, inmediatamente exclamaba la señora, presa de emoción vivísima: « ¡ está maldito, está maldito ! » Y cogiendo el objeto lo encerraba en una habitación á la que llamaba la « cámara oscura » y de la que siempre guardaba consigo la llave. Luego de muerta esta señora, encontraron en la llamada cámara oscura gran número de chales, de joyas, de billetes de banco, etc. Hubo otra hermana de la abuela que no dejó barrer su cuarto en dos años ; y ella ni se lavaba ni peinaba. No volvió á presentarse hasta pasados los dos años. Todas estas señoras eran sumamente instruídas, ingeniosas y amables.

» Fué nerviosa también la madre de S... y no podía sufrir la luz de la luna.

» Dícese que la familia de S... por parte de padre, no gozaba tampoco de cabal juicio. Una rama de

esta familia se ocupa casi exclusivamente en el espiritismo. Dos próximos parientes, por esta línea paterna, se suicidaron levantándose la tapa de los sesos. La mayoría de los descendientes masculinos, son gente de mucho talento. Los descendientes femeninos, son gente de inteligencia vulgar y limitada. El padre de S... desempeñaba un cargo que hubo de abandonar á causa de sus rarezas y prodigalidades (consumió más de un millón y medio de florines).

» Una de las manías del padre, fué la de educar á S... como á un niño: le hacía montar á caballo, guiar, cazar; admiraba su energía varonil y le llamaba Sandor.

» Y, al contrario, este padre maniático vistió de mujer á su hijo menor y le educó como á una niña. Tuvo fin esta farsa cuando el niño entró en un liceo, á los dieciséis años, para seguir en él sus estudios.

» Sarolta Sandor permaneció bajo la influencia de su padre hasta la edad de doce años.

» Á este tiempo enviáronla á casa de su abuela materna, mujer excéntrica, que vivía en Dresde y que la puso en un colegio de señoritas. Pronto se manifestaron exageradamente, en la nueva colegiala, los gustos varoniles.

» Á los trece años, haciéndose pasar por hombre, tuvo amores con una inglesa y la raptó.

» Volvió en seguida Sarolta á casa de su madre, la

cual, sin influencia alguna sobre su hija, hubo de permitir que ésta se vistiera de hombre nuevamente, tomase otra vez el nombre de Sandor y tuviera amores con personas de su propio sexo. Al mismo tiempo recibía Sarolta una educación esmeradísima, hacía largos viajes con su padre, por supuesto vestida siempre como un joven, concurría á los cafés y aun á lugares sospechosos, alabándose hasta de haber visitado un lupanar, *in utroque genu puellas sedisse.* Sarolta se embriagaba con frecuencia, tenía gran pasión por los sports varoniles y era muy hábil en la esgrima. Llamábanle particularmente la atención las actrices ó las mujeres solas, y de preferencia las que no eran muy jóvenes. Sarolta afirma que jamás sintió afecto por ningún hombre; antes bien, de año en año, experimentaba repulsión mayor por las personas del sexo masculino. « Me agradaba asistir á reunión con señoras, acompañada de hombres insignificantes y no hermosos, para no quedarme eclipsada. Si advertía que alguno de mis compañeros despertaba simpatías entre las señoras, poníame celoso. Prefería yo las mujeres de ingenio á las de belleza corporal. Se me hacían inaguantables las mujeres gruesas y más aún aquéllas enloquecidas por los hombres. Gustábame la pasión femenina encubierta por el velo poético. Cualquier descaro en la mujer me parecía mal. Sentía repulsión indecible por los vestidos de mujer,

por todo cuanto era femenino en cuanto se trataba de tenerlo yo; pero, al contrario, no siendo en mí, me agradaba, pues me complacía con entusiasmo en el bello sexo. »

» Desde hace unos diez años, siempre vivió Sarolta separada de su familia y vestida de hombre. Tuvo íntimas relaciones con señoras, viajó con ellas, gastó mucho dinero y contrajo deudas.

» Dióse al mismo tiempo á trabajos literarios, y fué colaborador muy apreciable en dos grandes periódicos de la capital.

» Fué muy inconstante en sus relaciones con las mujeres. Una sola vez mantuvo sus amores con la misma señora tres años. Hace algunos que Sarolta conoció, en el castillo de G...,á madame Emma E..., la cual tenía diez años más que Sarolta. Enamoróse ésta de aquella señora, y habiendo convenido en un contrato de matrimonio, vivió con ella tres años maritalmente en la capital.

» Un amor nuevo, que le fué funesto, la decidió á romper sus « vínculos conyugales » con E... No quería ésta separarse de Sarolta y sólo accedió á ello en cambio de grandes sacrificios é indemnizaciones que se impuso Sandor. Aun hoy dicen que E... se tiene por esposa divorciada y se considera condesa V... Sin duda supo inspirar Sarolta pasiones amorosas á otras mujeres, pues así se infiere de un gr-

ceso anterior á su «matrimonio» con E... Fué el caso, que habiéndose cansado Sarolta de sus relaciones con una señorita D... luego de haber gastado con ella muchos miles de florines, la amenazó ésta con que le pegaría un tiro si no le permanecía fiel.

» Por el verano de 1887, durante su residencia en un balneario, conoció á la familia de un funcionario muy estimado, M. E... Sarolta se enamoró en seguida de María, la hija de dicho funcionario, y ésta correspondió al amor de Sarolta. La madre y la prima de María se opusieron á estas relaciones, pero fué inútil. Cruzáronse cartas entre los novios. En el mes de abril de 1888, el conde S... visitó á la familia de María, y en el mes de mayo de 1889 dió cima á sus propósitos, pues la joven, que en este tiempo dejó su puesto de institutriz, fué unida á Sarolta por un supuesto sacerdote húngaro y en presencia de un amigo del desposado, en calidad de testigo.

»Vivían felices los casados, y á no ser por la querella que entabló el suegro, habría seguido mucho tiempo aquella apariencia de matrimonio. Es de notar, que durante las prolongadas relaciones de novio, logró S... sostener el más completo engaño respecto de su sexo.

» S... era fumador apasionado, tenía pasiones y aires enteramente masculinos. Llegábanle las cartas y hasta las convocaciones de los tribunales, bajo la

dirección de « conde S... »; entre otras cosas decía frecuentemente que pronto le tocaría cumplir el período de veintiocho días de instrucción militar como reservista. De las alusiones hechas por el suegro — cosa que además confesó más tarde S... — resulta que el pretendido novio disimulaba con grand habilidad su verdadero sexo.

» Aunque S... se hacía afeitar frecuentemente, por guardar las apariencias, en el hotel donde vivía estaban persuadidos de que era mujer, pues la camarista había encontrado en la ropa blanca manchas de sangre producidas por los menstruos y que S... atribuía á hemorroides. Además, la misma camarista miró por la cerradura un día en que S... tomaba un baño, y se convenció, *de visu*, del sexo femenino de S...

» Preciso es creer que la familia de María permaneció mucho tiempo en el error acerca del verdadero sexo del supuesto marido.

» Lo que mejor caracteriza la candidez y la increíble inocencia de aquella desgraciada joven esposa, es el siguiente párrafo de una carta dirigida por María á S... el 26 de agosto de 1889:

« Mucho me gustan los hijos de los demás, pero un chiquitín de mi Sandi, un magnífico muñequito, ¡oh, que felicidad, Sandi mío! »

» La condición intelectual de S... se infiere de

gran número de manuscritos suyos. La letra es segura, de trazos firmes y varoniles. Sus ideas son siempre apasionadas, desenfrenadas, de odio y guerra á todo lo que se opone á su corazón, ávido de amor y de cariño, de amor á la inspiración poética, sin tocar á nada de vil, con entusiasmo por todo lo bello y noble y gusto por las ciencias y las bellas artes.

» Denotan los escritos de Sarolta un extremado conocimiento de las literaturas de todas las lenguas: hay en ellos citas de poetas y de prosistas de todos los países. Personas competentes afirman también que no carecen de mérito los versos y la prosa de S...

» Las cartas y los escritos de S... concernientes á sus relaciones con María, son muy notables desde el punto de vista psicológico. S... habla de la dicha que experimenta al lado de María, de su inmenso deseo de ver, siquiera no fuere más que un momento, á la mujer adorada. Después de tanta vergüenza, sólo deseaba cambiar la celda de la prisión por la tumba. Su dolor más amargo es la idea de que ahora también María le odiará. Ha derramado lágrimas abrasadoras por su perdida felicidad, lágrimas tan abundantes que podrían ahogarla. Pliegos enteros están consagrados á la glorificación de este amor, á los recuerdos del tiempo de su primer amor y de su primer conocimiento.

» S... se quejaba de su corazón que no se dejaba

dominar por el raciocinio; manifiesta explosiones de sentimientos que no pueden fingirse, que sin duda sentía realmente. Y luego nuevos arrebatos de la pasión más loca, con la declaración de no poder vivir sin María. « Tu voz tan amada, aquella voz cuyo eco tal vez me hiciera salir de la tumba, aquella voz cuyo timbre fué siempre para mí la promesa del paraíso... Tu presencia bastaba para aliviar mis sufrimientos físicos y morales. Era una corriente magnética, un poderío singular que tu ser ha ejercido sobre el mío y que nunca acertaré á definir. Por esto me quedo con la definición eterna, justa y verdadera: te amo porque te amo. En la noche oscura y llena de desolación, sólo tenía yo una estrella, el astro del amor de María. Ya se ha extinguido el astro, no queda otra cosa que el reflejo, el recuerdo suave y doloroso que con su débil resplandor alumbra todavía la noche terrible de la muerte, una chispa de esperanza...» Concluye este escrito con un apóstrofe: « Señores, sabios jurisconsultos, psicopatólogos y demás, júzguenme. Cada uno de mis pasos iba guiado por el amor; cada uno de mis actos tenía por causa el amor. — Dios me lo ha inculcado en el corazón. Si de tal suerte me ha creado y no de otro modo, ¿es culpa mía ó son acaso senderos del destino, por siempre impenetrables? Tengo fe en Dios y creo que llegará el día de mi liber-

tad, pues mi falta no era otra cosa que el amor mismo, base y principio fundamental de sus doctrinas y de su imperio. Dios de misericordia, todopoderoso, tú ves mis penas, tú sabes cuanto sufro; inclínate hacia mí, tiéndeme tu mano puesto que todo el mundo me abandona. Sólo Dios es justo: ¡Qué hermosamente lo dice Victor Hugo en su *Leyenda de los Siglos!* ¡Cuán triste me parece aquel canto de Mendelsshon: te veo en mis ensueños..!»

» Aunque S... sabe que sus escritos no llegarán á su «cabeza de leona adorada» no deja de llenar el papel, ensalzando la persona de María, transcribiendo los arrebatos de su dolor y de su dicha, solicitando «sólo una lágrima clara y brillante derramada en una clara y tranquila noche de verano, cuando el lago se ilumina con los resplandores del sol poniente, como el oro fundido, y cuando los campesinos de Santa Ana y de María-Woerth se unen en armonía melancólica y anuncian paz y calma á este pobre espíritu, á este corazón que hasta el último suspiro sólo latió para ti.»

» La primer entrevista que los médicos forenses tuvieron con S... fué embarazosa para ambas partes: para los médicos porque les imponía el aire varonil, quizás exagerado, de S...; y para ésta porque temía deshonrarse con la *moral insanity*. Tenía S... una fisonomía inteligente, nada fea, que á pesar de cier-

ta delicadeza de rasgos y de la pequeñez de algunas partes, revestía caracter masculino muy manifiesto, aunque carecía totalmente de bigotes, cosa que S... lamentaba mucho. Era difícil que los médicos se figurasen estar en presencia de una mujer, al hablar con S..., no obstante los vestidos femeninos de esta. Por el contrario, se facilitaban las relaciones y eran más naturales y corrientes considerando á S... como á un hombre.

» Desde los primeros años tuvo S... inclinación al sexo femenino, pero no experimentó las manifestaciones del instinto amoroso hasta la edad de trece años, cuando raptó á la niña inglesa del colegio de Dresde. Ese instinto se reveló por una sensación de voluptuosidad, que sentía cuando abrazaba y acariciaba á su amiga. Ya en este tiempo sólo soñaba con mujeres : luego en sus sueños eróticos se veía siempre en situación de hombre.

» Jamás se dejó tocar por nadie, por lo mismo que cuidaba de guardar su secreto. Contraría mucho á S... hablar de estos fenómenos, como cosas que repugnan á sus sentimientos y conciencia de hombre. Reconoce el carácter mórbido de sus inclinaciones sexuales, pero no quiere otra cosa y es feliz en esta situación. La idea de relación sexual con hombres la horroriza y no lo considera posible.

» Lleva tan lejos su pudor que más bien se acos-

taría con hombres que con mujeres. Así, cuando quiere satisfacer una necesidad natural ó se muda de ropa interior, ruega à su compañera de celda que se vuelva de espaldas para que no la vea.

» Cuando por acaso se encuentra S... en contacto con su compañera de celda, mujer de baja condición, experimenta una sensación voluptuosa, de que se avergüenza. Espontáneamente refiere S... que tuvo verdadera angustia cuando en la prisión se vió obligada á cambiar su traje de hombre por el vestido de mujer. Su único consuelo fué que al menos le dejaran la camisa de hombre. Prueba la importancia de sentido olfativo en la *vita sexualis* de S... el hecho confesado por ésta ; y fué que luego de haberse marchado María de su casa, S... aspiraba con deleite el perfume que los cabellos de María habían dejado en el respaldo del sofá, en el sitio donde reclinaba la cabeza. S... gusta principalmente de las mujeres de veinticinco á treinta años, las cuales le atraen como por una fuerza magnética. S... revela estas cosas con gran contrariedad y visible confusión pudorosa : ni en sus palabras ni en sus escritos se hallan muestras de impudor ni de cinismo.

» Es devota, y tiene vivo interés por todo lo noble y lo hermoso, excepto por los hombres : muy sensible á la estimación moral de los demás.

» Lamenta profundamente haber hecho desgraciada

á María, y juzga perversos aquellos sentimientos sexuales y aquel amor de una mujer á otra ; actos moralmente reprensibles en individuos sanos. Tiene mucho talento literario y una memoria extraordinaria. Su única debilidad es la falta de juicio en la administración de sus bienes, dinero y valores ; pero reconoce su defecto y nos ruega no hablemos de esto.

» S... tiene 1 m. 53 de estatura. Su conformación ósea es delicada ; sus músculos están muy desarrollados en el pecho y en los muslos. No acierta á andar con los vestidos de mujer.

» Sus movimientos son vigorosos, no desagradables, aunque con cierta tiesura varonil, sin gracia. Saluda con un vigoroso apretón de manos. Su aspecto es de resolución y energía y revela confianza en sus propias fuerzas. Su mirada es inteligente, algo sombría. Sus pies y sus manos son notablemente pequeños, como de niño. No tiene pelo de barba ni vello en la cara, aunque sí en las extremidades. El torso nada tiene de femenino, ni tampoco parecen femeninas las líneas de su cuerpo. Su cráneo es ligeramente oxicéfalo y en todas sus dimensiones mide un centímetro menos del volumen medio del cráneo femenino. »

FIN

ÍNDICE

HISTORIAS SENTIMENTALES

INTIMIDADES PARISIENSES

Imprimerie Téqui et Guillonneau, 3 bis, rue de la Sablière, Paris. — 6-18



